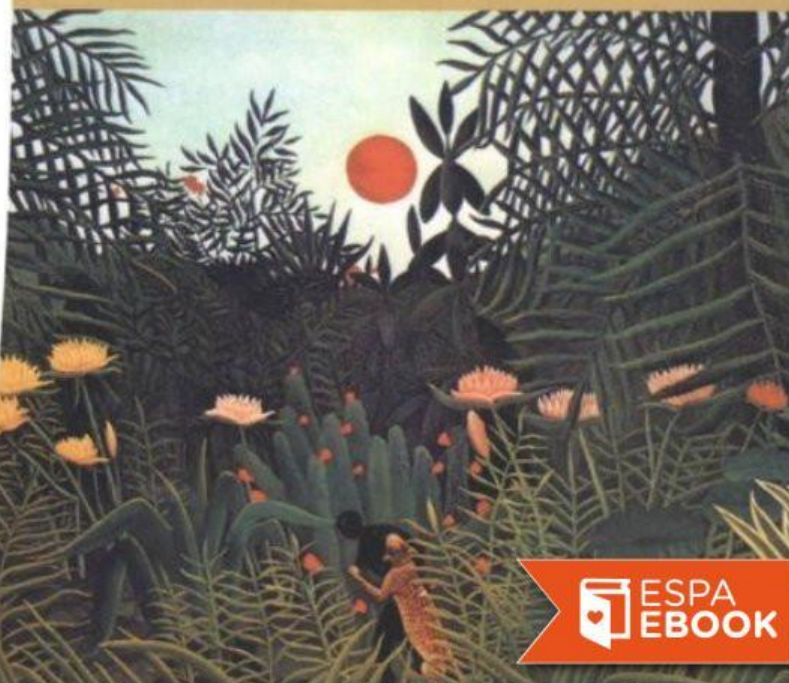


La mujer leopardo

Alberto Moravia



ESPA
EBOOK

Lorenzo, un periodista italiano de 33 años, está profundamente enamorado de su esposa Nora. Con ella comparte la silenciosa felicidad de un matrimonio bienavenido que sin secretos ni preocupaciones vive su dicha en una armonía deliciosa. Pero la sinceridad y absoluta confianza de Nora, tan ajena al engaño y a la mentira, se convierte en un peligro para el equilibrio de la pareja cuando a raíz de un viaje conjunto al Gabón, confiesa a Lorenzo que se siente atraída por la serena madurez de Giorgio. Abocado repentinamente al abismo de los celos, Lorenzo vivirá las vacaciones en el Gabón como un auténtico calvario de pasiones inconfesables en el que comprenderá que la esencia felina de su mujer, tan sincera como misteriosa, se ha convertido de la noche a la mañana en la clave de su desesperación. Sin tener nunca la certeza de una infidelidad, enfrentado tan sólo a sus propios miedos y dudas, el viaje a la impenetrable selva africana acabará por convertirse en una experiencia mística en la que tendrá que aprender que el amor se siente y se comparte, pero no se puede poseer.

Alberto Moravia

La mujer leopardo

Título original: *La donna leopardo*

Alberto Moravia, 1991

Traducción: Carlos Manzano

1

El viaje se anunciaba problemático por la indecisión de Nora. Lorenzo debía trasladarse al Gabón para una misión periodística; estaba previsto que Colli, propietario del periódico, los acompañara; pero, todavía una semana antes de la partida, Nora repetía que no le apetecía hacer el viaje. Por lo demás, ¿cuánto se tardaba en hacer una maleta? Media hora, una hora, como máximo. Conque que la dejara en paz, que ella decidiría en el último momento, el día antes de la partida.

Pero Lorenzo quería saber al menos qué se ocultaba tras ese «no me apetece». Por eso, se refirió a ello varias veces, sin insistir demasiado, para que se lo dijera, pero sin obtener otra respuesta que un exasperado «no me apetece y se acabó». Por fin, una noche, estando a punto de acostarse, Lorenzo, movido por un impulso repentino, decidió obligar a Nora a explicarse hablándole de forma seria y directa.

En aquel momento ella estaba sentada frente a un espejo con tres luces que ocupaba todo el espacio delante de la ventana. Desde la cama en la que él estaba tendido podía ver tres imágenes de ella que se reflejaban en tres espejos: el rostro de efobo, de facciones difuminadas y huidizas, encerrado en el casco de oro de los cabellos rubios cortados cortos, al modo masculino; los ojos azules, que la pupila dilatada ocupaba por entero, a un tiempo luminosos y como carentes de mirada; el busto desnudo, de seno apenas esbozado, de espalda delgada; las bragas blancas; los muslos musculosos. Se estaba quitando el maquillaje de la cara con una bola de algodón, él esperó a que hubiera tirado el algodón y se hubiese inclinado hacia el espejo para examinarse mejor el rostro y dijo:

—Oye, tengo que hablarte.

—¿Hablarle a mí? —La voz era distraída, indiferente—: ¿Y de qué?

—Lo sabes de sobra: del viaje.

—Ya te he dicho que lo decidiré en el último momento.

—No, tenemos que hablarlo ahora.

—¿Y por qué?

—Tú dices que no te apetece ir. Yo quiero saber qué se oculta tras esa frase.

—¿Qué frase?

—No me apetece.

—No hay nada. No me apetece porque no me apetece y nada más.

—Nora, hablemos en serio.

—Pero ¿qué quieres que haga?

—Quisiera que te analizaras y encontrases tú sola la razón por la que no te apetece venir al Gabón.

La vio mirarse fijamente en el espejo con una especie de buena voluntad infantil. Después respondió:

—Ya lo he hecho: me he analizado y no encuentro nada. No me apetece: así, sin motivo.

Guardó silencio un momento y después prosiguió sin dejar de dar las mismas muestras de docilidad y buena voluntad:

—¿No estás convencido? Entonces hagámoslo así: tú me haces preguntas y yo te respondo. Si preguntas algo que no sea cierto, yo te diré: frío, frío, ¿no?, como en el juego; si te acercas a la verdad, diré: caliente, caliente.

Él dijo, desalentado:

—A ti siempre te gusta jugar.

—Sí, me gusta jugar: ¿qué hay de malo en eso? —Nora había acabado de arreglarse. Se levantó, se acercó a la cama, se quitó las bragas e hizo un gesto ritual en ella, que Lorenzo conocía y apreciaba: con la mano se masajeó el triángulo de los pelos rubios y rizados, aplastados y comprimidos, del pubis, como para reavivarlos después de la larga constricción. Después se enfundó por la cabeza la camisa amplia y corta rozando el pezón y se sentó junto a la cabecera de la cama. Dijo con ligereza e indiferencia —: Entonces, ¿no quieres jugar?

Lorenzo vaciló. Tal vez, se dijo, no valiera la pena insistir para saber lo que, según sus propias palabras, Nora aún ignoraba. Pero le pareció que, más allá de la cuestión del viaje, había algo oscuro y real que él no podía renunciar a conocer. Dijo de mala gana:

—Bien, vale. Entonces: ¿no te apetece porque no te gusta África?

—Frío, frío. África me gusta o, mejor dicho, me gustará, seguro que me gustará.

—Entonces —Lorenzo vaciló—, ¿no quieres ir porque no te gusta que venga también Colli?

—Frío, frío. No tengo nada contra él. Apenas lo conozco.

—Entonces, no quieres ir porque algo te retiene en Roma.

—Frío, frío. No tengo nada, lo que se dice nada, que me retenga en Roma.

—Entonces, tienes un presentimiento de que algo te espera en África.

—Frío, frío. Equivale a lo mismo: sí, tal vez sí que tenga un presentimiento, pero ¿acaso no es lo mismo que tengas un presentimiento y que no te apetezca algo?

Lorenzo objetó:

—No, no es lo mismo. Tener un presentimiento quiere decir prever algo. No apetecerte algo quiere decir no querer hacerlo.

—Entonces digamos que las dos cosas son ciertas: no me apetece y tengo un presentimiento. O, si prefieres, no me apetece porque tengo un presentimiento.

Era casi un juego de palabras, pero en él estaba muy bien expresada —pensó Lorenzo— la tendencia, innata en Nora, a huir, a no dejarse nunca colocar de espaldas a la pared. Le dijo con afecto y seriedad:

—Entonces dime ahora por qué tienes un presentimiento.

—Lo tengo y se acabó.

—No, no me he explicado bien. ¿Qué es lo que te inspira el presentimiento?

¿Y, de paso, qué clase de presentimiento es? ¿De algo agradable o desagradable?

—No es —la mirada de Nora erró un momento en el vacío—, ni agradable ni desagradable. Tengo el presentimiento de que algo sucederá.

—¿A quién?

—No lo sé.

—Pero ¿quién, qué cosa, te inspira el presentimiento?

Ella se tomó en serio la pregunta, bajó la cabeza para reflexionar y después dijo con repentina decisión:

—Todo.

—¿Cómo que todo?

—Sí, todo lo que tiene que ver con el viaje.

—El viaje tiene que ver ante todo con África y después con nosotros tres, tú, Colli y yo. Y, además, no sé: todo lo que puede resultar de nuestra relación con África y entre nosotros.

Tal vez Nora no supiera de verdad explicar lo que sentía, porque aprobó con un repentino fervor:

—Sí, muy bien, exactamente como has dicho: África y nosotros tres y nuestra relación entre nosotros y con África. Eso exactamente.

Ahora Lorenzo casi se divertía.

—Vayamos por partes. Comencemos por África. ¿Qué presentimiento te inspira África?

Ella permaneció en silencio un momento antes de responder, como reflexionando. Al final, dijo:

—Tengo el presentimiento de que sucederá algo allí.

—Eso ya lo has dicho.

—No, que sucederá algo «a causa» de África.

—¿Tienes miedo de África?

—No, ¿por qué? Todo el mundo va allí. Al contrario, me atrae: es un viaje, algo nuevo.

—Entonces, ¿por qué África?

—Pues mira —vaciló Nora—, porque tengo el presentimiento de que África podría tener para mí una importancia particular en este momento. No sería un viaje como cualquier otro: eso es.

—¿Por qué en este momento? ¿De qué momento se trata?

De improviso, ella se decidió:

—Es un momento especial de mi vida.

—¿Por qué especial?

—Especial. Siento —vaciló—, que podría hacer cualquier cosa. Y África es el lugar precisamente en que me apetecería hacer cualquier cosa.

—Entonces, no te apetece ir a África porque en África te apetecería hacer cualquier cosa.

—Eso es, sí, eso exactamente —aprobó ella, contenta de esa especie de trabalenguas.

—En resumen —recapituló Lorenzo—, digámoslo en pocas palabras: es un momento en que te aburres y África podría incitarte a hacer cualquier cosa, con tal de dejar de aburrirte.

La vio mover la cabeza:

—Así es, pero al mismo tiempo no es así. Sí, me aburro; más aún: me aburro mucho...

—No me lo habías dicho nunca.

—Pero no es el aburrimiento lo que tal vez me impulse a hacer cualquier cosa. En una palabra, será África, eso es, no el aburrimiento.

Lorenzo sólo comprendió una cosa: que Nora no sabía demasiado bien lo que sentía, pero era reacia a verse obligada a explicarlo. Dijo:

—Bueno, vale, dejemos en paz a África, pasemos a nosotros tres o, mejor dicho, nosotros dos, Colli y yo, porque tú quedas excluida, al ser tú quien tiene el presentimiento. Comencemos por Colli. ¿Se puede saber qué clase de presentimiento te inspira un hombre como Colli?

Con asombro combinado con una decepción desconocida, Lorenzo advirtió de repente que Nora no compartía su punto de vista sobre su futuro compañero de viaje. La vio reflexionar un momento y después decir avanzando con lentitud y dificultad entre las palabras:

—Ten en cuenta que apenas lo conozco. Sólo lo he visto una vez, cuando fuimos juntos al periódico, a ver al director, y también estaba él y hablamos precisamente del viaje a África. No lo conozco prácticamente de nada, tal vez por eso el presentimiento, ¿cómo diría?, más fuerte, me lo provoca precisamente él.

Lorenzo dijo desconcertado:

—¿Precisamente él? ¿Y por qué?

—No lo sé.

Lorenzo miró a Nora y ella miró a Lorenzo. Pero Lorenzo tuvo la impresión de que, mientras que su rostro expresaba claramente sorpresa y decepción, el de los azules ojos de Nora, a un tiempo luminosos y como ciegos, no expresaba nada. Ella dijo al fin:

—Es un presentimiento que no sé expresar, la verdad. Digamos que he sentido que entre él y yo podría haber, ¿cómo diría?, cierta simpatía.

Así, ella, con la apariencia de decir una verdad oscura y dudosa —pensó Lorenzo—, decía en realidad que se sentía atraída por Colli. Preguntó con aspereza:

—Pero ¿qué dices? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

La vio extrañarse, con la misma apariencia de sinceridad:

—Pues, ¿qué estoy diciendo?

—Estás diciendo simplemente que Colli te gusta.

—No he dicho eso. He dicho que no lo conozco, en realidad, y que, aun así, tuve, nada más verlo, el presentimiento de que entre él y yo podría haber algo como simpatía o, mejor, digamos interés, eso es, interés por su parte hacia mí y por mi parte hacia él. Si eso quiere decir, según tú, que Colli me gusta y que yo le gusto, pues piénsalo entonces.

Lorenzo reflexionó: ya hacía dos años que estaban casados, pero era la primera vez que Nora hablaba de ese modo y, sin embargo, había en ella la naturaleza indiferente y en el fondo inocente que provoca la costumbre. Era como si siempre hubiese estado convenido entre ellos que gustaba a los hombres y que los hombres le gustaban. Se preguntó si le convenía subrayar el carácter escandaloso de esa naturaleza y después llegó a la conclusión de que no: si ella no se daba cuenta de eso, mejor era no hacerla sospechar. Dijo:

—Yo no lo pienso, pero reconocerás que cualquier otro en mi lugar lo pensaría.

Curiosamente, ahora lo que le asombraba era sobre todo que Colli fuese sin lugar a dudas la última persona que debería haber gustado a Nora. Recordaba perfectamente su encuentro en el despacho del director del periódico y también que no se le había pasado siquiera por la imaginación que Colli pudiese gustar a Nora. Prosiguió casi contra su voluntad:

—Pero ¿cómo te has dado cuenta de que Colli te interesaba o de que tú interesabas a Colli?

Nora, ahora a sus anchas en una confidencia que, evidentemente, le parecía totalmente inocua, respondió:

—Oh, ante todo por la forma como me miró, entre muchas otras cosas.

—¿Qué forma?

—La forma como mira un hombre a una mujer que le gusta.

—Y tú —dijo Lorenzo— ¿miraste, a tu vez, a Colli de esa forma?

Ella reflexionó como insegura y después reconoció:

—Creo que sí, la verdad.

—Entonces Colli pensará que le gustas.

—Yo en su lugar lo pensaría, sí.

Lorenzo no conseguía recuperarse del asombro que le inspiraban dos cosas a un tiempo: la primera, que Nora, de la que nunca había pensado que pudiese traicionarlo, ahora pareciera inclinada con toda naturalidad a hacerlo y, por otra parte, que Colli fuese el hombre con el que ella podría traicionarlo. Dijo casi contra su voluntad:

—Pero ¿cómo puede ser que te guste Colli? Pero ¿qué encuentras en él?

—No he dicho que me guste, he dicho que me interesa.

—Pero ¿qué tiene de interesante? ¡No irás a decirme que tiene un físico interesante! Larguirucho como un espantapájaros, calvo y con el cráneo rodeado de ricitos, ojillos de un azul desteñido, nariz demasiado larga, boca demasiado gruesa, dientes vueltos hacia dentro y sin barbilla.

—No es feo ni mucho menos. Uno por uno, esos rasgos serán como tú los describes. Pero, todos juntos, dan la impresión de un hombre apuesto.

—¿Apuesto, Colli? ¡Venga, hombre!

Nora no dijo nada, pero no parecía convencida; su silencio exasperó a Lorenzo:

—Y, en cuanto a carácter, ya se sabe. Es lo que se llama un hombre de éxito.

—¿Qué quiere decir un hombre de éxito?

Lorenzo reflexionó. Era cierto, había citado la expresión general, pero, por una vez, le pareció que coincidía con sus impresiones. Dijo despacio:

—Un hombre de éxito es un hombre que tiene como meta de su vida el éxito, cualquier éxito y nada más que el éxito. No me resulta antipático, pero eso no quita para que haya en él cierta vulgaridad.

Nora formuló una pregunta inesperada:

—Pero ¿acaso no buscas tú también el éxito?

Lorenzo guardó silencio por un momento, desconcertado. Después dijo brevemente y —sin siquiera saber por qué— con amargura:

—No, no busco el éxito, a lo que aspiro es a hacer bien lo que hago, es decir, el oficio de periodista, y nada más.

Tal vez Nora advirtiera esa oscura amargura en él. Inesperadamente, tuvo un arranque de afecto hacia él, que estaba tendido boca arriba, colocó la cabeza sobre su pecho y los brazos en torno a su cuello:

—¿Conque has pensado que me gusta Colli? No temas, me gustas tú y sólo tú.

Lorenzo se dijo que ahora Nora intentaba reparar la mala impresión que había causado con su sinceridad sobre los presentimientos. Pero era una tentativa tardía y torpe —pensó— y no le impedía sentir que ahora había ocurrido algo irreparable entre ellos, algo precisamente que no podía disiparse con un abrazo y una frase tranquilizadora y lisonjera. Y, como ocurre cuando se perfila lo irreparable en el horizonte, como una nube diminuta destinada a invadir muy pronto el cielo aún sereno, él se preguntó de dónde había surgido todo aquello. Entonces, recordó de pronto que había sido él, precisamente él y nadie más que él, quien había despertado en Nora su supuesto interés por Colli. Sí, había sido él quien había insistido en que Nora, reacia y poco convencida, aceptara ir a Gabón y quien después la había llevado, igualmente reacia y poco convencida, al periódico, donde sabía que conocería a Colli. Pero ¿por qué lo había hecho? En apariencia, porque deseaba sinceramente tomarse unas vacaciones en África con su esposa. Pero ¿qué se ocultaba bajo esa sinceridad? ¿Qué otra sinceridad más profunda?

Advirtió que lo sabía perfectamente, que lo había sabido siempre, aunque nunca se lo hubiera confesado y creyera descubrirlo tan sólo ahora. De forma inconfesable precisamente, él estaba orgulloso de la belleza de Nora. Pero no era —pensó— el orgullo secreto del enamorado, sino el de quien posee un objeto raro y precioso y en el fondo desearía que también los demás compartieran su admiración: un orgullo de propietario —se dijo con amargura—, que le había hecho desear ante todo que Nora participase en el viaje a Gabón y después que conociera a Colli. Sí, aunque inconscientemente, él había deseado que Nora y Colli se

conocieran para que este último admirara, a su vez, la belleza de su esposa.

Entonces, desde no sabía qué lejano recuerdo de estudios clásicos, afloró a su memoria algo que en su momento debía de haberle causado, a saber por qué, una impresión particular: la historia de Herodoto sobre el rey Candaulo y el cortesano Giges. En efecto, era la historia de una vanidad de propietario semejante a la que él parecía sentir por Nora y tal vez la analogía se prolongara hasta un desastre final análogo: así como Giges, obligado por el rey a espiar la belleza de la reina, había acabado convirtiéndose en su amante, así también Colli, a quien Nora gustaba y que gustaba a Nora, pasaría a convertirse en el amante de su esposa. Desde luego, se trataba de una analogía totalmente literaria y, por añadidura, inspirada por unos celos incipientes. Pero el hecho de que se le hubiera ocurrido de forma tan inesperada e irresistible demostraba en cierto modo su fundamento.

Dijo de repente:

—Por lo demás, todo esto es culpa mía.

Nora siguió abrazándole, pero alzó sus inquisitivos ojos hacia él:

—Pero ¿qué culpa? ¿Por qué?

Lorenzo guardó silencio por un momento. ¿Debía contarle el episodio de Herodoto? Vaciló y después se dijo que, al fin y al cabo, en la verdad había una fuerza de persuasión que no podía haber en la reticencia o, peor aún, en la mentira. Contar el episodio de Herodoto tal vez lo condujera a quedar a merced de Nora. Pero significaba también que él la amaba y tenía confianza en ella. Dijo:

—Podrías saber por qué, si te contara el episodio de Herodoto sobre el rey Candaulo.

—Pero ¿quién era el rey Candaulo?

—Un hombre enamorado de su esposa. Estaba orgulloso de su belleza y quiso que un cortesano suyo, llamado Giges, la viese desnuda, mientras se desvestía para acostarse. Al principio, Giges no quería y después aceptó. Pero la reina advirtió que la estaban espiando y el día siguiente llamó a Giges y le dijo: «O tú matas al rey y te conviertes en mi marido o yo te mando matar por el rey». Naturalmente, Giges mató al rey y pasó a ser, a su vez, el marido de la reina. La segunda parte de la historia no me incumbe, pero la primera, aquélla en que se cuenta la vanidad de Candaulo, es el retrato de lo que he hecho yo. Yo sabía que

Colli vendría a África e insistí para que tú me acompañaras. No contento con eso, te llevé conmigo al periódico para que vieras a Colli y él te viese. Y por mi culpa sucedió lo irreparable: gustaste a Colli y Colli te gustó.

Por un momento, Nora guardó silencio, como desconcertada —se habría podido pensar— por la sinceridad de Lorenzo. Después, se levantó y lo consoló con rostro risueño:

—¡Qué estupidez! Ni tú eres como aquel rey ni yo como aquella reina. ¿Sabes lo que haría, si supiese que alguien nos estaba espiando mientras hacíamos el amor?

—¿Qué harías?

La vio bajar de la cama e ir a situarse en el centro de la alcoba:

—Imaginemos que ese cortesano está oculto detrás del espejo y nos está mirando, mira lo que haría: ante todo me quitaría la camisa —y, al tiempo que decía eso, se quitó por la cabeza su amplia y corta camisa—. Después, para gustarte más y mejor, haría un movimiento así —y, completamente desnuda, esbozó una especie de danza del vientre chabacana, tendiendo hacia delante el pubis y desplazando la pelvis primero a un lado y luego al otro—. Y después haría el amor contigo, muy, muy bien, para que nos viera con pelos y señales. —Y de repente, sin dejar de reír, salió corriendo hacia la cama y se lanzó sobre Lorenzo, al tiempo que le decía, jadeante, al oído—: Anda, hagamos el amor mientras él nos mira.

Así hicieron el amor, él tendido boca arriba y ella, en el momento previo al abrazo, suspendida sobre él, apoyando las rodillas y las manos en la cama, a ambos lados de su cuerpo. Entonces, al verla inclinarse lentamente, absorta y muda para el beso inicial y con los ojos fijos en los suyos, se sintió impresionado de una forma nueva por el azul de los iris de ella, un azul resplandeciente, pero como carente de mirada, que era uno de los rasgos más originales de su belleza. Pero ahora, tal vez a causa de la posición a gatas, volvió a recordar que siempre había comparado aquellos ojos tan luminosos e inexpresivos con los de un gato u otro felino, que, aun mirando, parece no mirar. Pero ¿acaso no era propio de los felinos el carácter imprevisible, repentino, infiel? ¿Qué significaba, entonces, aquel beso, acompañado de la fijeza magnética de las pupilas, que, como arrastrada por su propio peso, dejaba caer ella lentamente hacia su boca? Nada —se dijo de repente, desesperado—, lo que se dice nada.

Más tarde, después del amor, estando aún abrazados, Nora dijo de improviso,

tras un largo silencio, como concluyendo una reflexión suya:

—A propósito, no des importancia a todas esas historias de presentimientos. He decidido no ir al Gabón.

De forma inesperada y contradictoria, Lorenzo se sintió decepcionado. Dijo:

—Pero así confirmas los presentimientos. Y yo quiero, al contrario, que vengas al Gabón.

—No, no iré: y ahora durmamos, ¿quieres?

Lorenzo ya no sabía qué decir. Improvisó:

—De acuerdo, durmamos. Pero primero dime que me amas.

—¿Qué tiene que ver eso con el Gabón?

—Tiene que ver, porque, si no me lo dices, no podré conciliar el sueño.

—¿Por qué lo dices de ese modo?

—Porque tengo sueño.

Lorenzo apagó la lámpara de la mesita de noche y sin decir nada buscó en la oscuridad el cuerpo de su esposa. Dormían siempre del mismo modo: ella acurrucada sobre sí misma y dándole la espalda y él apretado contra el lomo de ella, rodeándole la cintura con el brazo y con la mano sobre el pubis. Como todas las demás noches, Nora facilitó en silencio el abrazo y Lorenzo se sintió en parte consolado por esa repetición de la intimidad conyugal. Sí —pensó—, a fin de cuentas era mejor que Nora no fuese a África. Al pensar eso, se sentía un poco culpable, pero al mismo tiempo no podía negar que sentía un ambiguo alivio. Entre esos sentimientos contradictorios, se quedó dormido.

Dos días después, al volver a casa por la noche, Lorenzo oyó con sorpresa que de la sala de estar llegaba un sonido de voces. Como era domingo y la criada no estaba, habían quedado en ir a cenar con Nora en un restaurante, pero aquellas voces le hicieron dudar de su memoria. ¿Habría olvidado que estaba citado con alguien para cenar? ¿Y quién podía ser? Se quitó presuroso el abrigo y, tras haberse echado un vistazo fugaz en el espejo del recibidor, pasó a la sala de estar.

Tuvo de repente la insólita y desconcertante impresión de algo ya visto o, mejor dicho, ya previsto. En el centro de la sala de estar —de pie, alto, desgarrado, vestido de azul oscuro—, estaba Colli. En el sofá, junto a la chimenea, estaba sentada una mujer morena, que debía de ser la esposa de Colli. En el sofá de enfrente estaba sentada Nora.

Hubo una escena confusa de reconocimientos y saludos o, mejor dicho, pareció confusa a Lorenzo, porque aún no lograba entender cómo era que Colli y su esposa estaban en su casa en aquel momento. Nora, con entusiasmo infantil y fortuito, explicó desde el sofá:

—Di la verdad: ¿a que no te lo esperabas? Colli te ha llamado hoy por teléfono y, como no estabas, hemos estado hablando y el resultado es que esta noche cenamos los cuatro juntos. Por cierto, que he cambiado de idea o, mejor dicho, Colli me ha hecho cambiar. Iré con vosotros al Gabón. Ahora estarás contento, ¿no? Tú querías que fuera. Pero tú no conoces a la señora Colli: Ada, te presento a mi marido. Nos tuteamos, ¿verdad?

Lorenzo se acercó a Ada y le estrechó la mano. Su confusión continuaba y se iba tiñendo poco a poco de recelo e ira, pero no por ello dejó de observar a Ada e incluso, tal vez por la ira, con una atención más detenida de lo habitual. Tenía un rostro hermoso, pero muy pálido y como ajado, en el que resplandecían, en el marco de los cabellos negros, unos ojos negros casi embarazosos por la intensidad de su mirada. En la sala de estar totalmente blanca, con sofás blancos y visillos blancos, resaltaba con un vestido negro de falda cortísima y chaqueta pequeña, apretada y entallada. Lorenzo notó también que tenía las piernas cruzadas y que los

muslos, de una blanchura marmórea, aparecían desnudos entre el borde de las medias y el de la falda. Igualmente blancos y marmóreos se vislumbraban sus exuberantes senos, que se inflaban en el escote de la chaqueta a medio abrir. De modo obscuro, Lorenzo sintió de repente que la figura de Ada estaba relacionada de algún modo con su furiosa decepción por el repentino cambio de opinión de su esposa. Y eso, ¿por qué? No tuvo tiempo para explicárselo. Colli exclamaba con jovialidad:

—Ahora tenemos que brindar por nuestro viaje.

Y ya Nora se levantaba del diván y respondía:

—Sí, bebamos; voy a coger el champán: precisamente tenemos una botella en la nevera.

Y entonces Lorenzo sintió de pronto que debía obtener a toda costa una explicación de su esposa. ¿Cuándo? Al instante. Gritó a Nora, que ya se dirigía hacia la puerta:

—Te equivocas: no tenemos champán.

—El que se equivoca eres tú: lo he visto esta mañana.

Nora pasó por delante de él y salió de la sala de estar. Sin preocuparse de los huéspedes, Lorenzo corrió tras ella y salió también.

Se encontraron en el recibidor. Lorenzo agarró a Nora por un brazo y le dijo con voz alterada:

—Pero ¿qué es esto? Habías decidido que no vendrías al Gabón y ahora quieres venir.

—He cambiado de idea.

—Y, además, Colli. ¿Qué tiene que ver Colli con esto?

—Ya te lo he dicho: ha telefoneado hoy, tú no estabas, hemos hablado y me ha convencido para que vaya. Después nos ha invitado a ti y a mí a cenar esta noche y he aceptado. ¿He hecho mal en aceptar?

Lorenzo dijo nervioso:

—No, has hecho muy bien. Pero ¿qué quiere decir que te ha convencido? ¿Habéis hablado mucho rato?

También a él mismo esa última pregunta le pareció absurda, nada más haberla formulado, y se arrepintió de haberlo hecho. Pero Nora no pareció advertirlo. Respondió de forma un tanto imprecisa:

—Sí, hemos hablado bastante rato.

—Pero ¿qué os habéis dicho?

—Muchas cosas. Me ha hablado de África, de él, de su esposa. Ha estado muchas veces en el Gabón, dice que es muy hermoso y que nos hará de guía. En realidad, tiene negocios en el Gabón.

—O sea, que ayer habías decidido no venir y hoy has cambiado de idea.

—Sí, he cambiado de idea. —No había desafío alguno en la voz de Nora, sólo una simple y objetiva confirmación—. Pero ahora déjame, que voy a coger el champán. A propósito, ¿por qué me has dicho que no teníamos? ¡Si lo habías visto tú mismo ayer!

—Lo he dicho porque quería hablar contigo a solas.

—Bueno, pues ahora ya me has hablado. Pero, anda, no seas así. —Nora le envió un rápido beso, abrió una puerta y desapareció. Lorenzo volvió a la sala de estar, pero en el umbral se cruzó con Colli, que salía.

—Tendría que hacer una llamada de teléfono urgente. En la sala de estar no hay teléfono. ¿Dónde puedo hacerla?

Lorenzo regresó al recibidor y abrió la puerta por la que había desaparecido Nora:

—Allí, al fondo del pasillo, a la izquierda.

Preso de una furia rabiosa, volvió la espalda a Colli, quien ya se apresuraba en la dirección que le había indicado, y volvió a entrar en la sala de estar.

Encontró a Ada sentada en el sofá, como antes. Estaba fumando con la mirada perdida en el vacío. Los pensamientos de Lorenzo eran violentos y

decididos: «Ahora Colli encontrará a Nora en la cocina, al final del pasillo, y no perderá el tiempo: conseguirá besarla. Pero yo haré lo mismo con su mujer. A ver cuál de los dos lo hace antes». Sin titubear, se acercó a Ada y le dijo:

—Ahora traerá el champán. Me había equivocado: resulta que había una botella.

Ada se volvió al instante como un resorte, como si hubiera esperado exactamente esa frase, y respondió:

—Usted sabía perfectamente que había champán. Ha sido sólo un pretexto.

—¿Un pretexto para qué?

—Para correr tras su mujer, apartarse con ella y decirle ciertas cosas.

—Pero ¿qué cosas?

—Las mismas cosas que podría decir y tal vez diré yo a mi marido después de esta hermosa velada.

—¿Es decir?

La voz de Ada, embargada de una rabia tan semejante a la suya y al tiempo ya tan íntima, de una intimidad cómplice y solidaria, turbaba a Lorenzo. La vio dejar el cigarrillo en el cenicero y después escandir con calma despechada:

—Ande, no se haga el desentendido, me comprende usted perfectamente.

—No comprendo nada.

—Quiero decir que usted ha corrido tras su mujer como yo ahora podría correr tras mi marido y por el mismo motivo: por celos. Pero puede estar tranquilo: yo no iré a buscar a mi marido, aunque estoy segura de que en este momento se encuentra con su mujer. Hablemos de otra cosa, ¿quiere? Hablemos del Gabón.

—No, hablemos de usted.

—De mí no hay nada que decir. Soy una mujer traicionada y, aun así, irremediabilmente fiel: eso es todo.

Ahora Lorenzo, de forma contradictoria y nueva para él, estaba a un tiempo lúcido y turbado. Lúcido en su propósito de vengarse de Colli seduciendo a su esposa y turbado por la evidente complicidad de Ada. Esforzándose con el tono ligero de un cortejador descarado, dijo:

—Al contrario, hay mucho que decir. Por ejemplo, que usted es todo un contraste de blanco y negro: negros los cabellos, negros los ojos, negras las medias, negros los zapatos y negro el vestido; blanco el rostro, blanco el seno y blancas las piernas.

Se sentía totalmente falso, pero al mismo tiempo sincero en cierto modo; de hecho, eso era lo que le había parecido algo significativo y que de forma oscura le incumbía. Ada dio muestras inmediatas de comprenderlo:

—Diga «los muslos», no tenga miedo a la palabra. —Guardó silencio un momento y después añadió con una impudicia tranquila y provocativa—: Ha visto usted bien. Es cierto. Tengo un cuerpo demasiado blanco y el resto demasiado negro.

—¿El resto?

—Sí, ese poco o mucho que no puedes ver, pero eres dueño de imaginar.

Lorenzo pensó con lucidez y turbación: «¡Ya está!», y alargó una mano para acariciar el rostro de Ada. Al instante, ella le tomó la mano, se la llevó a la boca y se la mordió, fuerte, pero sin hacerle daño. Lorenzo reflexionó: «Es un mordisco que equivale a una toma de posesión simbólica y cómplice. Pero ¿qué complicidad? Somos cómplices en los celos. Ella me tutea, me muerde la mano, me invita a imaginar la parte negra y oculta de su cuerpo. Yo la acaricio, estoy turbado, la deseo. Y, sin embargo, todo esto no se debe sino a los celos tanto en ella como en mí».

En ese mismo momento se oyó el ruido de una puerta empujada y abierta no con la mano, sino con el pie, y entró Colli en la sala de estar sosteniendo en ambas manos una bandeja con vasos. Detrás de él venía Nora con el cubo de hielo, del que sobresalía el cuello de la botella. Nora gritó:

—Disculpad, he tardado más de lo que pensaba, pero Colli me ha ayudado.

Lorenzo pensó: «¿La ha ayudado a qué? A coger la botella de la nevera y los vasos del aparador. ¿Y la llamada de teléfono?». Pero no dijo nada, se limitó a mirar a los ojos a Ada y tuvo la desagradable y a un tiempo turbadora sensación de que

ella estaba pensando lo mismo.

Después todo se desarrolló con previsible alegría convencional. Colli tomó la botella y con gestos hábiles le quitó el papel plateado del cuello e impelió hacia arriba con el pulgar el tapón hasta que salió del todo con una pequeña explosión resonante y Nora hizo el papel infantil de la mujer que se tapa los oídos. Después Colli sirvió a los cuatro y brindaron cruzando y chocando los vasos y después levantándolos y mirándose unos a otros por encima del champán. Además, Nora tuvo otro arranque afectuoso y abrazó a Lorenzo, al tiempo que exclamaba:

—Entonces, ¿no te alegras de que al final vaya al Gabón?

Hubo también un brindis enigmático y apasionado por parte de Ada, que alargó el vaso diciendo a su marido:

—Flavio, ahora bebamos nosotros dos. Bebamos por la salud de lo que tú sabes.

Colli no comprendió o, mejor dicho, fingió no comprender y respondió con una carcajada jovial:

—Yo no sé nada. Pero bebamos igual.

Brindaron, bebieron, pero permanecieron en pie. Colli dejó el vaso vacío sobre la mesa y dijo:

—¿Qué? ¿Nos vamos?

También los otros dejaron los vasos sobre la mesa. Pero el de Ada estaba aún lleno, la carcajada de su marido la había desconcertado y se había alejado sin brindar.

Cuando estuvieron en la calle, en la fría y brillante noche de diciembre, frente a los coches resplandecientes, aparcados en fila en la callejuela de los Parioli, Lorenzo preguntó a Colli:

—Entonces, ¿a qué restaurante vamos?

Colli, enfundado en un chaquetón corto con cuello de piel que parecía volverlo más alto y más desgarbado, respondió con alegría:

—Hombre, pues a un restaurante toscano. —Nombró un restaurante muy conocido y añadió como motivo de la elección—: El dueño es de Arezzo como yo, claro está.

Lorenzo reflexionó apresuradamente: ¿cómo irían? Habría sido lógico que cada pareja fuera con su coche, pero temía que Colli, agresivo y convencional, propusiese el intercambio de las esposas. Y, en efecto, como preveía, fue así exactamente. Colli añadió al instante:

—Venga, intercambiémonos las mujeres. Ada irá con Lorenzo y yo me llevaré a Nora. Ande, venga conmigo, Nora.

Así se separaron. Colli cogió del brazo a Nora y se dirigió hacia su coche. Lorenzo, aún como inseguro, se encontró solo con Ada, quien dijo de repente:

—¿Lo ve como estamos de nuevo juntos?

—Sí.

—Como ellos.

Lorenzo no hizo caso de esa observación, abrió la portezuela del coche y Ada montó. Lorenzo dio la vuelta en torno al coche, montó él también, encendió el motor y empezó a conducir en silencio. Después, de repente, casi sin darse cuenta, habló y dijo exactamente lo que le angustiaba en aquel momento:

—Hablando de celos, ¿tu marido es celoso?

—Dime antes que nada si es celosa tu mujer.

Lorenzo, sorprendido por la provocativa agresividad de Ada, siguió conduciendo un rato en silencio. Después dijo:

—No, no lo es. Pero no tiene motivo para serlo.

—Tampoco mi marido lo es ni tiene motivo para serlo. O, mejor dicho, no lo tenía hasta hace poco.

—¿Por qué hasta hace poco? ¿Qué ha sucedido hace poco?

—Esto. —Ada alargó la mano, cogió la de Lorenzo asida al volante y repitió

el mordisco de complicidad que poco antes le había dado en la sala de estar—. No es mucho, de acuerdo —prosiguió, como hablando para sí misma—, pero, aunque fuese mucho, puedes estar tranquilo, ni mi marido ni tu mujer estarían celosos.

—¿Por qué?

—Porque yo amo a mi marido y tú amas a tu mujer. Pero tu mujer no te ama a ti y mi marido no me ama a mí.

—Pero ¿quién te ha dicho que mi mujer no me ama?

—Me lo indica su comportamiento. ¿Qué crees que están haciendo en este momento en el coche?

Lorenzo se sintió turbado, experimentó una sensación como de desmayo y dijo con voz apenas audible:

—¡Y qué quieres que hagan! Hablarán. O estarán callados.

—¡Sí, sí, hablarán! ¡Anda, hombre! Conozco a mi marido y sé lo que hace en ciertas circunstancias. En mi opinión, ahora mismo, en la medida en que es posible en el coche, están haciendo el amor.

Lorenzo, turbado más que nunca, no dijo nada. Ahora intentaba convencerse de que Ada hablaba por celos, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que sus celos no eran inferiores a los de Ada y que, por consiguiente, no lograba dejar de compartir sus sospechas. Al final, dijo con rabia:

—Pero ¿por qué has de imaginar cosas semejantes? Un hombre y una mujer están solos por unos pocos minutos en un coche, ¿y entonces tienen que aprovechar por fuerza para hacer el amor?

—Lo están haciendo, no te quepa duda. Ya te lo he dicho: conozco a mi marido.

Lorenzo miró al frente, por el cristal del parabrisas. Más allá del capó, la calle estaba vacía por un buen trecho. Pero allá lejos se podía ver, en la noche brillante y bien iluminada, el coche de Colli, que precedía al suyo. ¿Qué estaba sucediendo en aquel coche? Lorenzo pensó que Ada había de tener razón e inmediatamente el pensamiento de la traición quedó substituido por las imágenes: Colli conduciendo con una sola mano y atrayendo a Nora contra sí, Nora besando al sesgo a Colli en la

mejilla, en la boca, o dejándose encorvar bajo el volante y sobre la entrepierna de él. Eran imágenes insoportables y le hubiera gustado borrarlas, anularlas. Pero ¿cómo? Casi automáticamente, al tiempo que se decía que Ada y él eran dos espejos que reflejaban a Colli y a Nora o, mejor dicho, dos dobles que no podían por menos de repetir los gestos de los otros dos, alargó la mano y agarró a Ada por los cabellos e intentó atraerle la cabeza hacia su entrepierna bajo el volante. Por lo demás, no era un acto de voluntad lúcido, frío: la imitación de Colli y Nora le inspiraba una turbación que, cosa extraña, parecía nacer precisamente de la complicidad; se sentía turbado no tanto porque deseara a Ada cuanto porque era cómplice de ella en la aspiración a borrar las insoportables imágenes de la relación imaginaria de Colli y Nora con la realidad de la imitación. Pero, esa vez de forma imprevista, Ada reaccionó. De un tirón se liberó de su mano y se enderezó:

—No, no hagas eso. ¿Qué te ocurre?

Lorenzo respondió con rabia:

—No me ocurre nada. Simplemente soy un marido que ama a su mujer.

Ya habían llegado. En una placita entre edificios antiguos, el pequeño rótulo discreto anunciaba el nombre del restaurante. Había otros coches aparcados en la plaza y el de Colli ya se había introducido en un espacio libre. Lorenzo no encontró sino un huequecito junto a la entrada de una calle y perdió mucho tiempo haciendo la maniobra de girar el coche y dar marcha atrás. Cuando se apearon, encontraron a Colli y a Nora esperándolos de pie a la puerta del restaurante.

Colli dijo con calma:

—¿Estamos todos?

Nora dijo, a su vez:

—Creíamos haberos perdido.

Entraron en el restaurante. Había dos salas, una grande y otra pequeña. Su mesa estaba reservada en la sala pequeña. Colli estrechó la mano al dueño, que había acudido obsequioso, intercambió unas pocas palabras con él, le encargó que llevaran en seguida vino y entremeses a la mesa y después precedió a los otros tres hasta la sala.

La mesa estaba ya preparada, en un ángulo, bajo un gran espejo rectangular y,

a saber por qué, Lorenzo, al advertirlo, sintió un presentimiento que en ese momento no logró explicarse. Después, al sentarse, comprendió. Colli y él estaban sentados por el lado de la sala, delante, respectivamente, de Nora y de Ada, sentadas contra la pared. Ahora bien, en esa posición él podía perfectamente, sin que se notara, vigilar a Colli en el espejo. Naturalmente, podía vigilar también a Nora, sentada delante de él. Pero sabía que Nora era, a su modo infantil, impenetrable. En cambio, si era cierto, como creía que lo era, que en el breve trayecto en el coche algo había sucedido entre su esposa y Colli, este último, tan extrovertido, lo delataría sin lugar a dudas con su comportamiento.

Y así fue, en efecto. Charlaron y comiendo y bebiendo dieron cuenta de los entremeses. Después, en espera del primer plato, se produjo un momento de silencio. Entonces, casualmente y casi con la sensación de hacer algo inútil, ya que hasta entonces no había notado nada anormal en el comportamiento de Colli, Lorenzo alzó los ojos y tuvo la impresión de que su mirada había adquirido la instantaneidad y precisión de un objetivo fotográfico. Colli, que estaba sentado a su lado, estaba en aquel preciso instante guiñando un ojo de forma clara e inequívoca a Nora, sentada frente a él bajo el espejo. ¿Cuánto duró el guiño? Lorenzo calculó que con varias fases se prolongó al menos diez segundos, duración en verdad excepcional para un gesto de entendimiento por lo general rapidísimo. Las fases fueron tres: Colli guiñó primero el ojo brevísimamente, luego lo volvió a abrir a medias, como para ver el efecto que había causado, y después lo guiñó de nuevo y por más tiempo.

Lo que impresionó a Lorenzo, aparte de la vulgaridad del gesto de entendimiento, fue el desprecio de Colli hacia él y hacia su esposa. Ada y él «no contaban»: él, porque, según la lógica del adulterio, era una no entidad, es decir, un marido no amado por su mujer; Ada, porque Colli sabía que era amado y, a su vez, no la amaba. Sí, ni Ada ni Lorenzo «contaban» precisamente. Colli podía permitirse con ellos la indiferencia más ofensiva. Ante esa idea, Lorenzo se sintió por un momento embargado por un impulso de violencia casi incontrolable. Pensó en coger un vaso lleno de vino y lanzárselo a la cara a Colli. Pero era difícil hacerlo, porque Colli estaba a su lado. O bien levantarse de la mesa, coger de un brazo a Nora y marcharse, o bien... Pero en ese momento su violencia chocó y se desvió contra otra violencia totalmente similar a la suya en las causas y aún más fuerte en los efectos.

Sintió bajo la mesa un pie que se superponía al suyo y lo apretaba, bajó los ojos, que mantenía fijos en el espejo, y entonces vio a Ada, sentada frente a él, con el rostro descompuesto por la misma violencia exactamente que lo descomponía a él

en aquel momento. Los ojos de Ada, que normalmente tenían una mirada de una intensidad extraordinaria, expresaban ahora una furia imperiosa. Estaba claro: Ada, sentada frente a él, había sorprendido, a su vez, el mismo guiño de ojo que Lorenzo había divisado en el espejo. Y con esa presión del pie y esas miradas de posesa le informaba de su descubrimiento y le incitaba a sacar las consecuencias.

Una vez más y como con una especie de perverso automatismo cuya lógica se le escapaba, sin embargo, Lorenzo se sintió turbado por la complicidad de la esposa de Colli. Ella estaba aplastándole el pie y mirándolo fijo a los ojos y después, con el mismo descaró con el que Colli había hecho antes una señal de entendimiento a Nora, arrastrada, parecía, por el mismo automatismo, le hizo una señal con la cabeza en dirección a la puerta, como para darle a entender que, una vez fuera del restaurante, deseaba hablarle, estar con él. Luego la vio dirigirse a su marido y decir en voz baja y contenida:

—¿Por qué no vamos todos a nuestro hotel después de cenar? Así podrás explicar mejor a Nora y a Lorenzo cómo es el Gabón.

Colli aprobó con entusiasmo:

—Estaba a punto de proponerlo, me has quitado la palabra de la boca.

La ávida turbación que impedía a Lorenzo secundar a Ada no le impedía advertir, sin embargo, el dolor casi insoportable de los celos. En realidad —pensó—, dolor y turbación se fundían sin abolirse, sino, al contrario, como infundiéndose fuerza mutuamente. Se sentía turbado por Ada porque tenía celos de Nora. Si hubiera sabido a ciencia cierta que entre Colli y Nora no había sucedido nada, la turbación, como por encanto, habría cesado sin duda. Pero, en realidad, algo había sucedido, el guiño de Colli constituía la prueba indudable. Y la turbación persistía.

Entre esas reflexiones o, mejor dicho, esa confusión del ánimo, de vez en cuando se le ocurría que tal vez la única salida del atolladero en que le parecía encontrarse fuera no ir a África. «Mañana mismo telefoneo al director y le digo que por motivos de salud me veo obligado a renunciar a mi misión en África». Pero inmediatamente después se decía que lo irreparable ya había sucedido; insensatamente, había presentado a Colli y a Nora, con lo que, de forma inevitable y mucho más fácil, sucedería en Roma lo que quería evitar durante el viaje al Gabón.

La cena concluyó de modo inesperado y antes de lo previsto porque el pesado segundo plato de liebre en salmorejo hizo parecer superfluo el postre: todos

lo rechazaron y se contentaron con unas galletas y un vaso de vino dulce. Pero en esa inapetencia —pensó Lorenzo— tal vez hubiese también la impaciencia de volver a verse fuera del restaurante, en el mismo orden en que habían llegado: Colli con Nora y Ada con él. Y lo que más le impresionaba era que él sentía esa impaciencia: si no por otra razón, porque Colli la sentía visiblemente.

De repente Colli se levantó sin decir palabra y fue a pagar la cuenta. Nora, como siguiéndolo, dijo que iba al baño. En cuanto se quedó a solas con Ada, Lorenzo no tuvo tiempo de hablar, porque ella, con voz baja e intensa, le dijo de un tirón:

—Ahora vienes en el coche conmigo y mi marido irá con Nora. Por el camino podemos detenernos en algún lugar solitario, por ejemplo a orillas del Tíber, y así hablaremos. Después diré que había olvidado el bolso y hemos vuelto al restaurante para recogerlo.

Así, pese a su furia o, mejor dicho, gracias a ella, Ada ya había preparado todo un plan: el trayecto juntos a su hotel, la parada a orillas del Tíber, el olvido del bolso en el restaurante. Lorenzo no dijo nada: la cómplice violencia de Ada le turbaba y al mismo tiempo se preguntaba con una duda no carente de esperanza qué haría Nora una vez fuera del restaurante: ¿montaría de nuevo en el coche de Colli o en el suyo? Ada interpretó ese silencio como una aquiescencia. Y añadió:

—Pero ¿has visto cómo le ha guiñado el ojo él? ¿Lo has visto o no? —Lorenzo no dijo nada y se levantó de la mesa. Ada se levantó, a su vez. Juntos se reunieron con Colli y Nora: el primero estaba despidiéndose del dueño del restaurante, Nora asistía a la despedida con una expresión que impresionó a Lorenzo como un presentimiento de lo que estaba por suceder.

En efecto, apenas estuvieron fuera del restaurante en la noche helada por el viento de tramontana, entre el resplandor de los automóviles aparcados en la plaza, Lorenzo miró a Nora y vio que ya estaba junto a Colli. Éste gritó:

—Entonces nos encontramos en el hotel. Vamos, Nora.

Vio a su esposa hacer un vago gesto de despedida y después seguir dócil a Colli y montar en su coche. Colli, que había mantenido la portezuela abierta para ayudar a Nora a montar, dio la vuelta en torno al coche y montó, a su vez. Rugió el motor y después el coche de Colli se movió reculando silencioso, salió del aparcamiento, giró ante sus ojos y desapareció. Ada dijo con aspereza:

—Bueno, ¿qué hacemos aquí? Vamos, ¿no?

Al principio, Lorenzo condujo sin hablar. Ahora tenía ante los ojos el plan de Ada como un velo transparente tras el cual veía, mucho más reales, a Colli y Nora juntos y solos en el coche y después en la habitación del hotel. Esa visión le resultaba de nuevo insoportable, como en el trayecto de ida, y, como entonces, intentó borrarla haciendo con Ada lo que ahora sabía a ciencia cierta que Colli haría con Nora. Sin dejar de conducir con una sola mano y mirando el camino, tendió la otra hacia Ada, buscó su cabeza, bajó hacia los hombros, la apretó de repente en la nuca y dijo entre dientes:

—En tu opinión, ¿qué harán en el hotel?

—¡Qué pregunta! Harán el amor. Pero ¡suéltame, que me haces daño!

Lorenzo la soltó y ella dijo de pronto, eficiente y locuaz:

—Ahora das la vuelta por Piazza Venezia, bajas por Via del Mare y llegas a orillas del Tíber. Podríamos paramos allí.

—Pero ¿para qué?

—Para hablar, ¿no?

—Pero ellos no hablan.

—¿Y quién te dice que sólo vamos a hablar?

Lorenzo no dijo nada y aceleró. Ahí estaba la Via del Mare, completamente iluminada, con el Teatro de Marcello, el Templo de Vesta, la iglesia con la Boca de la Verdad. Desde la Via del Mare se podían ver, más arriba, las orillas del Tíber, igualmente iluminadas. Iban y venían coches por todos lados, corrían por la Via del Mare, volvían a salir por las orillas del Tíber. Lorenzo dijo:

—Aquí hay luz y coches por todos lados. ¿Dónde está el lugar solitario?

—Avanza por el Aventino, puedes subir hacia esa hermosa placita en sombra, la de los Cavalieri di Malta.

Estaban parados en el semáforo. Después, al rojo sucedió el verde y Lorenzo acometió veloz la subida hacia el Aventino. Allí había una primera placita, con una

iglesia, después un ensanche cuadrado, luego una segunda placita con otra iglesia. Allí, por detrás de los viejos muros romanos sobresalían cipreses enormes y grandes árboles frondosos, había sólo unos pocos coches parados, no pasaba casi nadie y a las zonas iluminadas sucedían espacios sumidos en una sombra negra. Lorenzo detuvo el coche en una de aquellas placitas, en la parte más oscura, donde un solo farol esparcía una luz limitada, y sin decir palabra se arrojó sobre Ada.

Estaba turbado y perfectamente lúcido, tenía una fuerte erección y a la vez este pensamiento fijo:

—Cuando lleguemos al hotel, ésta debe ya haberse convertido en mi amante. Sólo de ese modo podré soportar la vista de Colli y Nora a solas y, a su vez, ya amantes.

Pero, para su sorpresa, en vista de la cómplice calma con que lo había guiado hasta allí arriba, Ada forcejeó con violencia:

—No, no hagas eso, dame sólo un beso y después nos vamos.

Intentaba zafarse y, curiosamente, después de tanta provocación premeditada, había en su forcejeo una sinceridad inocente y desmañada que a Lorenzo parecía tanto más provocante. Lucharon en aquella negra oscuridad que el blanco rayo del farol solitario dividía en dos zonas de sombra, una de los hombros de Ada para arriba y la otra de sus rodillas para abajo, por lo que quedaba, así, vívidamente iluminada la parte central de su cuerpo. La intención de Lorenzo era apretar un botón bajo el respaldo, bajar el asiento y tenderla boca arriba. Al final, lo logró: de repente Ada cayó hacia atrás, boca arriba, y al instante él estuvo encima de ella con violencia y determinación:

—Has dicho que eras demasiado blanca y demasiado negra. Veamos si es verdad.

De forma imprevista, ella cesó de pronto de forcejear y dijo con expresión de vanidad complacida:

—De acuerdo, te enseñaré lo que quieres ver, pero prométeme que no haremos nada más. Después nos vamos al hotel.

Lorenzo dijo con rabia:

—No prometo nada.

—No, prométemelo. ¿Por qué no quieres entenderlo? Yo amo a mi marido y quiero seguir siéndole fiel.

Lorenzo dijo con amargura repentina y profunda:

—También yo amo a mi mujer. Y precisamente por eso quiero serle infiel.

—Entonces, ¿me prometes que te limitarás a mirar y se acabó?

¿Bastaría la exhibición que Ada le proponía para compensar el ultraje de Colli? Dijo con rabia:

—¡Cuántas historias! Si no quieres, no lo hagas y se acabó.

—Anda, no te enfades.

Como convencida de que Lorenzo le había hecho la promesa que ponía como condición, Ada se puso, sin prisa y sin dejar de permanecer boca arriba, a desnudar lo que bastaba para satisfacer la curiosidad de él y su vanidad. Se llevó las dos manos a la cintura, desabrochó el cinturón, bajó en el costado la cremallera y se bajó la faldita. Después se bajó las bragas y, por último, permaneció inmóvil, aún boca arriba, y con las piernas ligeramente separadas.

Al intenso rayo del farol, el cuerpo aparecía con una blancura sólida y clara, salvo en el regazo, donde la negrura del pubis se extendía hasta casi el ombligo y descendía por entre los muslos. Ada dijo al fin, al tiempo que alzaba un poco la cabeza, con voz serena y apagada:

—¿Acaso no te había dicho que era demasiado blanca por todo el cuerpo, salvo donde soy demasiado negra? ¿Estás contento ahora?

—¿Contento de qué? —Lorenzo pensó que para el caso bastaba: para Colli el visón de oro de Nora, para él la mata negra de Ada. Añadió—: Discúlpame, ahora vámonos —y pulsó el botón del asiento. Se enderezó el respaldo, Ada volvió a quedar sentada sin la menor confusión y en un instante se volvió a cubrir. El coche arrancó, después dio la vuelta a la plaza y desembocó veloz en la calle entre murallas por la que habían llegado.

Pasaron un rato sin hablar. Después Ada preguntó:

—¿Por qué me has dicho: «Discúlpame»?

—Porque me he equivocado.

—Discúlpame tú. Mira, te prometo que, nada más llegar a África, haremos el amor.

Lorenzo dijo con amargura:

—En África no haremos el amor. Lo harán ellos y nosotros nos quedaremos mirando.

—Pero ¡qué dices! Lo haremos tan bien, que serán ellos los que estén celosos de nosotros. A propósito, recuerda que había olvidado el bolso en el restaurante y que hemos vuelto a recogerlo.

Así —pensó Lorenzo—, aun no habiendo sucedido nada entre ellos, salvo una fatua y en el fondo inocente exhibición, Ada hablaba como una amante segura de sí misma y de su compañero después de un encuentro total o definitivo. Ada hablaba de ese modo —pensó también Lorenzo— no tanto porque lo amara a él cuanto porque estaba celosa de su marido.

Después de esas pocas palabras de forzada complicidad, Lorenzo no volvió a hablar. El coche giró en Piazza Venezia, subió otra vez hasta Piazza del Quirinale y fue a detenerse en Via Bissolati, no lejos de la Piazza San Bernardo. Lorenzo aparcó con cuidado el coche y ayudó a Ada a apearse. Ella le dijo de repente:

—¿En qué piensas?

Lorenzo respondió con aspereza:

—¿Para qué justificar nuestro retraso con esa historia del olvido del bolso? Total, a ellos el retraso les ha venido bien y tus justificaciones les importan un bledo.

—Pero a mí no.

Caminaron en silencio hasta el hotel. El portero informó a Lorenzo de que el ingeniero Colli los esperaba en su *suite*, por lo que se dirigieron al ascensor, se encerraron en él y esperaron sin decir palabra, uno frente al otro, que llegara al tercer piso. Se abrieron las puertas, Ada salió la primera y se dirigió derecha por el largo pasillo desierto entre las dos filas de puertas cerradas.

Caminaron en silencio por la alfombra. Después Ada se detuvo y dijo:

—Es aquí.

Lorenzo hizo ademán de llamar, pero ella lo detuvo:

—Espera, antes dame un beso.

—Pero ¿por qué?

—¿Qué crees que estarán haciendo ellos en este momento, detrás de esta puerta?

—No lo sé, no quiero saberlo.

—Están haciendo lo que tú no quieres hacer conmigo. Y también algo más.

Cuchicheaban en voz baja, una señora anciana apareció de repente por el ángulo y los adelantó; ellos guardaron silencio hasta que hubo desaparecido y después Ada, si bien en voz igualmente baja, le regañó:

—Has querido ver cómo estoy hecha, te he contentado y ahora no quieres darme un beso siquiera.

Lorenzo se inclinó y le dio un beso que hubiera deseado rápido y fugaz, pero Ada le echó los brazos al cuello y el beso apasionado y voluntarista se prolongó y profundizó. Se separaron y ella dijo:

—¡Imagínate si Nora nos hubiese visto!

—¡No hables de mi mujer!

Con ímpetu rabioso, Lorenzo llamó a la puerta. Pasaron unos instantes, pero nadie vino a abrir. Ada susurró: «Están arreglándose», y Lorenzo no pudo por menos de decirse que también él había pensado lo mismo: por tanto, la complicidad continuaba tiñéndose ora de deseo ora de sospecha. Después, se abrió la puerta bruscamente y apareció Nora en el umbral:

—Pero ¿qué habéis estado haciendo?

Ada se adelantó:

—Había olvidado el bolso en el restaurante y hemos vuelto atrás para recogerlo.

Entraron en una especie de sala de estar, que, sin embargo, estaba vacía. Más allá, una cortina semiabierta separaba el salón de la alcoba. Allá, al fondo, de pie junto a la cama, Lorenzo vio a Colli, que sostenía el auricular del teléfono y hablaba en voz baja. No pudo por menos de pensar que todas las veces que se encontraba con Nora utilizaba el *alibi* del teléfono: así había hecho en su casa, así estaba haciendo ahora. Esa sospecha le resultó confirmada por un descubrimiento desconcertante: en una consola del salón había un teléfono. De modo que no podía haber duda: en el momento en que habían llamado, Colli y Nora estaban en la cama, Colli no había tenido tiempo de llegar hasta la puerta, tal vez se hubiera quedado arreglando la cama y así, para crearse el *alibi* habitual, había utilizado el teléfono que se encontraba sobre la mesilla de noche.

Colli dijo algunos monosílabos más y después colgó el auricular de forma demasiado brusca para una conversación normal. Lorenzo pensó al instante que había sido una llamada de teléfono fingida por Colli y que en el otro extremo del hilo no había interlocutor alguno. Colli interrumpió esas reflexiones, al llegar a su encuentro exclamando:

—En seguida llegará el champán.

—Pero ¿qué champán?

—Para brindar por nuestro viaje al Gabón.

—Pero ya lo hemos hecho en nuestra casa.

—Brindemos por segunda vez. ¿Qué hay de malo en ello?

Ada, como movida por una curiosidad irresistible, preguntó en tono que habría deseado ligero y casual:

—Y vosotros, ¿qué habéis estado haciendo, mientras nosotros corríamos a buscar el bolso?

Colli soltó una carcajada:

—¿Qué íbamos a hacer? Hemos hablado del Gabón.

—¿Habéis hablado del Gabón?

Nora confirmó:

—Sí, todo el tiempo. Tu marido ha estado allí muchas veces y me ha contado gran cantidad de cosas interesantes.

Ada guardó silencio un momento y después con tono alusivo y enfático, como para dar a entender que se trataba de una metáfora, dijo:

—También nosotros hemos hablado del Gabón. No hemos hecho otra cosa. Pero lo que se dice ninguna otra cosa.

Tenía los ojos brillantes y la voz trémula.

—Yo no sabía nada del Gabón. Tu marido lo sabe todo: nos hará de guía.

De improviso, con la oportunidad de una comedia un poco mecánica, llamaron a la puerta. Nora fue a abrir, un camarero entró sosteniendo una bandeja con el cubo de champán y los vasos. Fue derecho a una mesita del salón, dejó sobre ella la bandeja, hizo una ligera inclinación y se marchó.

Pero Ada no había acabado de descargar la tensión de la velada. De repente, nada más haberse marchado el camarero, dijo en voz muy alta:

—Bebamos, pues. Pero no por nuestro viaje al Gabón, ya lo hemos hecho, basta de hablar de nosotros. Bebamos, en cambio, por la salud de alguien a quien mi marido verá sin duda durante el viaje. Bebamos por el presidente de la República del Gabón. —A esa propuesta, casi surrealista a fuerza de extravagante, siguió un profundo silencio. Ada lo aprovechó para explicarse—: Mi marido va allí por asuntos de negocios. Su empresa está haciendo trabajos actualmente en el Gabón. Muchas cosas dependen del presidente del Gabón. ¿Qué tiene de extraño que bebamos por la salud del presidente?

Por fin, Colli superó la turbación, se adelantó y dijo con calma:

—Ada.

Su esposa respondió:

—¿Qué quieres?

—Ven aquí un momento.

—No, yo me quedo aquí. Quiero beber por la salud del presidente del Gabón.

—Anda, sólo un momento. —Colli avanzó, tomó a Ada sencillamente de la mano y dijo tranquilo y afectuoso—: Ven por aquí, tengo que decirte algo que te va a gustar.

—¿Que me va a gustar?

—Sí. Después volvemos aquí y bebemos, si tanto te interesa, por la salud del presidente del Gabón.

Lorenzo quedó impresionado por la dulzura de Colli. Vio a Ada mirarlo, indecisa, a él y después a su marido, como si debiera elegir entre los dos. Después dijo:

—Me gustaría saber, la verdad, qué es lo que puede gustarme. ¿No puedes decirlo delante de ellos?

—No, es algo que nos incumbe sólo a ti y a mí. Vosotros nos disculpáis, ¿verdad?

Ada avanzó y por fin siguió a Colli. Éste echó la cortina para ocultar la alcoba. Lorenzo miró a Nora. Estaba de pie junto a la puerta y dijo en voz baja:

—Tal vez sea mejor que nos vayamos.

Lorenzo movió la cabeza, pero no dijo nada. Pasaron unos instantes, después se abrió la cortina y Colli reapareció solo y volvió a echar la cortina, pero no tan rápido como para que Lorenzo no viera a Ada tendida en la cama, con un brazo sobre los ojos. Colli dijo en tono tranquilo:

—Sentaos, ¿no querréis iros tan pronto? Ada viene en seguida.

Lorenzo y Nora se sentaron juntos en el sofá. Colli sacó del cubo la botella de champán y se puso a quitar del cuello el papel de estaño. Y continuó la velada.

El hotel se alzaba sobre una corta playa, a dos pasos del mar. Era un hotel moderno de tipo balneario, como los que se pueden ver en la Costa Azul de Francia. También las palmeras finas y altísimas que balanceaban sus copas peladas a la altura del último piso habrían podido estar a orillas del Mediterráneo. Pero se adivinaba África en un detalle insólito: la exigua playa estaba atestada de enormes troncos de árboles, hundidos aquí y allá en la arena. Eran troncos de árboles gigantescos, inexistentes en Europa, todos serrados con precisión y con una chapa con números y letras clavada. En un pasado tal vez no reciente, esos árboles, ahora oscurecidos por el agua y cubiertos de líquenes, se habían alzado cargados de follaje en el corazón de la selva ecuatorial. Después los habían derribado, les habían quitado las hojas, los habían reducido a cilindros lisos, los habían atado juntos para formar una balsa y, por último, los habían confiado a la corriente de un río que los llevaría hasta la desembocadura, donde embarcarían con destino a los mercados europeos. Pero a veces ocurría que la balsa, al llegar al océano, se desataba y los troncos, arrastrados por las corrientes, tras haber errado largo tiempo entre las olas, acababan varados en alguna playa.

Tampoco el mar podría haber sido otra cosa que africano. No era el mar libre, sino una gran bahía encerrada entre dos promontorios, de olas siempre agitadas por un color turbio entre el verde y el morado, bajo un cielo cubierto de enormes nubes oscuras ora en movimiento y como fugitivas, ora en suspenso, bajas e inmóviles. Allá, a lo lejos, en la orilla opuesta se veían filas indistintas de palmeras y vagos perfiles de cabañas de techo cónico. Esa orilla opuesta, vista desde el hotel, parecía remota e inalcanzable, envuelta en una atmósfera misteriosa y recordaba a los huéspedes europeos del hotel que el África auténtica comenzaba allí, más allá del piélago proceloso, en aquella ribera lejana y apenas visible.

Entre el hotel y la playa había una piscina de baldosas azules y un restaurante al aire libre al que daba sombra un empujado de paja. Los clientes se zambullían y nadaban en la piscina o permanecían sentados en el restaurante, raras veces se aventuraban por la playa, tan atestada de troncos naufragados. Eran casi todos franceses, según explicó Colli, que les hacía de guía, la mayoría funcionarios con sus esposas e hijos u hombres de negocios que mantenían relaciones con el

gobierno del país. El Gabón era un país rico en recursos naturales, con minas y bosques aún por explotar, y Francia, aun después de la colonización, había conservado una posición predominante en él.

Los primeros días hicieron vida de vacaciones estivales: se levantaban tarde por la mañana, se entretenían hasta la hora de la comida nadando y tomando sol en la piscina, comían en el restaurante y después hacían una larga siesta. Por la noche, a veces cenaban en Libreville, la capital, que estaba a media hora en coche del hotel. Por las tardes, Colli iba a la ciudad, a Libreville, para sus negocios. Por la noche comían de nuevo en el restaurante. Con la obscuridad, parecía que estuvieran de verdad en Europa, entre otras cosas por una brisa ligera que se alzaba a mitigar el sofocante calor del día. Pero la ilusión europea y estival quedaba desmentida por el anacrónico árbol de Navidad que se alzaba en el vestíbulo, todo él adornado con lamparitas multicolores que se encendían y se apagaban alternativamente: aquel árbol recordaba África precisamente porque pretendía hacerla olvidar.

Por detrás del hotel, pasaba la carretera costera con sus altos faroles y palmeras altísimas alternados, continuamente recorrida por automóviles veloces y silenciosos. Pero más allá de la carretera, al final de los cortos caminos adyacentes, aún no asfaltados y arenosos, se podía divisar la tenebrosa masa de la selva ecuatorial con sus enormes troncos y su enmarañado e impenetrable bosque. No habría que asombrarse —decía Colli chistoso—, si una mañana salía un gorila de la selva, tal vez con un bañador rosa sobre su negro y peludo lomo, e iba a darse un chapuzón en la piscina y entre los demás bañistas.

Esa atmósfera de balneario no lograba ocultar a Lorenzo el lento e incontenible deslizamiento de su relación con su esposa hacia una explicación necesaria, aunque desagradable. Curiosamente, esa inevitabilidad de la explicación no estaba vinculada en modo alguno al hecho de que, al menos por lo que él sabía, en aquella media hora que había estado solo en el coche con Ada, él hubiese traicionado sin lugar a dudas a Nora, mientras que era por lo menos dudoso que en la habitación del hotel de Colli Nora lo hubiese traicionado a él. Pero se tranquilizaba la conciencia diciéndose que entre las dos traiciones había una diferencia: Nora lo había traicionado, de haberlo hecho, por amor o al menos por algún arrebató repentino; en cambio, él había traicionado a Nora como un reflejo, para compensar la traición, es decir, por celos. Ada, también ella infiel por celos, a quien había preguntado durante el viaje qué había sucedido tras la cortina de la habitación del hotel, qué le había hecho cambiar de idea después de la primera escena histórica de celos, había confirmado esa reflexión:

—¿Qué te dijo tu marido? ¿Cómo es que cambiaste de talante? ¿Te amenazó con separarse?

—Al contrario, me dijo que me amaba y que sólo me amaba a mí.

—¿Y tú le creíste?

—Yo siempre le creo.

Pero la asiduidad de Colli, correspondida a las claras por Nora, no podía pasarse por alto y le hacía pensar que en aquella media hora en Roma había sucedido entre ellos algo acaso breve y casual, pero decisivo: Colli había conquistado a Nora y Nora reconocía y aceptaba haber sido conquistada. Sí, le parecía intuir, con una sensación de dolor cada vez más agudo y presente, que el corazón de Nora, tan enigmáticamente felino, latía ahora por Colli.

¿En qué consistía la asiduidad de Colli? ¿De qué forma le correspondía Nora? Simplemente —se dijo después de los primeros días de estancia en el Gabón—, Colli se ocupaba sólo de Nora y Nora sólo de Colli; Ada y él quedaban, por así decir, excluidos. Y esa exclusión continuaba incluso cuando Colli se encontraba a solas con Ada y él se encontraba a solas con Nora. En su cuarto, durante la siesta o por la noche antes de dormir, Nora ya casi no le hablaba o, si lo hacía, se limitaba a lo estrictamente necesario y sin la menor efusión afectiva ni amorosa. Por su parte, Ada le decía que lo mismo sucedía entre Colli y ella. Ciertamente era que Nora había hecho el amor con Lorenzo una vez. Pero a éste no se le había escapado que en realidad le había procurado el orgasmo con el habitual juego erótico del amor a gatas, pero ella no lo había tenido. ¿Había sido casualidad o una intención premeditada? ¿No había sido, en una palabra, como si ella se hubiera prestado a darle su placer para no hacerle sospechar que el placer lo obtenía con Colli? Lorenzo le había comentado, nada más tener el orgasmo:

—Me has hecho correrme, pero tú no te has corrido.

A eso ella le había respondido lacónica:

—No tenía ganas.

Esa indiferencia indescifrable y tal vez inconsciente le inspiraba una sensación de incontenible desplome de todo el edificio de su vida. Le parecía vivirlo, ese desplome, momento a momento, con la sensación de aterrada impotencia de quien tiene los pies empantanados en unas arenas movedizas y no se atreve a

moverse porque sabe que todo movimiento sólo servirá para hacerlo hundirse más.

De vez en cuando se hacía la ilusión de que los continuos apartes de Nora y Colli eran casuales y de que su amor no existía, sino que era una simple invención de sus celos. Pero, si volvía a pensar en la frialdad e insuficiencia de su abrazo en África, no podía por menos de ver una relación entre los apartes de ellos y el abrazo: sí, no había duda, Nora y Colli habían hecho el amor durante la media hora en que se habían encontrado solos en la habitación del hotel y ahora su relación no era la aún incipiente del galanteo, sino la mucho más madura del amor correspondido.

Así, pues, él debía tener una explicación a toda costa. Pero había pensado en hablarle con la calma y distanciamiento propios de una conversación premeditada. En cambio, la ocasión fue casual y únicamente vinculada a su relación física. Una de aquellas tardes, cuando ya llevaban una semana en África, al ver a Nora hacer ademán de lanzarse al juego habitual del amor a gatas, casi sin pensarlo, por instinto, la rechazó con dulzura:

—No, hoy no.

La vio mirarlo sorprendida:

—¿No quieres?

—No, prefiero no hacerlo, si ha de ser como la última vez.

—¿Cómo fue la última vez?

—Es que el amor lo han de hacer dos; si no, no es amor.

—¿Y nosotros no lo hicimos los dos?

—No, lo hice sólo yo. O, mejor, tú me lo hiciste a mí. Pero tú no lo hiciste.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—El orgasmo se ve. El mío lo viste. Es cierto, las putas fingen tenerlo: forma parte de sus prestaciones. Pero tú no eres una puta y la verdad es que no se vio.

La vio fruncir las cejas desconcertada:

—No tenía ganas y, además, te lo dije. Pero ahora es diferente.

Se miraron. Lorenzo dijo de repente:

—Nadie lo diría. Tienes la expresión práctica de quien quiere despachar lo antes posible una tarea fastidiosa.

—Pero ¿qué tarea?

—El amor precisamente. Si tuvieras de verdad ganas de hacerlo, no estarías así. —Él le pasó rápido una mano entre las piernas y se la restregó ligeramente contra el sexo.

—Pero ¡qué dices!

—Seca como una hoja y cerrada como una ostra.

La vio clavarle ahora los ojos tan luminosos y tan inexpresivos. Después dijo:

—Déjame hacerlo. Tú te excitarás y entonces yo, al verte excitado, me excitaré también.

Lorenzo sintió un repentino afecto por ella, tan espontánea y cargada de voluntad. Le hizo una caricia en la cara y dijo:

—No, hoy hablemos. Tal vez hagamos el amor después. Pero antes debo decirte algunas cosas.

—Entonces habla.

Lorenzo dijo con sinceridad:

—Me resulta difícil: te lo tomarás como una escena de celos. Pero no lo es. No estoy celoso.

—Entonces, ¿cómo estás? —La voz era ligeramente tensa e impaciente.

Claro, ¿cómo estaba, sino celoso?

Lorenzo dijo sin convicción:

—Necesito claridad.

—Pero todo está claro entre nosotros, ¿no?

—Tal vez para ti, pero no para mí.

—¿Qué quisieras saber?

Lorenzo reflexionó y después dijo:

—Si hay una relación entre el modo como haces o, mejor dicho, no haces el amor conmigo y tu relación con Colli.

—¿Qué tiene que ver Colli con mi modo de hacer el amor contigo?

—Tiene que ver como causa y efecto. Lo que le das a él no puedes dármelo también a mí.

Esperaba que protestase. En cambio, dijo vacilante:

—A él le doy una cosa y a ti otra.

—Entonces le das algo.

—Claro que le doy algo. ¿Por qué no habría de darle algo?

Lorenzo perdió la calma:

—Pero, en una palabra, ¿qué le das? ¿Le das el amor o qué?

Ella no respondió y Lorenzo, quien sabía por experiencia que en ella el silencio significaba el reconocimiento simple e indiferente de cualquier verdad inadmisibles, experimentó un dolor agudo. En el fondo, la estaba acusando de traicionarlo sin estar convencido de ello de verdad. Ahora, con el silencio ella parecía confirmar sus sospechas. Pero el silencio duró poco. Ella dijo:

—Lo que le doy a él no te incumbe.

—¿Ah, sí? ¿No me incumbe?

—No. En cualquier caso, no le doy en absoluto lo que te doy a ti.

—A mí, al menos la última vez que hicimos el amor, no me diste nada.

—Aquel día no cuenta. No tenía ganas, eso es todo.

—Pero, en una palabra, ¿qué le das?

—No veo por qué debería decírtelo. No es cierto que haya cambiado contigo. Sigo siendo la misma. Con eso debería bastarte, ¿no?

—Así, supongamos que tú haces el amor conmigo y al mismo tiempo con él, del mismo modo y con la misma intensidad: yo no tendría nada que objetar, ¿no es así?

—Sí, es así.

—Pero entonces hacéis el amor, ¿no es así?

—No, no es así. Y, además, ya te lo he dicho: que lo hagamos o no es algo que no te incumbe.

Tenía un tono de obstinación infantil que daba pie a cualquier hipótesis. Tal vez, pensó Lorenzo, no hubiera de verdad nada entre Colli y ella, sólo una amistad un poco exclusiva y exaltada.

—Pero entonces, si no hacéis el amor, ¿por qué hacéis todos esos apartes continuos?

—No he dicho que no hagamos el amor. He dicho que no te incumbe.

—¿No me incumbe porque lo hacéis o no me incumbe porque no lo hacéis?

La vio encogerse de hombros, desdeñosa:

—Mira, no te contesto más.

—Pero la verdad es que estáis siempre juntos, que os apartáis y, cuando yo me acerco, dejáis de hablar y me miráis violentos, esperando que me vaya. ¿Se puede saber al menos de qué habláis?

—No lo sé. Un poco de todo.

—Ayer, por ejemplo, disteis un paseo a lo largo del mar. Estuvisteis fuera una hora y media. ¿De qué hablasteis?

—No recuerdo. Ah, sí, del Brasil, donde él estuvo el invierno pasado. Era

muy interesante.

Lorenzo gritó de repente desesperado:

—¿Interesante? ¿Qué quiere decir interesante?

—Interesante quiere decir que me interesó. —Nora guardó silencio y después dijo con tono repentina y desconcertantemente confidencial—: Es un hombre que, cuando lo conoces, se revela diferente y mejor de lo que parece. Parece muy seguro de sí. En cambio, no lo es. Tiene muchos problemas.

—Pero ¿qué problemas?

—Problemas suyos.

—Gracias. ¿No podrías decirme uno de esos problemas?

—No, son cosas que no te incumben.

—Y te incumben a ti, ¿eh?

—Desde luego, ya que me habla de ellos.

Lorenzo sintió que una vez más se le escapaba con la sencillez de los niños, que no saben expresarse, y de los animales, que no hablan. Decidió de repente poner a Nora frente a un hecho concreto, circunscrito, innegable.

—Pero entonces, ¿no irás a decirme que en el restaurante Colli no te guiñó el ojo de forma descarada y vulgar?

La vio encogerse de hombros:

—Eso es cosa suya. Puede haberlo hecho, pero ¿qué tengo yo que ver con eso?

—Nadie me quitará de la cabeza —gritó Lorenzo—, que, en aquella media hora que transcurrió entre la salida del restaurante y la llegada de Ada y yo al hotel, Colli y tú hicisteis el amor.

Le dio un vuelco el corazón, al oírla responder en tono apagado y apático:

—¿Por qué te atormentas tanto? ¿Acaso te he preguntado qué hiciste tú con Ada en aquella misma media hora?

—Fuimos a recoger el bolso de Ada al restaurante.

—El bolso lo llevaba, cuando salimos: yo lo vi. Pero ¿por qué no dices la verdad? ¿Que Ada te gusta y te entretuviste con ella?

Así, Nora, con cínica ingenuidad, casi parecía sugerirle una especie de acuerdo: yo no te pregunto qué haces con Ada y tú no me preguntes qué hago con Colli. Ahora bien, Lorenzo no podía por menos de no atribuir importancia alguna a lo que había sucedido entre Ada y él: había sucedido únicamente por celos, es decir, era como si no hubiese sucedido. Pero la idea de que Nora, aunque fuese con inocencia animal, quisiera animarlo a una trivial relación de cambio de pareja al estilo burgués le enfureció de repente. Con el confuso deseo de abofetearla, se lanzó de pronto sobre ella. Pero, en el preciso momento en que alzaba la mano, Nora puso una expresión de miedo infantil que le hizo cambiar de intención: no la abofetearía, sino que la abrazaría estrechamente, tal vez hasta casi asfixiarla a fin de inmovilizarla y al tiempo quitarle el miedo, y después, con orden, calma y racionalidad, sin dejar de mantenerla apretada, explicarle que él no estaba celoso, sólo deseaba que su esposa se comportara como esposa y no como una extraña. Pero Nora no comprendió su intención y reaccionó al instante con violencia entre sus brazos, como un animal salvaje atrapado en una trampa. Se debatía contra él con los brazos, con las piernas, con todo el cuerpo, exactamente como los animales, para los cuales toda lucha es extrema y todo golpe decisivo. Rechinaba los dientes, desorbitaba los ojos; su rostro, habitualmente difuminado y efébo, parecía haberse hinchado horriblemente, como —pensó Lorenzo, irritado— el de una cobra. Él intentaba reducir con el abrazo los arranques del cuerpo de Nora, pero sin conseguirlo. Después recibió un rodillazo en el estómago y entonces soltó la presa. La vio saltar, roja y desgredada, de la cama y correr hasta la puerta del baño. Pero en el umbral se detuvo y gritó:

—Yo quiero ver a Flavio, hablar y tal vez hacer el amor incluso con él cuanto me apetezca, ¿has entendido?

Lorenzo, jadeante, logró decir con cómica racionalidad:

—En otras palabras, eso significa que ya no quieres ser mi mujer, sino una completa extraña.

—Sólo quiero que me dejen en paz.

Se cerró la puerta con violencia y Lorenzo, al quedarse solo y aún perturbado, pensó con dolor que era la primera vez que Nora llamaba a Colli por su nombre de pila: Flavio. En ese nombre —pensó también—, pronunciado con la sinceridad propia de la cólera, además del deseo de ofenderlo, se manifestaba toda la intimidad de la relación física. Le pareció que, después de esa comprobación, no había nada más que añadir: en adelante, él debía vivir con la certidumbre de que Nora lo traicionaba. En ese momento le pareció que se asfixiaba. La puerta del baño estaba iluminada y se veía la sombra de Nora, que se movía bajo la ducha. Después cesó la ducha y la sombra pareció hacer los gestos de quien se seca y después se viste. Por último, Nora salió del baño y cruzó el cuarto en dirección a la puerta. Dijo:

—Voy a dar un paseo con Colli —y desapareció.

Lorenzo permaneció largo rato tendido sobre la cama sin pensar en nada, como fascinado por el vacío que Nora había dejado al marcharse. Por último, se levantó, fue hasta la puerta del balcón, la abrió y salió.

Las palmeras que llegaban con sus copas hasta su piso eran sacudidas por un viento rígido e impetuoso que volvía todas las hojas en la misma dirección; pero, extrañamente, en la bahía, las violáceas olas parecían seguir la dirección opuesta. Mientras se asomaba a la barandilla, una voz lo sobresaltó:

—¿Crees que lloverá?

Era Ada: su marido y ella ocupaban el cuarto contiguo al de ellos. Lorenzo la miró un momento antes de responder: llevaba puesto un kimono japonés, negro, con un dragón rojo y verde en un ángulo, que la hacía parecer más pequeña y más llenita. Sus ojos se encontraron y él advirtió que la mirada de ella era intensa y ardiente como la noche del restaurante en Roma, por primera vez desde que se encontraban en África y sin duda por la misma razón. En efecto, ella dijo:

—Flavio ha ido a pasear junto al mar con Nora.

Lorenzo dijo:

—Ya lo sé —y al cabo de un instante añadió bajando de improviso la voz—:
Ven aquí.

—¿Por qué?

—Te digo que vengas aquí.

La vio moverse, acercarse a la barandilla que dividía los dos balcones. Después dijo:

—¿Qué quieres de mí?

Lorenzo no dijo nada. Se preguntaba qué estarían haciendo en aquel momento Nora y Colli y se respondió que tal vez caminaran charlando junto a la línea del agua. Pero tal vez estuvieran juntos entre los troncos naufragados y haciendo el amor. Se dijo que eso era estar celoso de verdad, esa formulación de hipótesis diferentes y todas igualmente dolorosas. Sintió una sensación de rebelión contra la turbación que le inspiraban las miradas intensamente provocantes y cómplices de Ada. Al fin, dijo con esfuerzo y en voz baja:

—Nada.

No habían ido al Gabón para hacer vida de balneario como en Italia, en Forte dei Marmi o en el Lido de Venecia, dijo una mañana Colli, sino para ver África. Él ya se había entrevistado con todos los políticos con los que tenía que tratar para la construcción de una carretera que iría desde Libreville hasta una mina de uranio en el interior, la empresa podía continuar por sí sola gracias a la dirección de ingenieros excelentes; ahora comenzaba la parte más interesante del viaje, iban a visitar de verdad el Gabón: ¿por qué no recurrían a una agencia de viajes de Libreville para informarse de la posibilidad de una incursión en el interior del país? Lorenzo se sorprendió:

—Pero ¡cómo! ¿No viene usted con tanta frecuencia al Gabón? Creía que lo conocía.

—Nunca he puesto los pies fuera de Libreville. Vengo, echo un vistazo a los trabajos, entre un avión y otro, para ver cómo van las cosas y después vuelvo a Italia.

—¿Y cómo van las cosas?

—Bien o, mejor dicho, muy bien. Mire, en África hay que estar detrás de los africanos sobre todo al comienzo. Pero, una vez en marcha, después funcionan por sí solos, más o menos.

—¿Más o menos?

—Sí, una vez recibidas las órdenes, pueden darse dos casos.

—Naturalmente. Me imagino que las cumplen o no las cumplen.

—No, usted razona como un europeo. Las cumplen de todos modos. Pero, como he dicho, pueden darse dos casos: o las cumplen o las cumplen sin cumplirlas, por así decir, de verdad.

—¿Cómo es eso?

—Supongamos que usted ve a alguien que está telefoneando. Ahí está todo: quien telefona, el teléfono, el auricular, el hilo. Después mira mejor y ve que el cable está desenchufado. ¿Usted qué pensaría?

—Pensaría que es una ficción.

—Exacto, una ficción. Pues bien, a veces ésa es la forma de hacer las cosas en el Gabón: fingiendo no sólo ante los demás, también ante uno mismo, que el cable no está desenchufado.

Esos diálogos entre Colli y él eran siempre iguales: Colli hablaba, por lo general en broma, y él, tal vez a causa de los celos, no podía por menos de seguir el juego y tomarlo en serio.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué telefonar, si el cable está desenchufado?

—Está claro: para demostrar que se cumplen las órdenes.

Esa vez Lorenzo no pudo remediar un arranque de impaciencia:

—Colli, ¿no será usted por casualidad, acaso de forma inconsciente, un poco racista?

Colli no se desconcertó:

—Lo somos todos. Lo soy yo, que noto la diferencia entre la manera de trabajar de los africanos y la de los europeos, pero lo es también usted, cuando niega que exista esa diferencia. Al revés se lo digo para que me entienda: si usted no fuera racista, no me habría dicho que yo lo soy.

—Según usted, ¿qué debería haber dicho?

—Hombre, pues nada.

Así decidieron ir a informarse a Libreville, en una agencia turística, sobre la posibilidad de un viaje al interior. Era el último día del año. Después de la siesta, se encontraron los cuatro en el salón del hotel, delante del árbol de Navidad, de luces intermitentes. Colli dijo:

—Ahora vamos a la agencia, para lo del viaje, y después al supermercado. Aquí la noche de fin de año no cocinan. Propongo que compremos en el

supermercado todo lo necesario para la cena de fin de año. Pasé otro fin de año en un restaurante del Gabón y, francamente, prefiero un pisco-labis aquí, nosotros solitos, junto al mar, a la cena en un local nocturno.

Ada dijo:

—Yo me voy a dormir. Encargaré que me lleven champán a la habitación y brindaré por mi cuenta por el año nuevo.

Lorenzo preguntó:

—¿Sola?

—Claro que sí: sola.

Colli dijo en tono expeditivo, sin dar a entender que había advertido el tono polémico de su esposa:

—Cada cual brindará a su modo. Entonces, ¿vamos?

Salieron del hotel y se dirigieron hacia el coche, en el aparcamiento del otro lado de la carretera. Lorenzo notó que Ada procuraba distanciarse de Colli y Nora. Después se acercó y susurró:

—Tengo que hablar contigo.

Ahora bien, eso era una novedad respecto de la semana que habían pasado en el Gabón. Con la excepción del primer día, cuando se habían hablado brevemente desde los balcones, Ada, ya fuera porque hubiese decidido sufrir a solas sus celos o porque se hubiera resignado a sufrir sin protestar el ultraje de la relación tan ostentada entre su marido y Nora, casi no había vuelto a dirigirle la palabra. Mientras Colli y Nora se apartaban continuamente, ella se atenía ostentosa y ritualmente a los horarios de la vida de balneario: asistía a la comida y la cena en común, pero sin hablar; comía en silencio y después, nada más acabar, se levantaba de la mesa y se marchaba sin despedirse. Sin embargo, ahora parecía haberse producido un cambio respecto del primer día, cuando se habían encontrado en el balcón; la frase «tengo que hablar contigo» indicaba sin lugar a dudas que había concluido la fase digna y silenciosa de los celos y que ella volvía a sentir la áspera voluntad especular de represalia que la había impulsado a exhibirse ante él, en el coche, aquella noche en Roma. Ante esa idea, Lorenzo advirtió que en el fondo la frase y la aproximación de Ada no le desagradaban. ¿Y por qué no le desagradaban?

Porque —pensó con conciencia lúcida— él era semejante a Ada: le bastaba ver a Nora y Colli juntos, como ahora, uno junto al otro, Nora del brazo de Colli, para experimentar el impulso celoso a hacer lo mismo con Ada. Dijo a flor de labios:

—¿Hablarme a mí? ¿Y cuándo?

—Ellos durante la siesta irán, como de costumbre, a pasear. Mañana iré a tu habitación.

Lorenzo reflexionó y después dijo con rabia:

—Mejor que no lo hagas. Nosotros ahora hacemos exactamente lo que ellos hacen. Pero que yo sepa, Nora aún no ha ido a la habitación de tu marido en tu ausencia o viceversa. Pasean: nada más. Pues bien, nada de ir al cuarto. Daremos un paseo juntos.

—Conque pasean, ¿eh? Pero durante el paseo, ¿qué hacen? ¿Lo has pensado alguna vez?

Lorenzo no respondió y apresuró el paso. Ahí estaba el coche. Vio a Colli abrir la portezuela y a Nora sentarse en el asiento contiguo al del conductor. La ayudó maquinalmente a montar y se sentó junto a ella. El coche arrancó.

Por un rato nadie habló. El coche corría a gran velocidad por la recta a lo largo de los faroles y las palmeras y un viento suave entraba por las ventanillas y mitigaba el sofocante calor. Después, Ada fingió de repente caer sobre Lorenzo y le susurró:

—¿Nosotros hacemos lo que hacen ellos? De acuerdo, hagámoslo.

—¿Qué quieres decir?

—Míralos.

Lorenzo se inclinó hacia delante y miró. Colli conducía solo con una mano, la otra estaba extendida abajo y, al inclinarse un poco más, vio que estaba apoyada en el asiento y estrechaba la mano de Nora. Así Ada, a su nuevo modo histérico y pasional, tenía razón. Advirtió que sufría, que hubiera deseado gritar a Colli: «Quita esa mano», y que deseaba —mecanismo fatal— hacer lo mismo o acaso algo más atrevido con Ada. Extendió la mano y fue a estrechar la que Ada tenía vuelta sobre el regazo. Preguntó:

—¿Está bien así?

Ada, como respuesta, apretó la mano de Lorenzo, se la llevó a la boca y la besó con fervor. Después la giró y se apretó la palma contra su seno. Lorenzo pensó con rabia: «Somos dos monos que nos reflejamos en ellos», y retiró la mano con violencia. Ada se volvió hacia la ventanilla, miró afuera por un momento y después dijo en voz alta, dirigiéndose a su marido:

—¿Queréis que juguemos a un juego esta noche de fin de año?

Nora dijo:

—Sí, sí, juguemos a un juego.

Colli preguntó:

—¿Qué juego?

—Es un juego que practican con frecuencia en África para pasar el tiempo. Esta noche para festejar el año nuevo vosotros dos, los hombres, os intercambiáis las mujeres: tú te llevas a Nora y Lorenzo se me lleva a mí. ¿Qué os parece?

Así —pensó Lorenzo—, Ada, en el juego de los celos eróticos, lo derrotaba con mucha diferencia gracias a su apasionamiento. Colli dijo con su acostumbrado e inalterable sentido común:

—El inconveniente de esos juegos es que después cada cual vuelve con su mujer y tal vez ella no esté contenta precisamente. No, ciertas cosas dejémoselas hacer a los americanos, que se aburren en sus suburbios.

Lorenzo se preguntó de dónde sacaría Colli tanta seguridad y serenidad. Y se respondió que Colli no necesitaba el juego propuesto por Ada: ya lo estaba practicando con Nora. Y, por lo que se refería a su mujer, no parecía tener nada en contra de que Lorenzo hiciera lo mismo. Entretanto, el coche aminoraba la velocidad entre las primeras casas de Libreville. Colli dijo en tono alegre:

—Propongo que vayamos lo primero a la agencia y después al supermercado para las compras de fin de año.

—Hay que comprar también algo nuevo y rojo —dijo Ada con voz tranquila—. Yo ya sé lo que compraré.

—¿Qué?

Ada respondió:

—Una bolsita que ya he visto. Una cosa de nada, pero graciosa. Toda hecha de perlititas rojas. —Su voz era serena, una voz normal de persona normal. Lorenzo admiró esa capacidad para pasar de la pasión a la serenidad y viceversa, como el flujo y el reflujo continuo de una marejada. En cambio, él no la tenía: o sufría o se preparaba para sufrir de nuevo.

Ahora el coche iba casi a paso de hombre por la calle principal de Libreville. En todas las tiendas los escaparates brillaban con decoraciones navideñas, las aceras estaban atestadas de transeúntes que se entretenían entre tantas tentaciones. Pero al final de las calles adyacentes, en contraste con tanta luz, se divisaba la oscuridad de la selva ecuatorial. Y en una de esas calles adyacentes encontraron el rótulo luminoso de la agencia.

También en el escaparate de la agencia había un arbolito de Navidad con las lamparitas de luces intermitentes, como el del hotel. Entraron. Todo el mobiliario consistía en un escritorio y dos sillas. Detrás del escritorio, había un gran mapa del Gabón clavado en la pared. Sentada al escritorio estaba una empleada rubia y joven, de frente ancha y barbilla aguda. Colli se acercó y dijo en buen francés:

—Vengo con frecuencia al Gabón, pero nunca he visitado el interior del país. Tal vez ustedes podrían sugerirme alguna idea.

—¿Alguna idea? Aquí tiene, en este folleto está todo lo que necesita saber.

—Los folletos los tenemos también en el hotel. ¿No podría darme alguna información más detallada?

—Está ya todo en el folleto.

—Veamos, dicen que Lambarené es interesante.

—Sí, es interesante. Están los hospitales del doctor Schweitzer.

—¿Y cómo se va allí?

—Hay una carretera asfaltada durante un tercio del recorrido. Después es una pista. Se va en coche, supongo.

—¿Ha estado usted alguna vez?

—¿En Lambarené? No, nunca.

—Aparte de Lambarené, ¿qué otros centros habitados importantes hay?

—Los puede ver en este mapa. —La empleada se volvió e indicó el gran mapa clavado en la pared—: Butanga, Port-Gentil, Boué, Minkebé, Belinga.

—¿Y son interesantes?

—¿Interesantes?

—Quiero decir: ¿hay algo que ver?

—No creo.

—Pero en el Gabón hay bosques inmensos.

—Ah, eso sí: hay bosques y pistas que los atraviesan.

—¿Y ustedes proporcionan los coches?

—No: nosotros, no.

—¿Por qué no?

—La pista está en mal estado, los coches se rompen y no regresan.

—Pero ¿los viajeros, los que regresan?

—No hay viajeros.

—Habrá al menos los habitantes de los lugares.

—En muchas regiones no hay habitantes. Hay grandes territorios con menos de un habitante por kilómetro cuadrado. No hay nadie.

—Entonces indíquenos al menos un lugar donde podamos ir por nuestros medios.

La empleada miró fijamente a Colli con sus ojillos azules:

—Vayan a Mayumba.

—¿Qué es Mayumba?

—Un lugar situado junto al mar. Aquí tiene el folleto sobre Mayumba.

—¿Es bonito Mayumba?

—No he estado nunca. Está considerada la playa más bella del Gabón.

—¿Y cómo se va allí?

—Se va en avión. Con Air Gabon.

—¿Hay hoteles?

—Hay una *lodge*. Aquí tiene el folleto.

—¿Ustedes nos aconsejan que vayamos?

—Corresponde a ustedes decidir.

—En una palabra —exclamó Colli—, su agencia es extraña. En lugar de fomentar el turismo, parece como si quisieran desanimar a los posibles turistas.

—No es eso. No nos hacemos cargo de la responsabilidad, dejamos a los turistas en libertad para ir a donde quieran por sus propios medios.

Colli se guardó los folletos en el bolsillo y, una vez fuera de la agencia, comentó con calma:

—Poco acogedora es esa muchacha graciosa. Pero es un efecto del lugar. Me lo decía precisamente ayer un francés: Aquí, en el Gabón, hay una especie de enfermedad psicológica que afecta sobre todo a los residentes europeos, caracterizada por la desgana, la indiferencia y la apatía. En la fase aguda se llama gabonitis y entonces ya sólo queda tomar el primer avión para Europa. En la fase crónica, gabonismo.

Ahora faltaba visitar el supermercado y comprar, además de lo necesario para la cena de fin de año, algo nuevo y rojo que ponerse para la festividad. El supermercado se llamaba «Mbolo», que, según explicó Colli, en la lengua local

quiere decir «buenos días», y era una visita indispensable, aunque sólo fuese para darse cuenta del grado de prosperidad alcanzado por el Gabón, uno de los países con nivel de vida más alto de África. Siguió explicando a que debía el Gabón su prosperidad: maderas preciosas, manganeso, uranio, diamantes. Ahora, mientras Colli conducía y hablaba, Ada estaba haciendo algo que atrajo la atención de Lorenzo: al tiempo que miraba la carretera, intentaba poco a poco sacarse la alianza, único anillo que llevaba en los dedos desgarnecidos. El anillo parecía estrecho, ella lo hacía girar en torno al dedo y al final lo sacó, lo cogió en la palma, lo miró y después, con gesto sencillo, sacó el brazo y abrió la mano. El anillo cayó a la carretera. Lorenzo preguntó en voz baja:

—Pero ¿qué has hecho?

—¿A qué te refieres?

Lorenzo se tocó el dedo en el que tenía la alianza. Ada comprendió y respondió también en voz baja:

—He adoptado una decisión.

Colli anunció:

—Ahí está el supermercado.

El supermercado apareció con toda su frialdad desmesurada y vagamente simbólica, como una caja rectangular gigantesca y pintada a franjas verticales blancas y azules, a espaldas de una corona de enormes árboles frondosos. Delante del supermercado había una enorme plaza y el aparcamiento para numerosos coches, a la sombra de otros árboles enormes. El nombre de «Mboló», compuesto de lamparitas multicolores, resplandecía con grandes letras en lo alto de la enorme caja, la luz iba y venía y el follaje de los árboles se volvía por unos instantes verde y después se sumía otra vez en la obscuridad, alternativamente. Un torrente de música de ritmos sincopados se derramaba sobre la plaza y parecía imantar a la multitud de compradores, en cierto modo como el estruendo de los trombones y los bongos en las fiestas rurales de otro tiempo. Y, de hecho, los compradores afluían en filas disciplinadas hacia las cuatro puertas de entrada al supermercado con una docilidad presurosa, como fieles que se dirigieran con retraso hacia la puerta de una iglesia.

Ahora Lorenzo se preguntaba qué decisión habría adoptado Ada al tirar la alianza y de repente, mientras avanzaba con la multitud hacia el supermercado,

tuvo una especie de sensación aguda de intolerancia y adoptó, a su vez, una decisión: haría el amor con Ada en la primera ocasión y en seguida anunciaría que renunciaba al viaje periodístico por el Gabón y regresaría a Italia. ¿Solo o con Nora? ¿O con Ada? Tal vez con Ada. Dejaría a Nora, continuaría con Ada, tal vez viviera con ella. En cuanto a Nora...

Como para reafirmarlo en esa decisión, ahí, a pocos pasos de Ada y de él, estaba Colli, que llevaba a Nora del brazo, como guiándola entre la multitud, y Nora, que con gesto ambiguo, como si lo besara, acercaba la boca al oído de él y le hablaba. De improviso, Ada se le acercó y le dijo en voz baja:

—¿Has visto?

Lorenzo se estremeció: efectivamente, ésa era una de las caricias preferidas por Nora. Respondió:

—No he visto nada. O, mejor dicho, he visto que te has sacado la alianza del dedo y la has tirado a la carretera.

—¿No te ha dado placer?

Así, pues, reflexionó él, Ada seguía estando celosa y al mismo tiempo convencida de que él, no menos celoso, experimentaba hacia ella un sentimiento que debía llamarse, con todo, amoroso. Pero era un amor especular al que parecía haber entre Colli y Nora, vengativo y mimético. Preguntó seco:

—¿Se puede saber por qué debería darme placer?

—Lo he hecho por ti. —Y al cabo de un momento—: Estréchame el brazo como Flavio a Nora.

Lorenzo le estrechó el brazo maquinalmente. Ada respondió al punto y le lamió la oreja. Lorenzo se apartó bruscamente y vio que Colli se apartaba también de Nora. Así, en orden disperso entraron los cuatro en el supermercado.

Apareció una sala inmensa que ocupaba todo el edificio. Los adornos, cortinajes, festones, luces y otras diversas decoraciones eran, todos, de un rosa encendido rayano en el violeta, impúdico como la mucosa de una cavidad visceral. Filas de perchas con las prendas de vestir muy apretadas o hileras análogas de estantes con productos alimentarios recorrían la enorme sala de un extremo a otro. Entre una fila y otra, los compradores avanzaban despacio, examinando las

mercancías. Todo ello bajo el estruendo de la música de rock con su tonalidad.

Ahora estaban de nuevo juntos para elegir algo nuevo y rojo que ponerse para fin de año. Al final, después de muchas y divertidas vacilaciones subrayadas por las bromas de Colli, Lorenzo eligió una corbata roja y Colli un pañuelo rojo; Ada, la bolsita con las perlititas rojas; Nora, unas bragas rojas. Colli objetó al instante:

—Las bragas no valen: es trampa, porque no se ven.

Nora respondió riendo:

—¿Y quién te dice que no se verán?

Fue suficiente para que Ada apretara el brazo de Lorenzo, que estaba a punto de remachar con acritud: «Es cierto, a una mujer no se le ven las bragas, salvo cuando se las quita», pero precisamente en ese momento advirtió que Colli y Nora habían desaparecido.

Ada dijo excitada:

—¿Has visto? Se la ha llevado de la mano. Tal vez —añadió—, se la haya llevado para ayudarla a ponerse las bragas rojas.

Lorenzo guardó silencio por un momento. Esa frase de Ada sobre las bragas tenía toda la vulgaridad de unos celos a un tiempo fisiológicos y burgueses. Pensó de improviso, con crueldad consciente, que esa frase armonizaba perfectamente con el proyectado fin de su matrimonio. Dijo:

—Cuando has tirado la alianza por la ventanilla, me has dicho que habías adoptado una decisión. ¿Qué decisión?

—La decisión —dijo ella al instante sin vacilar—, de acabar de una vez.

—También yo he tomado la misma decisión —dijo Lorenzo—. ¡Estarás contenta ahora!

Ella lo desafió:

—Tal vez hubieras adoptado la misma decisión ayer, cuando nos encontramos en el balcón. Pero después te lo volviste a pensar.

Lorenzo miró en derredor y después dijo:

—Bueno, pero ahora cálmate. Mejor busquémoslos. Teníamos que comprar las cosas de comer. Tal vez hayan ido a la segunda planta.

Se dirigieron a los ascensores. Una cabina atestada de compradores estaba subiendo en ese preciso momento, pero bastó una ojeada a Lorenzo para ver que Colli y Nora no iban en ella. Entraron en la cabina entre la multitud que los prensaba por todos lados. Lorenzo sintió que Ada se apretaba contra él y después con la mano buscaba su mano y le introducía los dedos entre los suyos. Se detuvo la cabina, se abrieron las puertas, salió la multitud y ellos fueron los últimos. Se encontraron en una enorme sala en todo semejante a la de la planta baja, igualmente inmensa, toda decorada con adornos del mismo color rosa encendido. Ada dijo mirando en derredor:

—Quién sabe adónde habrán ido.

Lorenzo buscó en vano con los ojos el casco de oro de los cabellos de Nora entre todas aquellas negras cabezas lanudas y después dijo:

—¿Qué te importa? ¿Acaso no has decidido acabar de una vez?

—Estamos juntos; aunque sólo fuera por educación, no deberían apartarse. Y de día aún, pero ahora lo hacen también de noche.

Lorenzo se turbó:

—Pero ¿qué dices?

—Esta noche me he despertado y él no estaba. La puerta del balcón estaba abierta, he oído susurros, me he levantado y he mirado sin dejarme ver. Eran ellos, estaban hablando. A las tres de la mañana.

—Habrán tenido calor. ¿Qué tiene de extraño?

—Sí, tanto calor, que Nora estaba desnuda.

Lorenzo recordó que Nora dormía desnuda por el calor. Pero el desnudo de aquella noche era sin duda premeditado. Preguntó, extraviado, la primera cosa que se le ocurrió:

—¿Y cuánto tiempo estuvieron?

—Ah, el tiempo suficiente para que sucediera cualquier cosa. No habrá sido como entre nosotros dos. Conozco a mi Flavio, no habrá respondido que no quería nada, eso desde luego.

—Pero ¿cuánto tiempo estuvieron?

—Tal vez media hora, tal vez más. ¿Te escuece que tu mujercita se levante de noche y vaya a reunirse desnuda con su amante en el balcón?

Era el lenguaje a un tiempo de los celos y de la clase social muy concreta a la que Ada pertenecía. Y Lorenzo se turbó con un deseo repentino, a un tiempo cruel y despreciable. Dijo bruscamente en voz baja:

—¿Quieres que hagamos el amor?

La forzada y maligna sonrisa se esfumó del rostro de Ada, quien, turbada a su vez, preguntó:

—Pero ¿dónde?

Ahora bien, Lorenzo había notado que allá, al fondo de la enorme sala, una escalerita de hierro subía en diagonal a lo largo de la pared hasta una puertecita bajo el techo, que, según toda evidencia, conducía a una terraza. Dijo indicando la escalerita:

—Vamos a la terraza.

—Pero la puerta estará cerrada.

—Vamos a ver.

Con repentina resolución, ella se dirigió hacia la escalerita por entre la multitud. Subieron despacio; antes de abrir la puertecita, Lorenzo miró abajo, a la enorme sala, y comprobó una vez más que Nora y Colli no estaban a la vista. Después giró el picaporte y, para su sorpresa, la puerta se abrió. Entonces salió el primero y después ayudó a Ada a salir, a su vez.

La terraza estaba a oscuras, pero no tanto como para que no se vislumbrase el pavimento negro, como si estuviera cubierto de betún, y, aquí y allá, grupos de

chimeneas. Una parte de la terraza estaba iluminada indirectamente por las luces de la plaza y la otra estaba a oscuras. Ada se dirigió con seguridad hacia la parte oscura. Lorenzo la vio asomarse e inclinarse a mirar afuera apoyando los codos en la barandilla y doblando el cuerpo en ángulo recto, de forma que el trasero quedaba más alto que la cabeza. También él se acercó a la barandilla y dijo por decir:

—Bonito, ¿eh?

Ella respondió enojada:

—¿Qué es lo bonito? ¡Si no se ve nada! —Y después, al cabo de un momento y en voz baja—: Venga, hagámoslo y no perdamos tiempo.

Lorenzo se apartó de la barandilla y giró en tomo a Ada. Experimentaba una sensación de profundo desprecio tanto hacia sí mismo como hacia Ada y eso le excitaba. Se le acercó a la espalda e intentó, sin conseguirlo, bajarle la falda estrecha y corta. Ella no cambió de posición, pero tendió hacia atrás una mano, agarró el borde de la falda y la bajó oblicuamente con un gesto ciego, torpe y obstinado. Lorenzo se bajó la cremallera; pensaba que en la penetración por detrás se expresaba con precisión el cruel sentimiento que en aquel momento le animaba. Se dobló con ímpetu sobre ella, pero, para su sorpresa, Ada lo rechazó de repente con un violento arranque de la grupa y después, sin dejar de permanecer doblada y asomada sobre la barandilla, con gesto igualmente torpe y obstinado como aquel con que se había descubierto, se bajó la falda.

Lorenzo vaciló y después, viendo que ella seguía asomada, fue a colocarse junto a ella e intentó mirarle la cara. Entonces vio que Ada estaba llorando. Las lágrimas parecían brotar con dificultad de los ojos desorbitados en la oscuridad y, conforme le descendían por la mejilla, sacaba la lengua para lamérselas, como para saborear toda su amargura. Después dijo:

—Discúlpame.

Lorenzo no dijo nada. Ella prosiguió:

—Había venido aquí arriba para hacer el amor. Pero me doy cuenta de que no puedo. Me parece que soy una vaca.

Lorenzo dijo:

—Ven, volvamos abajo.

—Sí, volvamos. No quiero verlo más. Esta noche no cenaré con vosotros. Y mañana por la mañana quiero regresar a Italia con el primer avión que salga.

—Anda, no te lo tomes así.

Lorenzo tiraba de ella. De improviso ella se volvió, le echó los brazos al cuello y apretó su rostro empapado en llanto contra el de él. Lorenzo se dejó besar con prisa y furia, con besos apasionados y rápidos por todo el rostro, y después se separó de ella con dulzura y la impulsó hacia la trampilla por la que habían salido a la terraza.

Bajaron por la escalerita y entonces, justo debajo de ellos, ahí estaban, casi increíbles, la áurea cabeza de Nora y la alta y flaca figura de Colli. Nora estaba detrás de un carrito en que había paquetes y conservas. Ada dijo:

—Os hemos estado buscando. ¿Dónde estabais?

Colli respondió:

—Pues por ahí, haciendo las compras. Os hemos visto subir por esa escalerita.

Lorenzo explicó:

—Hemos subido a la terraza para ver si estabais ahí arriba.

Ahora el supermercado se estaba vaciando, retumbaba la música, relucían las lámparas, pero los empleados estaban ya empezando a barrer el pavimento de los corredores desiertos. La multitud se adensaba cerca de la salida. Colli indicó a Lorenzo un africano joven y robusto, con camiseta negra y pantalones rojos, que empujaba un carrito rebosante de vituallas, seguido de una mujer enorme que llevaba a una niña en brazos, a otro de la mano y a otros dos pegados a la falda, y dijo que una familia así indicaba el grado de prosperidad alcanzado en el Gabón. Lorenzo se hizo de repente la ilusión de que el viaje del Gabón era de verdad un viaje de vacaciones de Navidad y nada más y que entre Colli y Nora no había sino una amistad precisamente de viaje. Pero Ada no permitió que se hiciera ilusiones. Cuando salían del supermercado, se le acercó y susurró:

—Discúlpame una vez más por lo que ha ocurrido antes.

Lorenzo corrigió a flor de labios:

—Por lo que no ha ocurrido.

—Se ve que soy una mujer incorregiblemente fiel. Pero la próxima vez no será así: la próxima vez seré tuya.

Lorenzo repitió para sus adentros: «¡Seré tuya! Pero ¿por qué ha de decir siempre el lugar común tradicional?». Pero al mismo tiempo no podía por menos de advertir que precisamente el lugar común no le inspiraba sino un oscuro y furioso deseo. Replicó:

—No habrá una próxima vez.

—La habrá, te lo juro.

En el aparcamiento, Lorenzo dijo:

—Ahora me pondré yo al volante.

Calculaba que Nora volvería a ocupar el puesto de la ida junto al conductor. Pero, al volverse, ahí —vio, con el estupor que provoca un juego de manos— estaba Ada a su lado.

De la rabia apretó a fondo el acelerador y el coche empezó a correr con una velocidad violenta, como si deseara lacerar el paisaje. Las palmeras y los faroles, todos altísimos, se le precipitaban encima en la clara y dulce noche africana. Los coches que venían en dirección opuesta lo deslumbraban con sus desesperadas señales de los faros. Colli gritó de repente:

—Lorenzo, más despacio, no queremos morir en el Gabón.

Ada, que parecía atribuir ese furor suyo al abrazo frustrado en la terraza, le susurró:

—Anda, no estés tan enojado.

Y, como para hacerle sentir su cómplice solidaridad, le puso la mano sobre el muslo, una mano cuadrada de campesina, con gesto más de posesión que de halago. Lorenzo pensó que ahora Ada estaba convencida de verdad de que tenían una relación de amor, se avergonzó de su furia y aminoró la marcha. A sus espaldas, oyó que Colli y Nora bromeaban y reían. Ada preguntó:

—¿De qué andáis riéndoos vosotros dos?

—Nos reímos y bromeamos porque hoy es fin de año.

—Decidnos de qué os reís. Así nos reiremos nosotros también.

Pero ya habían llegado. Una vez en el hotel, Nora y Colli fueron con los paquetes directamente a los ascensores. En cambio, Ada aminoró el paso y fue a encontrarse junto a Lorenzo al lado del árbol de Navidad. Lorenzo preguntó:

—¿Por qué no has subido con tu marido y Nora en el ascensor?

—Porque ellos son felices y nosotros no.

Lorenzo dijo con aspereza:

—Yo sólo puedo ser feliz con Nora.

—Y yo con Flavio. ¿Por qué no intentamos ser felices juntos?

—Nosotros dos sólo podemos ser infelices.

Ahí estaba el ascensor. Entraron, se cerraron las puertas, Ada se colocó de espaldas contra la pared y frente a Lorenzo. La cabina subió un piso y después Ada, antes de que llegara al segundo, extendió una mano y apretó el botón del *stop*. La cabina se detuvo, Ada abrió un poco las puertas y después se arrodilló frente a Lorenzo y le acercó al vientre las dos manos y la boca. Lorenzo le puso una mano en la cabeza y la rechazó. Ada volvió a alzarse y dijo:

—Después no digas que soy yo —y apretó de nuevo el botón. El ascensor reanudó la subida, otros dos pisos, se abrieron las puertas, salieron los dos en silencio y desaparecieron cada uno en su habitación.

Una vez dentro de la habitación, lo primero que vio Lorenzo a través del opaco vidrio del baño fue la sombra de Nora envuelta en la polvareda del agua de la ducha. Le entró un deseo como de purificación después de la tarde pasada con Ada, se quitó apresuradamente la camisa y se dirigió completamente desnudo al baño, pero en ese preciso momento salía Nora de éste tan desnuda como él. Lorenzo dijo con urgencia:

—Ven, vamos a ducharnos juntos.

La vio mirarlo sorprendida.

—Pero yo ya me he duchado, ¿por qué habría de hacerlo otra vez?

—Para darme placer.

Nora lo miró y después alzó los hombros e hizo ademán de dirigirse hacia la cama. Lorenzo, furioso de improviso, la cogió de un brazo:

—Bueno, pues entérate. Hoy allí arriba, en la terraza del supermercado, he hecho el amor con Ada.

¿Era una mentira —se preguntó un instante después— o la verdad? En cualquier caso, los dos rechazos, el de Ada en el supermercado y el suyo en el ascensor, equivalían a una relación de amor propiamente dicha, aunque frustrada y especular.

La vio volverse y mirarlo fijamente con los azules iris sin mirada. Después dijo con desconcertante serenidad:

—Ya lo había pensado. Pero ¿por qué lo has hecho? Cuando estaba yo aquí, dispuesta a hacerlo.

Lorenzo dijo:

—¡Dispuesta, eh!

Ella reaccionó esa vez soltándose del brazo, pero sin brusquedad, con dulzura:

—Sí, dispuesta, ¿acaso no soy tu mujer?

—Sí, al parecer lo eres.

Ella le cogió la mano:

—Ven quiero volver a ducharme. Quiero lavarte, así te quito de encima hasta el recuerdo de Ada.

Lorenzo habría deseado protestar, decirle que no era verdad, que al final le había sido fiel, pero renunció: ¿de qué servía una verdad que no era tal? Así siguió a

Nora bajo la ducha. Nora reguló el chorro frío y punzante y después cogió el jabón y, como había hecho antes Ada, se arrodilló y le lavó con cuidado el miembro. Lorenzo tuvo al instante la erección, ella la advirtió y dijo:

—Pero bueno, cálmate, ¿no te basta con Ada? —con una falta de celos tan absoluta, que él no pudo por menos de exclamar:

—Pero ¡si no es cierto!

—¿El qué no es cierto?

—Que haya hecho el amor con Ada. No lo he hecho.

—¿Y por qué me lo has dicho, entonces?

—Por decirlo.

—¿Quieres hacerlo ahora conmigo?

—Sí.

Así hicieron el amor en el baño, de pie, bajo la ducha, pegando un cuerpo contra el otro, como para formar con la adherencia del agua que los envolvía un solo cuerpo. Después acabaron la ducha, salieron del baño y fueron a tenderse juntos en la cama, donde ella se enroscó contra él y le susurró:

—Esta noche haremos los brindis de fin de año. Prométeme que brindarás no por mí, sino por nuestro matrimonio.

—Pero nuestro matrimonio no existe, no puede ir peor.

—Nuestro matrimonio existe y va bien.

Tras haberse recuperado en esa especie de siesta que por lo general precedía a la cena, se vistieron y bajaron a la planta baja. El vestíbulo tenía su aspecto normal, pero, al asomarse a la playa, vieron que el restaurante estaba de verdad cerrado, con la piscina a oscuras, la plataforma de las barbacoas apagada y las desnudas mesas inmersas en la penumbra. Entre los troncos inclinados y las palmeras se vislumbraba el piélago proceloso. Hasta el ruido de la resaca parecía más intenso de lo habitual y extrañamente lúgubre.

Pero Colli, que había tenido la idea del picnic de fin de año a solas, lejos de las cursis fiestas de los restaurantes de Libreville, superó al instante toda impresión de desolación exclamando:

—Oh, qué maravilla, no hay lo que se dice nadie. Pero estamos nosotros.

Ada dijo en tono irónico:

—Sí, no hay duda, estamos nosotros.

Colli se dirigió a su esposa:

—No te lamentes, anda. Al fin y al cabo, estás aquí conmigo.

—Sí, al fin y al cabo.

—Por lo demás, no estoy solo yo, que soy lo que soy; está Nora, que siempre está dispuesta a ver el lado positivo de la realidad; está Lorenzo, que ha venido aquí por razones de trabajo y escribirá sin duda artículos brillantísimos. ¿Qué más quieres, mujer afortunada? Brindaremos por el año nuevo, que sin duda traerá algo positivo no sólo a nosotros, sino también al mundo, que tanto lo necesita. Y, antes de brindar, comeremos las buenísimas cosas que hemos comprado en el supermercado. Y después hablaremos, cosa que no habríamos podido hacer con el estruendo de una cena de fin de año.

—¿Hablaremos de qué?

—Hombre, pues, de nosotros, de África, de nuestras aspiraciones, esperanzas, deseos. Hablaremos de nuestro trabajo. Lorenzo nos dirá qué se propone decir en sus artículos. Yo, si así lo deseáis, os hablaré del recorrido que estamos haciendo por el interior del Gabón.

Lorenzo no pudo por menos de decir:

—Usted siempre está alegre.

Colli explotó:

—Estoy alegre porque soy toscano. A los toscanos se los reconoce sobre todo por la clase de su alegría. No es la alegría, por ejemplo, de los napolitanos, de perpetua *tarantella*, ni la alegría, digamos, un poco pesada de los de Emilia. No, es una alegría activa, aguda, como la de los pájaros. El toscano no se está nunca quieto, mano sobre mano, nunca carece de iniciativa. La primera pregunta que el toscano se hace a sí mismo y a los demás es: Y ahora, ¿qué hacemos?

A Lorenzo le pareció de improviso casi simpático Colli. Era simpático —pensó—, al modo un poco irritante, pero excepcional, de un hombre que no tiene dudas en un mundo que duda de todo. Pero ¿cómo lograba Colli ser así? Descartada la idea de la toscanidad, quedaba la del éxito, que a Colli, según opinión general, sonreía con mayor frecuencia que a muchos otros. Recordó de improviso, sin celos esa vez, que Colli, aun no siendo tal vez el amante de Nora, gozaba de sus favores y se dijo que en eso radicaba la explicación del misterio: simplemente, Colli era, por así decir, orgánicamente un hombre de éxito. No de éxito en su profesión de empresario, sino de éxito en todos los casos. Se las arreglaba para tener éxito siempre, ya fabricara una carretera en el Gabón, ya cortejase a la mujer de un colaborador de un periódico de su propiedad, ya, por último y más modestamente, lograra organizar el picnic de fin de año. Así, el riesgo de fracaso de cualquier gran empresa quedaba, en cierto modo, compensado por el éxito en una empresa mínima: lo que contaba no era la causa del éxito, sino el éxito mismo. ¿Que le salía mal la seducción de Nora? Entonces le iba bien la especulación de la bolsa. No iban bien las ventas de su periódico, pero, a fuerza de dinero, compraba los favores de una mujer graciosa y fácil, de la que se había prendado. Así Colli lograba cruzar el torrente violento e incierto de la vida, saltando de un éxito a otro y logrando siempre no mojarse los pies. Ahora la piedra en la que apoyaba el pie para el salto de costumbre era Nora. Le bastaba para sentirse, como él decía, ligero, agudo y alegre como un pájaro.

De esas reflexiones le entraron, casi instintivamente, deseos de desengañar a Colli. Al menos con él, el *boss* no podría disponer de la acostumbrada piedra para saltar el torrente de la vida.

—Mire, Colli, hablemos también del trabajo, pero sólo del suyo. Por lo que a mí se refiere, nada tengo que decir.

—¿Y por qué?

—Porque no tengo intención alguna de escribir artículos.

—¡Hombre! Entonces, ¿por qué ha venido al Gabón?

Lorenzo reflexionó:

—He venido por los mismos motivos que usted: para trabajar y tomarme unas vacaciones. Usted ya ha hecho el trabajo y yo, en cambio, no lo he hecho y no lo haré. No escribiré los artículos, sólo me tomaré unas vacaciones.

—Y el motivo, si me lo permite, ¿cuál puede ser?

Estaban sentados uno frente al otro en una mesa sin mantel, a la sombra. Ada y Nora se habían desinteresado de la conversación, estaban abriendo los paquetes del picnic y preparando la mesa. Lorenzo reflexionó: podía contar a Colli que no escribiría los artículos porque Nora y él eran demasiado aficionados el uno al otro. ¿Y lo eran porque él, por vanidad de cónyuge, había querido que el *boss* conociese a su esposa? Se preguntó si había una metáfora que pudiera substituir el antiguo cuento de Herodoto sobre Giges y el rey Candaulo y le pareció haberla encontrado: también entre Giges y Candaulo había una rivalidad, una relación de inferior a superior, como de varón contra varón. Giges era el cortesano, Candaulo el rey. Entre Colli y él, además de la rivalidad de varón contra varón, había también una relación social, de inferior a superior, pero invertida: Colli, como propietario del periódico, era superior; él, como colaborador, inferior. ¿Por qué no recurrir a la metáfora de la relación social para ocultar la rivalidad de varón contra varón? Dijo de sopetón a Colli:

—El motivo es usted.

Colli no se turbó lo más mínimo. Replicó casi jovial:

—Oh, ésta sí que es buena; ¿qué tengo yo que ver?

Lorenzo replicó con la misma franqueza estoica:

—Tiene que ver porque es el propietario del periódico.

—Tengo una participación —precisó Colli tranquilo—, del sesenta por ciento.

—Muy bien, del sesenta por ciento. Pero también está interesado en construir una carretera en el Gabón.

—Tengo una participación también en lo de la carretera, junto con los franceses, del cincuenta por ciento.

Lorenzo guardó silencio por un momento. Se veía a las dos mujeres charlar, mientras preparaban la mesa. Más allá, en las tinieblas de la bahía, lanzaba sus rojos destellos la luz de la rampa de un pozo petrolífero submarino:

—Mire, Colli —dijo al fin con tono de voz razonable—, también yo tengo intereses o, si prefiere, cointereses.

Colli se mostró irónico y a un tiempo sinceramente asombrado:

—¿Intereses? No lo sabía. Creía que usted era un periodista, no un hombre de negocios.

Lorenzo dijo con cierta impaciencia:

—Precisamente por eso: tengo intereses como periodista. Y lo primero que me interesa salvaguardar es mi reputación profesional.

Colli dijo con el mismo asombro:

—Y dígame, por favor: ¿qué peligro corre, por mi culpa, su reputación profesional?

Así —pensó Lorenzo—, que la metáfora ha funcionado: bastaba decir enviado especial en lugar de varón. Dijo con frialdad:

—El peligro de no ser o, al menos, no parecer desinteresado. Usted tiene negocios en el Gabón, yo hago un servicio en el Gabón. ¿Es que no ve la relación?

Creía estar mostrándose muy duro y muy explícito. En cambio, vio con

sorpresa que Colli se echaba a reír:

—Mi querido Lorenzo, usted se ha quedado inmóvil en una visión del mundo, digámoslo así, de auténtico capitalista.

—¿Inmóvil? ¿Yo? ¿Y por qué? ¿Por haber descubierto la incompatibilidad entre el periodismo y los negocios?

—Sí, inmóvil. El empresario que hace negocios en el Gabón, el periodista que con sus artículos le facilita los negocios... cosas todas ellas antiguas, querido Lorenzo, cosas de otro tiempo.

Lorenzo dijo con aspereza:

—Puede ser. Pero aún hoy hay incompatibilidad entre la reputación profesional y los negocios.

Colli respondió en el mismo tono alegre:

—Usted, Lorenzo, es dueño, pero que muy dueño, de criticar en el periódico mis negocios en el Gabón; no soy yo quien lo ha enviado aquí, sino el director. Y el director sabe perfectamente que el periódico se vende en la medida en que es independiente. Ahora bien, como propietario precisamente del periódico, yo tengo interés en que se venda y, por tanto, en que sea independiente y, por tanto, en que usted me critique con libertad.

Lorenzo se preguntó en qué radicaba el defecto de ese argumento incontrovertible y comprendió que era en la frase: «No soy yo quien lo ha enviado al Gabón, sino su director». Y dijo:

—Sí, todo eso es cierto. Pero el director no arrostrará nunca la responsabilidad de publicar un artículo que critique sus negocios.

—Falso. El periódico tiene una tradición de imparcialidad y libertad y debe demostrarla. Usted puede decir todo lo que se le ocurra, dentro, naturalmente, de los límites de esa tradición.

—Precisamente dentro de los límites de la tradición.

—Pero entonces usted, desde un principio, no debería haber colaborado en mi periódico, debería haber elegido otro, si bien —concluyó Colli poniéndose

serio—, sigo sin ver una relación entre la carretera del Gabón y sus artículos. La carretera debe construirse con arreglo a las normas técnicas y la tarea de usted también y no hay relación entre una y otra. Yo soy un empresario y, de hecho, a veces se habla de mis negocios en la sección financiera del periódico. Por una vez hablará de ellos en la tercera página un enviado especial. ¿Y por qué no?

Lorenzo reflexionó. ¿Por qué no andaba en el fondo equivocado Colli al acusarlo de una visión del mundo retrocapitalista? Porque —se dijo con lucidez— el periódico no se presentaba como verdad, sino como imagen, es decir, la imagen de la independencia y la imparcialidad, y él debía contribuir, en efecto, a confirmar y mantener viva dicha imagen. A la luz de ese razonamiento, comprendió, sin embargo, que la metáfora del enviado especial probo y objetivo dejaba de ser válida y dijo:

—Puede ser, pero a mí ya no me apetece escribir los artículos y no los escribiré.

De improviso, se acercó Nora y gritó:

—Colli, no le haga caso. Ahora dice que no escribirá los artículos. Pero ya se desdirá. Siempre hace igual.

Ante esas palabras, Lorenzo miró a Nora y enmudeció. Se le ocurrió que, tras haber inventado la metáfora de la incompatibilidad entre sus artículos y los negocios de Colli, ahora ya no lograba controlarla. Ahora hasta Nora parecía de lo más seria, aunque fuera, tal vez, inconscientemente. Había dicho: «Ya verá como escribirá los artículos. Siempre hace igual: dice una cosa y hace otra». Pero, en realidad, era como si hubiese dicho: «Siempre hace igual. Está celoso, pero al final cierra los ojos y me deja hacer lo que me apetece».

En ese momento, inopinadamente, intervino Ada:

—En cambio, yo creo que Lorenzo tiene razones poderosas para no escribir los artículos.

Así, que también Ada —pensó Lorenzo— utilizaba la metáfora. Pero la intervención de su esposa pareció fastidiar por primera vez a Colli, quien dijo con voz airada:

—Y dime, hazme el favor: ¿cuáles son esas poderosas razones?

Con manifiesta oportunidad, Ada respondió:

—Las que él acaba de aducir.

—¿Es decir?

Estaba claro que la metáfora expuesta con habilidad y no sin fundamento por Lorenzo molestaba a Ada, únicamente cegada por los celos:

—Ha dicho que no. Tú en el Gabón tienes negocios. Así, que él no quiere escribir los artículos sobre el Gabón.

Colli de repente se irritó:

—¿Qué sabes tú de lo que hará o dejará de hacer Lorenzo? Nora lo conoce mejor que tú, ¿o me equivoco?

«Sí —pensó Lorenzo—, me conoce mejor que Ada y afirma que haré la vista gorda ante vuestra relación».

Ada dijo con obstinación pendenciera:

—Y en este momento yo conozco a Lorenzo mejor que Nora.

—¡Ah! ¿Sí? Y, si te dijera que de esto no entiendes nada y que eres una pesada que quiere arruinarnos el fin de año, ¿crees que me equivocaría también?

Lorenzo imaginó y casi esperó que Ada en ese momento gritase la verdad: «No quiere escribir los artículos porque tú cortejas a su mujer». Pero no se daba cuenta de que su relación con Colli no permitía a Ada rebasar el límite de unos celos en el fondo sumisos e impotentes. Ada, palidísima, vaciló y después dijo con voz trémula:

—Flavio, no puedes tratarme así.

Lorenzo tuvo la sensación de que a partir de aquel momento Colli había ya vencido en el choque con su mujer. Pero la había vencido a duras penas y, por eso, perduraba su cólera:

—¿Cómo quieres que te trate? Estamos aquí para festejar el fin de año y tú metes las narices en cosas que no te incumben y de las que no entiendes nada. Pero

¿no te das cuenta de que eres por lo menos inoportuna?

«Vete», pensó Lorenzo, como haciéndose la ilusión de hablar a Ada, «vete. Muestra que eres una mujer fuerte y decidida, vete». En cambio, vio a Ada dar un paso al frente, coger la mano de su marido y llevársela a los labios.

—Anda, no te enfades. Tienes razón. Retiro lo que he dicho.

Y, tras decir eso, bajó la cabeza y besó con fervor la mano de su marido, quien la apartó con descortesía:

—Anda, anda, dejémoslo. —Y después, como recuperándose, gritó—: Y no sólo estoy convencido de que Lorenzo escribirá los artículos, sino que, además, sé el tema del primero.

Lorenzo no pudo por menos de decir, como con curiosidad por ver qué se le ocurriría a Colli:

—Dígame, por favor, cuál.

—Un fin de año en África —anunció Colli triunfal—, este fin de año que estamos festejando aquí.

Lorenzo dijo irónico:

—Pero ¡si será un fin de año como los demás! A no ser que se quiera considerar una originalidad comer en un restaurante desierto, sin cocina ni servicio, con platos de plástico y latas de conservas compradas en el supermercado.

Nora intervino bruscamente. Se sentó junto a Lorenzo, le echó un brazo en tomo a los hombros y se apretó contra él:

—Yo no entiendo nada de estas cosas. En mi opinión, debes hacer lo que desees. Si no te apetece escribir los artículos, no los escribas. Nos tomamos unas bonitas vacaciones en África y después volvemos a Italia y allí escribirás otros artículos. A Colli no le importa que los escribas. También él está aquí de vacaciones: ¿verdad, Colli?

Lorenzo tuvo la sensación de estar cogido en una trampa. En realidad —reflexionó, sin dejar de seguir el hilo de la metáfora—, Nora le decía: «Escribas o no los artículos, a nosotros no nos importa. A nosotros lo que nos

importa es estar juntos, hacer el amor». Pero recordó que el amor Nora lo había hecho poco antes con él y preguntó con repentina tristeza:

—Entonces, ¿no te importa lo más mínimo que yo haga mis artículos?

Nora debió de advertir el cambio de tono, a un tiempo tierno y melancólico, porque protestó con suficiente sinceridad:

—A mí me gustaría que los escribieras. Pero si no te apetece...

—¿Te gustaría?

—Sí, me gustaría.

Lorenzo dijo:

—Tal vez tengas razón tú. Soy un grafómano incorregible. Conque acabaré escribiendo esos artículos.

—¡Viva, viva, viva! ¡Bravo, Nora! —gritó Colli aprovechando sin pudor el cambio de situación—: Venga esa mano, Lorenzo. Amigos como antes y no se hable más de eso. —Tendió la mano a Lorenzo y después, como movido por un impulso irresistible, le echó los brazos al cuello. Se abrazaron. Después se sentaron los cuatro: Lorenzo y Nora en un lado de la mesa y Colli y Ada en el otro. En la mesa estaban, muy ordenaditos, los platos de plástico con las conservas compradas en el supermercado. La fruta era también de conserva. La tarta de Navidad estaba también envuelta en su celofán. Como desagravio, había cuatro botellas de vino tinto de marca y, una botella de champán, sumergida en el hielo del frigorífico de la habitación de Colli.

Comieron sin prisa, charlando: total, aún había tiempo hasta medianoche. O, mejor dicho, charlaba sobre todo Colli; los otros tres, cada cual por un motivo propio, guardaban silencio. Por lo demás, Colli no parecía buscar un interlocutor. Comía con apetito y, sin dejar de comer, como si en él la palabra hubiera querido rivalizar con la comida, hablaba con locuacidad. ¿De qué hablaba? Era una especie de monólogo, un poco semejante —pensó Lorenzo— a la banda sonora de ciertas películas en la que se suceden los músicos más diversos. Un tema seguía a otro sin solución de continuidad, de acuerdo con asociaciones imprecisas, por puro desahogo —pensó Lorenzo— de la satisfacción que le había procurado su éxito en el breve choque con él. ¡Una vez más el éxito, aunque fuera modesto y totalmente privado! Uno tras otro, desfilaban el Gabón, Italia, los problemas del tercer mundo,

los franceses, los africanos, el colonialismo, la selva, las minas, la ecología, etcétera.

Al final, de repente —en el preciso momento en que Colli abordaba el tema de la ecología e invitaba a Lorenzo a hacer una visita a las obras de la carretera que su empresa estaba construyendo y a ver cómo sus excavadoras destruían sin piedad la selva milenaria y le incitaba a escribir un artículo a favor de los árboles y en contra de él, con lo que demostraba que tanto el periódico como él eran independientes—, burla burlando, tal vez distraído por esa especie de desafío no tan burlón lanzado por Colli a Lorenzo, sin que nadie lo advirtiera, acabó el año. Lorenzo estaba diciendo con una sonrisa irónica: «La ecología, querido Colli, es el gran *alibi* para justificar el silencio sobre muchas otras cuestiones más importantes», cuando le interrumpió Nora, quien gritó: «Pero ¿sabéis que nos hemos olvidado del fin de año? Ha acabado el año y no lo hemos advertido. Son las doce y siete minutos».

Hubo un momento de desconcierto. Después Colli dijo impetuoso:

—Mejor. Celebraremos un año muy especial, privado, nuestro año: ¿qué os parece?

Inesperadamente, Ada aplaudió:

—¡Bravo, Flavio! Celebremos nuestro año, sólo el nuestro. Más aún: os hago una propuesta.

—¿Cuál?

—Por lo general, se brinda a la salud de los demás, incluso de la humanidad. Propongo que cada uno de nosotros beba, en cambio, a la salud de sí mismo: motivando el brindis, claro está.

Todos aprobaron esa propuesta, verdaderamente original. Colli dijo:

—¿Un brindis egoísta? ¿Y por qué no? ¿Acaso no somos todos egoístas? Exacto. Sí, por mí, de acuerdo.

Ada dijo:

—Comienzo yo la primera, si no os importa. No será un brindis propiamente dicho, sino la historia abreviada, muy abreviada, de mi vida. O, mejor dicho, la historia de la cosa más importante de mi vida: la relación con mi marido. —Ada

guardó silencio. Lorenzo la miró no tanto asombrado cuanto casi incrédulo. ¿Era ésa, entonces, la mujer que en la terraza del supermercado se le había ofrecido, según sus propias palabras, «como una vaca» y, más tarde, en el ascensor había repetido la oferta? Ada continuó—: Yo era estudiante y Flavio era mi profesor: enseñaba ciencias económicas en Florencia. Nos frecuentábamos, nos hicimos amantes, él dejó la enseñanza y nos casamos. Después yo me volví lo que se llama un ama de casa y él, en cambio, llegó a ser el empresario más joven de Italia. Desde entonces ha sido siempre así: yo me quedaba en casa, inmóvil, ocupándome exclusivamente de él y él, en cambio, corría hacia delante. Yo era siempre la misma ama de casa y él llegaba a ser, sucesivamente, muchas cosas. Pero para los demás, no para mí. Y eso él lo sabía, digámoslo así, instintivamente, tal vez sin darse cuenta: por lejos que fuera, por mucho que se dispersara, por mucho éxito que tuviese, siempre llegaba un momento en que volvía conmigo. ¿Qué quiero decir con esto? Que, como se trata de un brindis que nos hacemos a nosotros mismos, yo me deseo que también el año nuevo siga siendo así. Me deseo continuar siendo un ama de casa que tiene un marido que se va lejos, pero que, por muy lejos que se vaya, después vuelve infaliblemente con ella.

Ada guardó silencio y Nora, tal vez un poco ebria, gritó:

—Ada, ninguna mujer diría de sí misma que es un ama de casa. ¡Bravo! —y, tras levantarse de improviso, fue a abrazar a Ada. Colli se levantó, a su vez, con el vaso en la mano:

—A mí mismo me deseo que el año que viene sea semejante al que acaba. Ha sido un año bueno en todos los aspectos. ¿Por qué no repetir? —Rió y dijo—: Conque por mí mismo y sólo por mí mismo —y vació el vaso de un trago.

Nora se levantó y dijo con el confuso ímpetu propio de la ebriedad:

—Yo me deseo a mí misma... lo mismo... bah, la verdad es que no sé qué.

Colli gritó:

—Ande, ¿no tiene deseos?

Nora respondió:

—Tengo muchos, pero en este momento no se me ocurre ninguno.

—Ánimo. Elija uno al azar.

—Bueno, pues, me deseo a mí misma dar un paseo a lo largo del mar. He bebido demasiado de ese vino y tengo la cabeza confusa.

Era el turno de Lorenzo. Tenía pensado lo que quería desearse: dejar de estar celoso. Pero comprendía que no podía hacerlo saber, por lo que recurrió a un giro alusivo:

—Cada uno de nosotros tiene algo que le ocupa completamente, un pensamiento dominante. Colli, por ejemplo, tiene sus negocios. Bueno, pues, yo me deseo cambiar de pensamiento dominante.

Ada preguntó con alusividad pesada:

—¿Y cuál es ese pensamiento dominante?

Nora gritó:

—Se lo digo yo: son los artículos, el periódico.

Y Lorenzo, pensando una vez más que la metáfora de su profesión funcionaba, aprobó irónico:

—Sí, exactamente eso: el periódico.

Nora dijo de improviso:

—Entonces, Colli, ¿vamos a dar ese paseíto para despejarnos la cabeza?

Colli se levantó, dispuesto:

—Vamos.

Se alejaron los dos juntos y desaparecieron en la obscuridad, entre los derribados troncos de los árboles naufragados. Ada, palidísima, miró largo rato a Lorenzo y después dijo, al tiempo que alargaba la mano a través de la mesa:

—¿Quieres que vayamos también nosotros a dar un paseo a lo largo del mar?

Lorenzo no dijo nada, movió la cabeza en sentido negativo. Ella insistió:

—Pero ¿al menos me quieres?

Como impulsado por un resorte, Lorenzo se levantó al instante, giró en torno a la mesa y se dirigió presuroso hacia la puerta del hotel.

Dos días después, salieron para Mayumba, la playa más hermosa del Gabón, según la empleada de la agencia de viajes.

En el aeropuerto, contra toda previsión, encontraron una gran multitud, que, como les informó Colli, estaba compuesta, sin embargo, por parientes y amigos en su mayor parte que acompañaban a los pocos viajeros de verdad. Así, había más bien la atmósfera de un *foyer* de teatro de la ópera que de una sala de espera de aeropuerto, entre otras cosas por los chillones vestidos que mujeres y hombres llevaban y, según parecía, ostentaban ora paseándose de arriba abajo ora reuniéndose en grupos densos. Los hombres, como dijo Nora, parecían recién salidos de la cama con sus amplios y flameantes pijamas de algodón ligero, dibujos extravagantes y colores muy vivos; en cambio, las mujeres llevaban vestidos como de noche de los mismos tejidos pintorescos. En la cabeza, los hombres llevaban un gorro o boina también de tela de colores y las mujeres un turbante envuelto y alto en forma de coliflor. Toda aquella gente no parecía esperar una partida, sino participar en una fiesta. Pero Colli dijo:

—Consideran un salón el aeropuerto. Ya veréis como en el momento de la salida la mayoría se quedarán en tierra y partirán tan sólo unos pocos viajeros.

Y así fue, en efecto. De improvviso, tras muchas llamadas incomprensibles por los altavoces, llegó el anuncio de la salida, igualmente incomprensible. Entonces no se vieron en el vasto salón sino abrazos, apretones de manos, saludos. Después los viajeros salieron del aeropuerto en fila india y se pusieron a correr por la pista en grupitos hacia el único aeroplano parado al margen del aeropuerto, sobre el fondo oscuro y melancólico de la selva.

En el avión se sentaron en este orden: Colli y Lorenzo, uno junto al otro, en la misma fila; Nora y Ada en otra fila. Colli, seguro ahora de que Lorenzo escribiría los artículos, le dijo:

—Venga aquí, conozco el Gabón, tal vez podría serle útil con algunas informaciones.

Lorenzo respondió:

—No esté tan seguro de que al final vaya a cumplir el encargo.

Colli se lo tomó a broma:

—Ande, ande, ha tenido un momento de mal humor: nos sucede a todos. Y después ocurre que las cosas que no se querían hacer al final salen mejor que las que se querían hacer. Entretanto, abra bien los ojos: dentro de poco sobrevolaremos una de las mayores selvas de África.

El avión se movió primero despacio y como vacilando, después con mayor velocidad y luego se separó de repente del suelo apuntando derecho hacia el cielo y empezó a subir casi en diagonal. Nubes desgarradas huían a lo largo de las ventanillas, apareciendo y desapareciendo rápidamente. El estruendoso rugido del despegue se transformó muy pronto en un zumbido potente y regular. Entonces apareció la selva.

Desde lo alto, la extensión de follaje parecía más abigarrada que desde el suelo. Ya no era la muralla melancólica, de un verde oscuro y opaco, que hacía de fondo al brillante avión en el aeropuerto, sino una especie de mosaico caprichoso e irregular de diversos grupos de árboles, cada cual con un follaje de color diferente. Los colores no se presentaban con manchas irregulares o vetas confusas, sino con largas piezas homogéneas como en una colcha de *patchwork*. Había piezas rojas, color herrumbre, verde clarísimo, verde oscuro, violáceas e incluso algunas casi negras. Algunas de ellas eran muy grandes y otras pequeñas, según la cantidad de árboles que las formaban. De vez en cuando se abría ese mosaico de follaje y entonces, entre dos riberas rojas como la sangre, aparecía la ribera azul de un río o bien la selva circundaba largos espacios sin árboles de un verde brillante, con matas dispuestas en orden, como en un parque inglés. Colli, a propósito de esos prados circundados por la selva, advirtió:

—¿Ve esos prados? Recuerdan a un parque. Y, sin embargo, son inaccesibles. Caer en uno de esos prados sería una muerte segura. Para llegar a ellos o salir de ellos sería necesario abrir una pista a propósito en la selva.

Lorenzo se sentía fastidiado con esa continua serie de informaciones y comentarios. ¿Por qué no lo dejaba en paz Colli? Para él, Colli estaba fijo en una imagen sola e imborrable: la de su rostro observado en el espejo del restaurante de Roma en el acto de guiñar descaradamente un ojo a Nora.

No estaba seguro de que Nora y Colli fueran amantes, pero ese guiño del ojo, que significaba entendimiento con Nora y desprecio hacia él, era igualmente determinante en su relación con Colli. Si analizaba esa imposibilidad de olvidar la deformación característica y significativa que el guiño había provocado en el rostro de Colli, comprendía que era debida a su arrepentimiento tardío de haber dado a conocer Nora a Colli por irresistible vanidad de cónyuge enamorado. A ciertos hombres de éxito no hay que darles a conocer la esposa de uno. Él lo había hecho y el resultado había sido el guiño del ojo en el restaurante de Roma.

Pero no menos insoportable que el recuerdo del guiño del ojo le resultaba la idea de que su relación con Colli estuviera toda ella concentrada en aquel único episodio vulgar y limitado. Era resultado de los celos que lo devoraban, irracionales y envilecedores, aquellos celos que Ada quería tomar por amor, aun siendo ella misma víctima de ellos y sabiendo que no lo eran. Aquellos celos —pensó también— que en el brindis de fin de año se había deseado a sí mismo no volver a sentir. Habría tenido muchas razones válidas para considerar antipático a Colli. ¿Por qué centrarse sólo en la vulgaridad del guiño del ojo en el restaurante de Roma? Por ejemplo, Colli era el *boss*, en todo el sentido proverbial e irremediable de esa palabra. ¿Por qué no tomarla con ese personaje simbólico y olvidar al intrépido y ofensivo cortejador de Nora?

La respuesta —pensó— se la había dado ya, cuando había intentado definir lo que era un hombre de éxito del tipo de Colli. Para esa clase de hombre, el éxito con Nora y el éxito en: la construcción de la carretera del Gabón eran la misma cosa. En una palabra, el guiño del ojo a Nora equivalía a unos kilómetros de carretera arrancada a la selva ecuatorial. Colli era el cortejador sobre todo y ante todo porque era *boss* y resultaba inútil separar una cosa de la otra.

Pero la lucidez de esas reflexiones consolaba en parte a Lorenzo. Tal vez —pensó— ser lúcido en los celos fuera una forma como cualquier otra de no ser celoso. Y, en cualquier caso, ser lúcido, es decir, analizar, profundizar, comprender, era su única superioridad verdadera sobre Colli: una superioridad tal vez frustrante, pero ¿acaso no era —pensó con repentina referencia cultural— ésa, según Pascal, la única superioridad de ese arbusto «pensante» que es el hombre?

Movido por esa reflexión, quiso demostrar interés por las continuas informaciones que le prodigaba Colli:

—Pero en la selva —preguntó lanzando una mirada oblicua a la tumultuosa y abigarrada extensión de follaje bajo el vuelo del avión—, ¿no vive nadie?

—Los pigmeos —dijo Colli, complacido de ostentar su conocimiento—, sólo los pigmeos. Donde hay selva es fácil que esté el pigmeo. Son ellos los que, a falta de excavadoras, cortan los troncos de los grandes árboles preciados. Son ellos los que juntan los troncos en balsas flotantes por los ríos y las acompañan hasta el océano.

—Pero, Colli, ¿ha visto usted alguna vez a los pigmeos?

—Sí, muchos. Los hay aquí en el Gabón, los hay en el Zaire, los hay en el Camerún.

Lorenzo, precisamente porque no sentía el menor interés por las informaciones de Colli, todas conocidas y previsibles, quiso mover a su compañero de viaje a alguna confidencia:

—Pero, Colli, ¿qué siente usted cuando ve a los pigmeos, tan primitivos, tan diferentes de nosotros?

Para su sorpresa, Colli, al cabo de un momento de reflexión, respondió:

—Le parecerá extraño, pero siento envidia.

—¿Envidia?

—Sí —dijo Colli, siempre locuaz y con una indefectible nota de sinceridad—, una especie de envidia, la verdad. Y voy a decirle también por qué. ¿Sabe usted que los pigmeos no fabrican cabañas como los bantúes, de los cuales dependen y con los cuales viven? En cambio, hacen un agujero y, además, poco profundo, se agazapan dentro y lo tapan con una cubierta de ramas y hojas. Un día, después de haber caminado no sé cuánto tiempo por la selva, descubrimos en un claro una aldea de pigmeos, es decir, un grupo de agujeros. Entonces, por curiosidad, levantamos la cubierta de hojas de uno de ellos y vimos a una familia entera —padre, madre e hijos—, todos abrazados o, mejor dicho, enrollados unos dentro de otros, exactamente como animales dentro de un cubil. Entonces recordé que de niño mi madre me abrazaba un poco al modo de las madres de los pigmeos, es decir, envolviéndome, por así decir, con su cuerpo y, le digo la verdad, envidié a los pigmeos que se abrazaban de ese modo también de mayores. Me vino, en una palabra, la nostalgia de la infancia, cuando entre nosotros y el mundo existe la protección de la madre. Después crecemos y perdemos esa protección.

Eran palabras curiosas viniendo de Colli. Pero Lorenzo recordó el

autobrindis de Ada, en que se había jactado de ser el «ama de casa» a la que Colli, pese a sus éxitos, acababa siempre volviendo y se preguntó si no estaría acaso delineada Ada con la figura de la madre pigmea, «enrollada» en torno a sus hijos. Sí, el «ama de casa» precisamente junto a la que Colli volvía irresistiblemente y ante la que se arrodillaba, la abrazaba y le metía la cara en el regazo.

Ahora, imprevistamente, ya que había pasado sólo media hora desde la salida, el avión, estremeciéndose y temblando por toda su estructura, empezaba a descender hacia la selva. Lorenzo preguntó:

—¿Hemos llegado ya?

—Ni mucho menos. Para Mayumba nos falta aún mucho. Tal vez sea una parada intermedia.

Entretanto, el avión vibraba y se inclinaba, oblicuo, todo él hacia un lado y la selva, que al comienzo del descenso se había extendido horizontal frente a la ventanilla, obstruía ahora la vista vertical y compacta, como una muralla de follaje. Después la muralla giró, se enderezó y volvió a estar horizontal. Entonces el avión empezó a descender franco y veloz, rozó la pista, rebotó varias veces y empezó a correr a lo largo de una fila de árboles gigantescos.

Ahora, delante del avión aparecía un gran prado, largo y rectangular, de hierba quemada y amarillenta, circundado por todas partes de selva oscura e inmóvil. Pero el avión no se detuvo, siguió corriendo y bamboleándose, como buscando algo. Buscaba la sombra y, en efecto, cuando la hubo encontrado bajo las ramas de un árbol colosal, se detuvo. Lorenzo miró afuera: no se veía nada de particular ni a nadie, sólo unas gallinas, que, deseosas también ellas de sombra, picoteaban entre la hierba.

Por un momento hubo un silencio profundo: los pasajeros guardaban silencio y miraban fijamente el prado. Después se abrió la portezuela del piloto y el propio piloto, hombre joven y sólido, rubio, con las mangas de la camisa color caqui remangadas sobre sus musculosos brazos, se asomó y anunció con voz precisa e indiferente que, a causa de un pequeño inconveniente técnico, el avión había tenido que hacer un aterrizaje imprevisto. Guardó silencio un momento y después dijo que llegarían mecánicos de Libreville lo antes posible. Alguno de los pasajeros preguntó cuándo volvería a partir el avión.

—Dependerá de cuándo lleguen los mecánicos. Hoy o mañana por la

mañana — fue la respuesta.

La azafata abrió la portezuela e hizo bajar la escalerilla: el piloto descendió el primero y todos los pasajeros se levantaron de sus asientos.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Colli, al tiempo que se dirigía también él junto con los demás hacia la salida.

—Habrá un hotel, ¿no? —dijo Nora.

Cuando estuvieron en el suelo, vieron que no había rastro de edificio alguno en los márgenes del prado. Los pasajeros se dirigían en grupitos hacia la selva e iban desapareciendo en ella. De repente, como salido del subsuelo, un africano vestido enteramente de negro, de tez particularmente oscura y con gafas negras y camisa negra, se presentó a Colli, que miraba en derredor perplejo, y le dijo que era el guardián de una *rest-house* cercana y, si querían, podrían pasar la noche en ella.

—Muy bien. ¿Y quién vendrá a avisarnos de la salida del avión? —dijo Colli. El hombre negro aseguró que iría él mismo. Después de cambiar unas pocas palabras más, decidieron aceptar la oferta. Como dijo Colli—: Estará llena de cucarachas, pero siempre será mejor que coger una insolación en este prado.

Conque siguieron en fila india al guardián de la *rest-house*. Lorenzo se preguntó hacia dónde irían: la selva parecía impenetrable, sin rastro visible de agujero alguno. Pero después, al llegar, descubrieron detrás de un tronco el comienzo impreciso de un sendero que, al cabo de pocos pasos, se convirtió en una cómoda vereda. Mientras tanto, entre el hombre negro y Colli se desarrollaba este diálogo:

—¿Hay camas en la *rest-house*?

—Hay y no hay.

—¿Cómo es eso?

—Hay colchones, pero no hay camas.

—Comprendo. Y de comer, ¿hay?

—Hay y no hay.

—¿Es decir?

—Hay conservas. Al menos, la última vez había.

—Las conservas nos vendrían muy bien. ¿Qué última vez?

—La última vez que estuvieron los leñadores.

—¿Está limpia la *rest-house*?

—Sí y no.

—¿Qué quiere decir? ¿Que hay cucarachas?

—Tal vez las haya y tal vez no.

Colli, ahora tranquilizado y más chistoso que nunca, dijo volviéndose:

—En una palabra, es un indeciso. Si le preguntase si existe África, respondería: Existe y no existe.

Ahora caminaban a través de la selva, en una sombra, que de vez en cuando aclaraba un rayo de sol y ahora se volvía, en cambio, oscuridad. El suelo estaba limpio, sólido, casi liso y, sin embargo, inspiraba —pensó Lorenzo— una sensación de repugnancia y casi de peligro. Por lo demás, todo en la selva hacía sospechar la presencia oculta de algún animal insidioso: las lianas que colgaban de los árboles con sus indolentes ondulaciones parecían simular las espirales de una serpiente, en ciertas peñas oscuras parecía vislumbrarse la brillante grupa de un búfalo dormido. Y, en el fondo de las zonas bajas y pantanosas, el reflejo de las aguas estancadas evocaba el rugoso dorso del caimán.

De vez en cuando, la vereda desembocaba en una encrucijada, se bifurcaba. Colli se alarmó:

—Si al menos hubiera algún cartel. ¿Cómo vamos a hacer para volver?

—Yo vendré a recogerlos.

—O habrá que sembrar la vereda con numerosos trocitos de papel, como en el cuento de Pulgarcito.

Después de otras dos encrucijadas, la vereda desembocó de improviso en un gran claro umbroso, todo él sembrado de tocones cortos y rechonchos de árboles talados casi de raíz. Frente a esos tocones, pegados a la selva, estaba la *rest-house*, casita de material prefabricado, con techo de chapa ondulada y un pequeño porche sostenido por pilastras de ladrillos. Colli resumió la situación así:

—Casa mía, casa mía, aunque seas chiquitita, me pareces abadía.

Entretanto el hombre negro había abierto la puerta de la *rest-house*. Entraron a una sombra poco densa, atravesada por rayos de luz polvorientos y olor a moho y a cerrado. Resultó que la *rest-house* estaba compuesta de dos cuartos pequeños, más el baño y la cocina. Colli, más sentencioso que nunca, dijo mirando en derredor:

—Quien de mucho mal es ducho poco bien se le hace mucho.

Ada dijo:

—Tú y tus proverbios.

Exclamaciones de alegre sorpresa saludaron la apertura de la nevera en la cocina, que resultó estar abarrotada de conservas de todas clases. En cambio, hubo la desilusión, por lo demás ya dada por descontada y prevista, de las camas: no había, en realidad, eran sólo dos colchones enrollados y de pie en un ángulo de la que habría de ser la alcoba. En otro cuarto un sofá andrajoso y una butaca medio desfondada sugerían la idea de un salón. Por todas partes había desorden, suciedad; los polvorientos suelos confirmaban las dudas del guardián sobre la presencia de las cucarachas: se veían algunas, que, espantadas por la luz, corrían a refugiarse en los rincones. En la cocina había pilas de platos sucios dejados ahí por los participantes en quién sabe qué remoto festín. El baño resultó completamente inservible. Colli resumió de nuevo la situación con estas palabras:

—Para dormir tenemos los dos colchones, el sofá y la butaca; para comer, las conservas; para todo lo demás, la selva. —Permaneció un momento callado y después añadió—: Nora y Ada podrían poner un poco de orden. Entretanto, nosotros dos podemos sentarnos bajo el porche y tal vez beber algo.

Lorenzo dijo diligente, con rígida cortesía:

—¿Nos tomamos una cerveza? Voy a cogerla en seguida.

—Gracias, gracias.

Colli se sentó bajo el porche y Lorenzo entró en la casita y se dirigió a la cocina. Nora estaba sola frente a la pila lavando los platos. Lorenzo dijo:

—Ven afuera, no me dejes a solas con Colli.

—¿Por qué no quieres estar a solas con él? Sabe muchas cosas sobre el Gabón.

Nora, inclinada sobre la pila, estaba alegre. Llevaba una chaqueta corta y pantalones de cintura baja que dejaban ver la espalda y el vientre desnudos: la primera, lisa y huesuda; el segundo, esbelto y delgado. Lavaba los platos y con el rabillo del ojo miraba a Lorenzo. Éste dijo de mal humor:

—Es que todo lo que dice sobre el Gabón me aburre.

La vio mirarlo largo rato como sumida en una reflexión repentina:

—¿Sabes qué podemos hacer esta noche? Cuando sea un poco tarde y ellos se hayan dormido, puedes venir a reunirme conmigo.

Era una propuesta en el fondo incómoda y absurda. Pero no por ello dejó Lorenzo de experimentar un sentimiento de ligereza y alegría. Preguntó:

—Pero ¿cómo?

—Yo me acostaré en el colchón contiguo a la puerta de la alcoba. Tú dormirás en la butaca. Bastará con que abras la puerta y me encontrarás.

—¿Qué quieres? —preguntó Lorenzo sonriendo casi contra su voluntad—. ¿Una aventura? ¿Y si me equivoco de colchón y me encuentro a Ada en tu lugar?

—Ella se alegrará, ¿no? ¡Te lo harás con Ada!

Lorenzo se acercó, rodeó la cintura de su esposa con un brazo y le susurró:

—¿Por qué te quedaste tanto tiempo con Colli la noche de fin de año? ¿Sabes a qué hora volviste? A las dos.

—Estuvimos charlando. A él le gusta hablar y a mí escuchar.

—No sé si iré esta noche.

—Yo te espero.

Lorenzo se inclinó a darle un beso en la mejilla, puso las dos botellas de cerveza y los vasos en una bandeja y salió de la cocina. Colli lo esperaba bajo el porche, tranquilo, con un puro en la boca, mirando la nube negra de mosquitos que ahora, con el anochecer, revoloteaba incesante en torno a la lámpara de petróleo.

Colli esperó a que Lorenzo se hubiera sentado, se sirvió la cerveza y después dijo así, de sopetón:

—A propósito, Lorenzo, ¿cuánto gana en el periódico?

Sin apenas pensarlo, Lorenzo dijo:

—Se lo diré, si usted me dice a cuánto asciende su renta.

Desapareció la expresión jovial de Colli:

—Caramba, ¿por qué quiere saberlo?

—Y usted, ¿por qué quiere saber la mía?

—Yo hago pública mi renta. Puede saberlo cuando quiera: se ha publicado en los periódicos.

—Usted siempre tiene ganas de bromear —dijo Lorenzo—. Yo no gano bastante para que se comente en los periódicos. Pero puede usted enterarse, cuando quiera, con una llamada de teléfono al periódico del que es copropietario.

Colli dio vueltas al puro, miró la punta encendida y después dijo:

—No me tome por un inspector de Hacienda. Usted es un periodista brillante y sólo quería saber cuánto gana un profesional como usted.

—¿Con qué fin?

—Ahí está, volvemos a empezar. Con un fin, digamos, amistoso. Usted no me creará, pero, desde que estamos juntos, casi he empezado a sentir afecto por usted. Un afecto, digamos, paternal.

—¿Paternal?

—Pues sí: en el fondo podría ser su padre. ¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta y tres.

—Y yo cincuenta y cuatro. Pero lo que cuenta no es la edad, sino el sentimiento. Le he preguntado cuánto gana, como un buen padre puede preguntárselo a su hijo: para saber cómo se apaña y, en caso necesario, echarle una mano.

Ahora Lorenzo era presa de una doble irritación: por el paternalismo dudoso de Colli y por sentirse irritado. Dijo de muy mal humor:

—¿Echarme una mano? Pero ¿qué dice? —Y, entretanto, pensaba: «Como ahora responda que puede echarme una mano haciendo que me aumenten las remuneraciones, me lanzo a su cuello».

Colli lo miraba con benevolencia y después dijo tranquilo:

—La noche de fin de año, usted ya no quería escribir los artículos. Después aceptó escribirlos para cumplir su compromiso con el periódico. Pues bien, mi forma de echarle una mano es decirle que le comprendí tanto cuando había decidido no hacer el servicio como cuando cambió de idea y declaró que lo haría. Es echar una mano, en una palabra, totalmente moral: nada más, pero tampoco nada menos.

Así, en el último momento, Colli se substraía a su sospecha —pensó Lorenzo—, colocaba todas las cosas en el plano moral. Preguntó con aspereza:

—¿Y se puede saber qué había comprendido en el primer caso y qué en el segundo?

—Había comprendido que usted no veía en mí a un amigo, sino al *boss*. Y después, al cabo de muy poco, comprendí o creí comprender que usted no veía en mí al *boss*, sino a un amigo. —Colli guardó silencio un momento, como para subrayar la importancia de sus palabras, y después prosiguió—: Mire, Lorenzo, usted lo había convertido en una cuestión de dignidad profesional. Ahora bien, ¿sabe usted cómo llaman ahora a la dignidad profesional? Imagen. ¿Y qué cree usted que es la imagen?

Pero Lorenzo replicó:

—Dígame usted.

—Es un producto —dijo Colli—, y ese producto es más importante que quien lo produce. Pero existen varias imágenes, unas mayores y otras menores, una, por así decir, dentro de la otra, como las muñecas rusas llamadas matrioskas. En su caso, su imagen está dentro de una imagen mayor, la del periódico. Y, al acceder a cumplir con el encargo, lo confirma usted.

—¿Por qué?

—Ya le dije por qué la noche de fin de año: los periódicos deben ser, o al menos parecer, independientes. Y usted, como también le sugerí aquella noche, con un artículo de crítica, pongamos por caso, sobre la tala de bosques que nos vemos obligados a hacer en el Gabón para construir la carretera, confirmaría la imagen del periódico.

Lorenzo reflexionó: en realidad, Colli estaba tan seguro de su continuo y perpetuo éxito, que podía permitirse incluso el lujo no sólo de aceptar la crítica, sino también de favorecerla. Dijo afable y sincero:

—A decir verdad, cambié de idea sobre todo para complacer a Nora. Tal vez hubiera significado la interrupción del viaje, le habría arruinado las vacaciones. —Al instante pensó: «Éste es el tono que conviene: dulce, relajado, íntimo. Cuanto más me enojo más muestro los celos».

Pero Colli se empeñaba en desarrollar su pensamiento y no tuvo en cuenta su respuesta:

—Y con esto vuelvo al motivo por el que hace un rato le he preguntado cuánto ganaba. Se lo he preguntado para saber cómo se veía usted a sí mismo: si dentro o fuera del sistema. Por sistema entiendo no sólo yo mismo, sino el periódico, el Gabón, Italia, todo. Y he comprendido que usted, tal vez a causa de la limitación de las retribuciones, quizá se considere fuera del sistema. Quizá piense: «Gano poco, luego estoy fuera del sistema, luego el sistema es malo». En lugar de pensar: «El sistema es bueno o al menos es el mejor posible; quiero formar parte cada vez más de él, porque tengo la certeza de que estaré cada vez mejor. Y nosotros, los del sistema, no deseamos sino ayudarlo».

Lorenzo pensó: «Así, al final ha dicho que podría aumentar mis retribuciones. Y yo no me ofendo. ¿Qué me sucede?». Pero no tuvo tiempo de responder, porque Colli, que ahora parecía mirar más allá de él y como a través de él, exclamó de

improvisó:

—Mire, mire, ahí detrás de usted.

Lorenzo se volvió. Colli añadió en voz baja:

—Según usted, ¿qué puede ser?

Más allá de los tocones del claro, tan semejantes a una agrupación de pulpos, Lorenzo vio entonces dos lucecitas fosforescentes, circulares, suspendidas en el aire, en la oscuridad de la selva. Eran, sin duda, dos ojos, pero tenían la singular propiedad de resplandecer y al mismo tiempo no mirar. Colli dijo en voz baja, en tono de complicidad aventurera:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

Lorenzo pensó de repente: «Los ojos de Nora». Casi en ese preciso momento los ojos se apagaron y hubo un desplazamiento crujiente de un cuerpo macizo entre el follaje tenebroso.

—¿Ha visto? —preguntó Colli—. ¿Qué cree que era?

Lorenzo comprendió que Colli no quería reanudar la conversación y se encogió de hombros, al tiempo que decía de mala gana:

—Algún animal. Tal vez una gacela.

—Gacela no: eso seguro. Eran los ojos de un felino. Y, además, quedaban a una altura mayor que la de los ojos de una gacela. Estaban casi a la altura de un hombre. Yo creo que eran los ojos de un gran felino encaramado en un árbol.

—Pero ¿qué felino?

—Un gato montés. O un leopardo.

Ahora el tono de la conversación se había vuelto totalmente amistoso. Lorenzo preguntó:

—¿Hay leopardos en el Gabón?

—Los hay —informó Colli, al tiempo que se servía cerveza—, y, si no bastan

los reales, hay los imaginarios.

—¿Imaginarios?

—Sí —explicó Colli con un relato ahora agradable y ocioso—, hay individuos dotados de facultades mágicas sin saberlo, al parecer, a los que se atribuye la capacidad de transformarse en animales. Son personas cualesquiera y, como he dicho, no son conscientes de esa propiedad suya. Sin quererlo ni saberlo, pueden transformarse en búfalos, antílopes o tal vez, como podría haber sido el caso hace unos instantes, leopardos, etc. Es más: a propósito de búfalos, la primera vez que vine al Gabón me contaron una historia hermosa. En una aldea, en las cercanías de Franceville, un búfalo mata a una mujer, que, tras el ocaso, se dirigía presurosa a su casa después del trabajo. Pasan unos días y, mira por dónde, aparece de nuevo el búfalo vespertino: mata a cornadas a un viejo campesino. Pasan dos días más y esa vez la que resulta muerta es una niña. Entonces se reúne el consejo de la aldea y se decide contratar a un cazador profesional, un blanco. Pero el búfalo liquida también al blanco. Nueva reunión de los sabios de la aldea: deciden entonces que no se trata de un búfalo propiamente dicho, sino de un hombre búfalo, es decir, un hombre que todos los días, después del ocaso, se transforma en búfalo. Naturalmente, los sabios saben quién es el hombre búfalo: es Fulano de Tal, campesino con familia, dirección, nombre y todo. Dicho y hecho: se envía un comando de valientes a la dirección del hombre búfalo. Lo encuentran, bebiendo tranquilamente tal vez, fuera de su cabaña: «¿Tú eres el hombre búfalo?». «No, no soy el hombre búfalo». «Sí, eres el hombre búfalo, lo dicen los sabios de la aldea». «Entonces muy bien, si lo dicen los sabios quiere decir que es cierto». Inmediatamente lo prenden, lo atan, lo llevan a la aldea, lo condenan a unos años de cárcel. Después toda la comunidad decide trasladar la aldea unos kilómetros más allá. Y no se volvió a hablar del asunto.

Lorenzo preguntó:

—Entonces, a su juicio, esos dos ojos que hemos visto en la obscuridad, ¿eran los ojos de un leopardo o acaso los de una mujer leopardo?

—A mi juicio, no, naturalmente, pero, a juicio de algún gabonés, probablemente sí.

En ese momento hubo un alegre clamor:

—Ya está listo —gritó Nora, saliendo de la casita con una sopera entre las

manos, seguida de Ada, que llevaba en una bandeja los platos y los cubiertos. Nora, muy excitada, dejó la sopera sobre la mesa y dijo—: Hemos hecho cocina internacional: espaguetis italianos, aceite de semillas francés, atún español, pimienta africana, aceitunas griegas. De segundo habrá carne en conserva inglesa y sardinas portuguesas. En lugar de pan, galletas gabonesas.

Ada dijo en tono descontento:

—Lástima que las camas no estén a la altura de la cocina. Dormiremos en el suelo, en medio de las cucarachas.

—Bueno, bueno, nada de lamentaciones. Podría haber sido peor —gritó Colli—. Lo hemos encontrado todo. Hasta a la mujer leopardo.

Nora preguntó:

—¿Qué es la mujer leopardo?

Colli se sirvió los espaguetis y después lo explicó contando por segunda vez la historia del hombre búfalo. Cuando Colli hubo acabado, Lorenzo no pudo por menos de decir a su esposa:

—Esos dos ojos se parecían a los tuyos. Nada más verlos he pensado: Hombre, los ojos de Nora.

Al instante, Nora se envaneció en broma de esa explicación:

—Pues claro, soy la mujer leopardo, sólo que yo sé que lo soy; cuidado, Colli, que te como —e hizo riendo el gesto de lanzarse con los dedos dirigidos a Colli.

Ada dijo en voz baja y entre dientes:

—Que aproveche.

Así, comiendo y bromeando, continuó la cena hasta la decepcionante conclusión de un bote de fruta en conserva para postre. Inmediatamente después, Ada y Nora quitaron la mesa y volvieron a la casita para arreglar la cocina y preparar las camas. Ya era tarde y los cuatro decidieron de común acuerdo irse a dormir. Como estaba previsto, Nora y Ada se acostaron en los dos colchones, Colli se tendió en el sofá y Lorenzo se acomodó en la butaca. Tras apagarse la lámpara de petróleo, siguieron la obscuridad y el silencio.

Una vez en la obscuridad, en la butaca que le servía de cama, Lorenzo se puso a pensar en Nora. Quería reconstruir los comienzos de su relación, tal vez porque la relación no iba bien y él quería recordar en qué momento preciso había empezado a ir mal. En otras palabras, quería hacer como los viajeros en el desierto, cuando pierden la pista: volver al punto de partida y ver qué había provocado el error mínimo de observación que más adelante le había hecho extraviarse.

Había sido así: había dado una conferencia en la universidad sobre el oficio de periodista y, al final, había presentado una colección de artículos suyos sobre viajes. Desde el estrado en que se encontraba, había advertido en seguida a una muchacha sentada en la primera fila. Parecía un muchacho por el cabello rubio cortado muy corto, de modo que formaba como un casco de oro en torno al rostro de facciones difuminadas, efébricas, casi masculinas. Después, durante la conferencia, había notado otros detalles: los ojos de la muchacha de la cabeza de oro eran de un azul resplandeciente, pero ansiosamente fijos y como carentes de mirada. Esos ojos, junto con la forma del rostro —estrecho en las sienas y ancho en la mandíbula— daban a la cara un aspecto que se podía fácilmente llamar felino. Sí —había pensado Lorenzo—, la muchacha sentada en la primera fila tenía algo de gato y también de felino mayor: pantera o leopardo. Apenas había hecho esa comparación, cuando había advertido casi con miedo que ahora, invenciblemente, ya no hablaba para el público, sino para la muchacha de la cabeza de oro. No lograba apartar los ojos de ella; cada vez que le parecía haber dicho algo particularmente inteligente, le parecía habérselo dicho a ella. Obscuramente, se daba cuenta de que el hecho de dirigirse a esa única oyente tenía algo de íntimo e incluso de indecente, pero, aun así, no podía por menos de ceder a la tentación, como haciéndose la ilusión de que nadie lo advertía.

Pero, en cualquier caso, la muchacha lo había advertido. En determinado momento la había visto sentada con compostura, con su corta falda estirada hacia abajo y una pila de libros sobre las rodillas; de repente, un momento después, la pila de libros estaba, mira por dónde, en la silla contigua, tenía las rodillas muy separadas y la falda subida, hacia el vientre. Cierto es que esa exhibición había sido en vano: entre sus delgados muslos masculinos, el objeto sexual que ella había

intentado enseñar no quedaba visible, pero no por ello había dejado de lanzar con éxito su mensaje dócil y turbador. Lorenzo le había pedido con los tonos de voz, con las miradas, con toda su actitud, que se exhibiera y ella, en la medida de lo posible, lo había contentado.

Habían seguido así: él hablando sólo para ella siempre y ella manteniendo, obstinada, las piernas abiertas de aquella forma espasmódica y casi dolorosa. Después, había concluido la conferencia y, mientras la sala se vaciaba lentamente, la había visto unirse a un grupito de estudiantes que acudían hasta el estrado para que les firmara el libro. Pero no había querido presentarse la primera; evidentemente —había pensado con alegría Lorenzo—, quería ser la última para poder hablarle con mayor libertad. Y así había sido. Tras llegar ante el estrado, había mirado a Lorenzo fijamente a los ojos, al tiempo que le alargaba el libro sin hablar. Él, a su vez, sin apartar los ojos de los de ella, había tomado el libro. Entonces ella le había dicho:

—He escrito un artículo sobre su libro. ¿Podría dárselo a leer?

Lorenzo no había podido por menos de preguntar:

—¿Aquí? ¿Ahora?

—No, algún día, donde quiera.

Lorenzo había dicho con solícita decisión:

—Le apunto mi número de teléfono bajo la firma. Telefonéeme mañana por la mañana.

—¿A qué hora?

—Estaré en casa toda la mañana.

Más tarde, en su casa, se había reprochado la vaguedad de su respuesta. ¿Por qué haber dicho «toda la mañana» en lugar de una hora concreta? Así, había esperado hasta casi mediodía impaciente y presa de la angustia. Al final, había sonado el teléfono y él había sentido la voz de Nora, neutra y casual, que, sin decir su nombre ni saludar siquiera preguntaba directamente:

—Entonces, ¿cuándo debo ir?

—Cuando quiera.

—Le estoy telefoneando aquí abajo, desde el café, podría ir ahora mismo.

Después Lorenzo había tenido que esperar más de lo que había calculado y había ido impaciente al recibidor, había abierto bruscamente la puerta de par en par y se había encontrado frente a frente con Nora. Enseguida, había advertido que parecía violenta, su mirada se había dirigido al brazo que ella mantenía detrás de la espalda, como para ocultar la mano, le había agarrado la muñeca sin decir palabra y entonces había visto que empuñaba algo blanco: las bragas, que se había quitado, previsora y realista, en el descansillo antes de llamar al timbre. Lorenzo había tomado las bragas, las había mirado inquisitivo y después las había devuelto diciendo:

—Entonces, anda, ven dentro.

Sin inmutarse, ella había guardado las bragas en una bolsa y había entrado. Lorenzo la había precedido, había ido a sentarse en el despacho y había dicho:

—Bueno, a ver, enséñame ese artículo.

La había visto abrir la bolsa, hurgar y buscar en ella, sacar de nuevo las bragas y después encontrar una hoja y tendérsela. Había mirado el artículo y lo había considerado muy corto: apenas dos terceras partes de la página. Por lo demás, desde el primer renglón, su nombre, Lorenzo, seguido de una señal de admiración, no le había dejado dudas: era una declaración de amor.

Le había impresionado el estilo directo e ingenuo, propio de una colegiala. Por lo demás esta frase de reprobación:

—Ayer, en la Universidad, yo hice todo lo posible para llamar tu atención, pero tú aparentaste no advertirlo —le había hecho comprender que el exhibicionismo de ella era ansioso e inseguro. Así habían tenido el mismo temor: él a no ser comprendido y ella a no ser vista. Había dicho con un poco de malicia:

—Es un artículo interesante, pero demasiado corto.

Jugando también ella con el doble sentido le había respondido con impudicia infantil:

—En realidad, puedo alargarlo, ahora mismo incluso.

—¿Ahora mismo incluso? Entonces, ven.

La idea del carácter felino de ella había inspirado su gesto a Lorenzo: se le había acercado y, como se hace con un gato, la había cogido con dos dedos de la nuca, la había obligado a levantarse y la había guiado, dócil y con la boca entreabierta, hasta la alcoba.

Pero, una vez en la cama, ella se había substraído de improviso a su abrazo, exactamente como un felino que se deja acariciar por el amo y después de pronto se rebela, se había desnudado rápidamente, había saltado encima de él, que la esperaba boca arriba, y después, apoyando las rodillas y las manos en la cama, se había puesto a gatas, al tiempo que decía entre dientes:

—No te muevas, deja que yo me encargue.

Él le había preguntado asombrado:

—¿Qué quieres hacer?

Y ella había respondido:

—Un juego.

Así, desde el primer momento de su relación, ella le había hecho el «juego» consistente en el amor oral sólo con la boca, sin utilizar las manos.

Pero lo que le había impresionado sobre todo había sido que Nora hubiera jugado largo rato con su miembro en erección, lamiéndolo, cogiéndolo, soltándolo, embistiéndolo, haciéndolo oscilar, pero no se hubiese dejado acariciar por Lorenzo. Como un felino que, tras haber jugado largo rato con la presa, se decide al fin a devorarla, de improviso se había introducido con decisión el miembro en la boca y subiéndolo y bajándolo furiosa, sin detenerse y como sin piedad, le había provocado el orgasmo. Después, tapándose la boca con la mano, había huido al baño, se había encerrado un momento, había salido casi al instante y con rápida carrera y un profundo suspiro de satisfacción había ido a arrojarse sobre la cama junto a Lorenzo.

Entonces Lorenzo se había dado cuenta de improviso, con la impresión de hacer un descubrimiento desconcertante, de que él había tenido el orgasmo y ella no.

Naturalmente, los días siguientes también se habían amado completamente, con orgasmo mutuo, pero no con frecuencia: al contrario, pocas veces. En cambio, esa especie de decepción final —él exhausto y ella aún cargada de energía— se había repetido con bastante frecuencia para adquirir ante Lorenzo un significado simbólico. Pero ¿qué significado? Se lo había preguntado desde la primera vez. Posteriormente, había preguntado a Nora: «Pero tú, ¿por qué no te has corrido?». Había obtenido respuestas ambiguas: «Me he corrido, pero tú no te has dado cuenta», o bien: «No tengo ganas», o también: «Tú deseabas hacer el amor y yo te lo he hecho, ¿qué más quieres de mí?». Ahora, reflexionando en la obscuridad sobre su pasado, advertía que sólo podía haber un motivo para la forma acrobática y no participativa de hacer el amor de Nora: del mismo modo que las prostitutas que venden su cuerpo, pero no su participación, simplemente Nora no lo amaba. Pero esa explicación no le pareció satisfactoria: Nora repetía continuamente que lo amaba en las ocasiones más íntimas y más desinteresadas y no había razón para dudar. Pero ¿entonces?

Pensó que la falta de participación de Nora en el amor sólo podía entenderse más allá de los límites de la relación sexual. En realidad —según pensó—, en la forma de hacer el amor de Nora quedaba sobreentendida una actitud psicológica análoga: en efecto, a las demostraciones amorosas de Lorenzo ella respondía con inmovilidad e indiferencia, fastidio y repulsa incluso.

Ahora, al volver a pensarlo, recordó que a Nora no le gustaba que le acariciara el rostro, una de las formas más afectuosas de acariciar; cuando Lorenzo aventuraba la caricia, ella no podía por menos de apartar la cara. ¿Qué quería decir eso? ¿Cómo se compadecía con la obstinada y sincera afirmación de Nora de que lo amaba? En ese momento, Lorenzo recordó la actitud análoga de un gato suyo en casa de sus padres. Esquivo y cauto, acostumbrado a vivir en casa de día y en los tejados de noche, no permitía que Lorenzo lo acariciara: o se substraía a la caricia o se rebelaba y hacía ademán de arañarlo. Él había preguntado a su madre por qué no quería el animal que lo acariciara. La madre le había respondido:

—Porque no le gustas.

—Pero nosotros le damos casa y comida, debería al menos dejarse acariciar.

—Es egoísta, quiere recibir y no dar. O, mejor dicho, pensándolo bien, algo nos da.

—¿El qué?

—Su belleza. Es bello. Se deja mirar, no quiere dar más.

Ahora, al volver a pensar en las palabras de su madre, le pareció que podía explicar la actitud de Nora en el amor. Como el gato de su madre, Nora era simplemente egoísta: aun aceptando su amor, no sentía la necesidad de corresponderlo, se limitaba a vivir ante sus ojos, a dejarse mirar. Pero ¿por qué era egoísta Nora? Tras haberse formulado esa pregunta, Lorenzo pensó casi al instante que era absurda. Era como si se hubiese preguntado por qué tenía Nora los ojos azules. Pero los ojos azules —reflexionó— eran hermosos y él experimentaba gozo al mirarlos. En cambio, el egoísmo... de improviso le pareció comprender al fin: también el egoísmo era hermoso. Sí, bastaba observar su manifestación para contentarse con él y no desear más.

Esa explicación, que no era tal, sino la aceptación resignada de un dato factual, le satisfizo, si bien de forma provisional; al menos por ahora era lo mejor que podía pensar de Nora sin sacrificar su juicio y su lucidez. Pero ahora necesitaba pensar en la cita que ella le había dado para la noche con tan desarmante ligereza. ¿Debía acudir? Reflexionó: «Me traiciona o al menos parece que me traiciona con Colli. Además, es egoísta de un modo que, si no fuera gracioso, sería repugnante. Y yo, por una invitación lanzada así, casi en broma, me apresuro a contentarla y a proporcionarle la aventura». Pensaba que no debería ir, cosa que a ella la dejaría indiferente y se evitaría el papel de enamorado furtivo. Pero sabía con certeza que al final iría igual y, en efecto, tras haber mirado en la obscuridad la hora en el cuadrante luminoso de su reloj y haber visto que ya habían pasado más de dos horas, se decidió.

En la *rest-house* había un silencio muy relativo. Lorenzo oía o creía oír ligeros ronquidos por el lado del sofá en el que estaba tendido Colli. De la alcoba, detrás de la puerta abierta, llegaban crujidos, chasquidos. Desde la cocina el generador del frigorífico zumbaba. Por último, fuera de la *rest-house* se oían ruidos de la selva: secos chillidos caprichosos, absurdas carcajadas repentinas, reiteradas llamadas como de flauta; Lorenzo escuchó, después se levantó de la butaca y casi al instante encontró en su camino la puerta. Estaba abierta, entró en la obscuridad de la alcoba. Ahí estaba el suelo vacío, un paso más y ahí tenía el colchón de Nora.

Al principio, el colchón parecía vacío; después, al inclinarse y alargar la mano, encontró la cabeza de Nora. Según todos los indicios, lo que sus dedos tocaron era la espalda. Nora le daba la espalda, dormía replegada sobre sí misma.

Ahora Lorenzo empezaba a divertirse y al tiempo notaba que se sentía

turbado; diversión y turbación le inspiraban un impulso de gratitud hacia Nora: también era a su modo —como, por lo demás, no se cansaba de repetir— una buena esposa, ya que lograba incluso introducir la aventura en la relación conyugal. Entre esas reflexiones, hizo lo que sabía seguro que Nora no apreciaba: se puso a acariciarla.

Puso la mano sobre la cadera de la durmiente y la frotó suavemente hacia la nalga. Pero una mano detuvo de improviso su mano, la agarró y la atrajo hacia abajo, hacia la otra parte del cuerpo. Después sintió que la boca de Nora le besaba con fervor la mano, le lamía los dedos. Esa respuesta le dio por un momento una sensación de irrealidad: era Nora y, sin embargo, no lo era, porque Nora nunca le habría lamido los dedos. Después pasó por fin de una realidad a otra. No era Nora, era simplemente Ada, acurrucada en el colchón en el lugar de Nora.

No experimentó —cosa extraña— enojo ni desencanto por esa substitución, sino sólo la nauseabunda sensación de algo desagradable, pero perfectamente previsible, que una vez más se repetía. ¿Cómo había podido no pensar que al final Nora, una vez más, se substraería a su amor, se burlaría de él en su juego felino y casi inconsciente? Poco importaba cómo hubiera sucedido lo de que Ada hubiese ocupado el puesto de Nora. Lo que importaba era que así había sucedido y no podía dejar de suceder. Pero ¿qué hacer ahora?

Esa pregunta recibió una pronta respuesta de Ada. Lorenzo oyó que se volvía y buscaba algo en el colchón. De repente el rayo de una linterna lo cegó. Tras el rayo, la voz baja e intensa de Ada pronunció:

—Te sorprende, ¿eh! Creías que ibas a encontrar a Nora y, en cambio, te has encontrado conmigo.

Lorenzo susurró con tristeza:

—No buscaba a nadie. No lograba conciliar el sueño y...

Pero ella no le dejó acabar:

—Nora está fuera, bajo el porche, con Flavio. Ten, coge la linterna y, si no lo crees, ve a ver.

—Pero ¿qué hacen?

—¿Qué habían de hacer? Hacen lo que nosotros no hacemos ni haremos

nunca. Hacen el amor.

Lorenzo se dio cuenta de que no tenía bastante serenidad para sentir compasión de Ada, abandonada, despierta y arrodillada en la oscuridad. Dijo simplemente:

—Discúlpame, ahora voy a volver a dormir.

Se apagó la linterna, dos brazos le rodearon el cuello en un arranque repentino y la boca de Ada se apretó contra la suya.

—Quédate aquí —le dijo jadeante entre un beso y otro—, hagamos el amor también nosotros, ¿quieres?

Pero Lorenzo logró agarrar las dos manos que asían su nuca, separarlas y soltarse.

—Discúlpame —repitió y se puso en pie.

Tambaleándose y titubeando llegó a ciegas hasta la butaca, se arrellanó e intentó dormirse en seguida. Pero no lo consiguió. Entonces buscó, furioso, una caja de píldoras somníferas en el bolsillo y tragó tres. Era una dosis excepcional, el sueño acudió muy pronto, pero más semejante al aturdimiento provocado por un puñetazo que a un sopor reparador.

Durmió un tiempo impreciso: podría haber sido una hora o diez minutos.

La mañana siguiente llegó el guardián de la *rest-house* bastante tarde como para que Colli dijera:

—Nos ha olvidado. El avión se habrá marchado sin nosotros. Tanto mejor. Hay bastantes conservas para resistir al menos una semana. Haremos de robinsones.

Pero, cuando llegaron al gran prado del aeropuerto, vieron que el retraso del guardián se debía a que aún no habían llegado los mecánicos de Libreville. Cuando estuvieron bajo el avión, vieron que los pasajeros africanos estaban ya sentados en sus asientos y los miraban por la ventanilla, subieron y se sentaron, esa vez en un orden diferente del del día anterior: en un asiento junto a la cabina del piloto, Colli y Ada; en uno contiguo a la entrada, Lorenzo y Nora. Al cabo de un poco, Lorenzo preguntó a su esposa en voz baja:

—¿Has dormido bien?

Ella se volvió y lo miró, sorprendida:

—Sí, ¿por qué?

Lorenzo dijo, cediendo a su pesar a un impulso irresistible:

—Bien, pero poco.

—¿Por qué poco?

—Porque has estado no sé cuánto tiempo charlando con Colli en el porche.

La vio vacilar y después decir tranquila:

—Sí, no podía conciliar el sueño. Salí y encontré a Colli y estuvimos hablando.

—¿De qué hablasteis?

—¿De qué hablamos? De nosotros dos, como de costumbre.

—¡De nosotros dos! —Nunca había admitido con tanta franqueza su intimidad con Colli y, sin embargo, el tema era, al parecer, el «acostumbrado».

Lorenzo no pudo por menos de decir en voz baja y tensa:

—Has olvidado que me habías dado una cita para la noche. Te busqué y, en tu lugar, encontré a Ada.

La vio sonreír:

—¡Encontraste a Ada! ¡Qué contenta se habrá puesto! Sí, quiso dormir en mi colchón junto a la puerta, porque quería estar más libre para ir al baño. Debí haberte advertido, pero ¿cómo iba a hacerlo delante de ella? Habría sido ridículo, ¿no?: «¡Esta noche ven a buscarme al colchón que está bajo la ventana!». Conque renuncié.

Lorenzo dijo con rabia:

—Pero ¿se puede saber qué quiere decir: «Hemos hablado de nosotros»?

—De nuestra relación.

—¿Y qué os habéis dicho?

—Ah, las cosas habituales.

—Pero ¿qué cosas?

Esta vez ella se volvió, lo miró y después dijo con firmeza:

—Discúlpame, pero son cosas nuestras, que no te incumben.

Lorenzo se mordió los labios hasta hacerse sangre y buscó una frase que lo sacara del razonamiento provocado por los celos y no encontró otra cosa mejor que decir la verdad.

—También yo he dormido poco. Para matar el tiempo, he pensado en

nosotros dos.

Ese «nosotros dos» pretendía ser una crítica implícita del «nosotros dos» precedente de Nora. Pero ella no pareció advertirlo y dijo con sorpresa:

—¿En nosotros dos? ¿Y qué has pensado?

Pese a todo, era la misma voz de la misma Nora, pero Lorenzo advirtió con estupor que había bastado un tono apenas afectuoso para hacer desvanecerse la angustia de los celos. Pero dijo enojado:

—También he pensado en las cosas habituales.

—¿Qué cosas?

—Que te amo, pero tú no me amas a mí.

Rápida, espontáneamente, ella tendió la mano para apretar la de él:

—Ya verás cómo a partir de ahora todo cambiará. —Lorenzo enmudeció y se limitó a responder al apretón de manos. Pero no podía por menos de reflexionar: ¿qué significaba que todo cambiaría? ¿Que lo había traicionado y desde aquel día le sería fiel? ¿Que sería más amable y afectuosa con él? ¿O qué otra cosa? Se le ocurrió otra vez el símil del gato. Sí, Nora tal vez cambiaría de actitud hacia él, pero sólo por un tiempo, para después recaer en la habitual indiferencia inescrutable, precisamente como un gato que pasa de las rodillas de un huésped a las del amo para después volver al huésped y todo ello sin motivo, por puro e inexplicable capricho.

Lo sacó de esa reflexión la voz repentina de Colli, que se había levantado de su lugar para venir a reunirse con ellos y comentar la inexplicable inmovilidad del avión:

—¿Qué pasa? Hace una hora que esperamos y no se ve por ninguna parte a los mecánicos de Libreville. Propongo que volvamos a la *rest-house*: allí al menos existe la posibilidad de encontrar a la mujer leopardo.

—La mujer leopardo soy yo —dijo riendo Nora.

—Eso ya lo sabíamos, pero sólo en el bosque. Aquí eres una pasajera como las demás y también tú debes protestar.

Como para responder a esa broma, de repente hubo cierto movimiento en el aeropuerto. A través de la ventanilla, Lorenzo vio llegar por la pista una avioneta que, tras haber aterrizado a gran velocidad, fue a detenerse junto al avión de línea. Se abrió la portezuela de la avioneta, lanzaron una escalera y bajaron primero un hombre con chaqueta amarilla y pantalones verdes que llevaba una gran jaula, después una mujer con un niño en brazos y, por último, tres hombres con mono de mecánico. En ese mismo momento, del extremo del prado salió un furgón de la Cruz Roja que fue a detenerse delante del avión de línea.

Siguió una escena muy agitada. El hombre de la chaqueta amarilla y los pantalones verdes subió por la escalera y entró en el avión y entonces se vio que la jaula contenía una cabrita. Después entró la mujer con el niño en brazos. Por último, subió el piloto, quien fue a encerrarse en la cabina sin decir palabra. En cambio, los tres mecánicos se quedaron en tierra, hablando.

Lorenzo los miraba y al final los vio apartarse para dejar paso al furgón de la Cruz Roja. Se abrieron las puertas posteriores del furgón y dos enfermeros sacaron una camilla en la que yacía boca arriba un hombre con los ojos cerrados y un cobertor sobre el cuerpo. Del cobertor asomaba una pierna escayolada. Los dos enfermeros izaron con precaución la camilla por la escalera y después entraron en el avión. Bajaron tres respaldos y colocaron la camilla sobre los tres asientos, bajo las ventanillas.

Pero el furgón no volvió a marcharse, sino que se colocó muy cerca del avión y entonces Lorenzo vio a los mecánicos subir al techo del furgón y de allí a las alas del avión. Evidentemente, en el aeropuerto no se había encontrado una escalera bastante alta para subir al avión. Para sorpresa de Lorenzo, la reparación estuvo lista en menos de una hora, después los mecánicos pasaron de las alas del avión al techo del furgón y de éste saltaron a tierra y casi al instante empezó a rugir el motor. El avión inició un movimiento suave y lento y se dirigió al extremo del prado. Allí se detuvo un tiempo, después se puso a girar sobre sí mismo y entonces el prado apareció en toda su extensión hasta la selva, allá abajo, oscura y desdibujada por el calor que borraba su linde. El avión cesó de girar, se detuvo otro poco y después con impulso potente inició la carrera. Pero, pese a correr, no se elevaba, los árboles a lo largo del prado desfilaban cada vez más rápidamente, pero las ruedas seguían rebotando sobre la hierba. Lorenzo pensó que tal vez no lo lograsen y se estrellaran contra los árboles del fondo del prado. Le pareció una hipótesis justa, aunque inverosímil: una muerte así, absurda, habría sido una conclusión lógica de una vida como la suya enredada en cuestiones absurdas. Pero ¿acaso no era el absurdo la bisagra en la que vida y muerte se encontraban y se fundían en un solo desafío

también absurdo? Sí, pero ¿por qué el desafío? ¿Y contra quién, si no contra uno mismo?

Pero el avión, al llegar casi hasta el extremo del prado, desmintió sus previsiones despegando de improviso en vuelo casi vertical y muy pronto empezó a volar a gran altura, horizontal e inmóvil, con un zumbido tenue y regular del motor.

Ahora, bajo el avión, al borbollón uniforme como de lejía verde de la selva había substituido un paisaje menos monótono. Entre dos riberas de verdor hinchado y barroco, serpenteaba, mira por dónde, liso y centelleante, el espejo de agua oscura de una laguna. Volaron un rato sobre la laguna y después apareció en el horizonte la faja amarilla de una playa remota y, más allá, un azul diáfano que podía ser tanto el del cielo o el del océano como el de los dos fundidos.

El avión empezaba a bajar bamboleándose y presionando en las alas. De improviso desapareció la laguna: de nuevo estaban sobre la selva, pero tan bajos, que el avión parecía ir a rozar las copas de los árboles. Después, se abrió de repente la masa compacta de la selva y apareció la franja blanca de la pista del aeropuerto, muy larga y estrecha. El avión descendió casi hasta el comienzo de esa franja, golpeó al final el suelo con un choque brutal que hizo saltar a los pasajeros y después corrió veloz a lo largo de los árboles y fue a detenerse de golpe frente a la terminal.

Lorenzo miró. La terminal, edificio de una sola planta color carmelita obscuro, simulaba tres grandes cabañas juntas con tres techos cónicos. Pero en los techos, en lugar de la paja tradicional, había tejas de pizarra negra. En torno a todo el extraño edificio había soportales, imitación también de los emparrados que dan sombra a las cabañas. Pero no tardó mucho en comprender que la terminal estaba cerrada: bajo los soportales resplandecían grandes ventanales, herméticos y oscuros. El piloto, al salir de su cabina, confirmó: el aeropuerto no estaba todavía en servicio.

Ahora habían bajado del avión y miraban en derredor maravillados. La gente se iba en grupitos hacia la selva que circundaba por todos lados la explanada del aeropuerto; dos o tres coches parados ante la terminal no parecían esperarlos a ellos. Después, del extremo de la explanada salió de repente un jeep todo pintado de franjas, como la piel de una cebrá, y se dirigió veloz hacia ellos. Bajaron primero un hombrecillo anciano con camisa de cuadros, pantalones vaqueros y enorme sombrero de *cow-boy* y después un hombre joven, muy alto y muy grueso, en mono

azul de mecánico. El viejo se precipitó hacia Colli y le preguntó en francés si eran el grupo italiano. Colli asintió y después preguntó en broma:

— Todo ha ido bien, pero ¿dónde está Mayumba?

El viejo respondió que habían venido precisamente para llevarlos a Mayumba, que se encontraba a unos kilómetros del aeropuerto: ya podían montar en el coche. Y así se dirigieron todos hacia la camioneta pintada de cebra. Lorenzo notó que el viejo llevaba en el sombrero un distintivo con una cabeza de león circundada por un letrero en el que se podía leer: «Club de cazadores de Mayumba». El mismo blasón se veía en las portezuelas de la camioneta.

Partieron en seguida. El joven grueso se puso al volante, el viejo se sentó a su lado y, vuelto totalmente hacia atrás, empezó a responder a las preguntas de Colli, que, como de costumbre, se informaba sobre Mayumba y sobre la *lodge* en que vivirían. Las informaciones —cosa extraña, dado que las facilitaba alguien que debería haber tenido interés en que fuesen tranquilizadoras— no eran buenas. Al contrario de lo que hacen los hoteleros de todo el mundo, el viejo no parecía querer ocultar la difícil situación en que se encontraba la *lodge*; antes bien, aunque con amargura, parecía complacerle, como si ellos no fueran clientes, sino parientes o amigos de los que fuese lícito esperar comprensión y solidaridad. Al parecer, todo había ido mal desde el principio: habían creado la *lodge*, en las cercanías de la selva en la que abundaba la caza, exclusivamente para los cazadores y, mira por dónde, el gobierno había prohibido la caza. Por si fuera poco, el gobierno favorecía al litoral con la idea de conseguir que surgiera en él un centro de vacaciones. Y así había recibido los fondos para la instalación de la luz, el gas, el teléfono, el telégrafo, mientras que ellos, en la *lodge*, tenían que contentarse con una precaria conexión por radio y con lámparas de petróleo. Y el último golpe había sido el de que habían sancionado a la *lodge* con una cuantiosa multa por practicar la caza furtiva. Colli preguntó si tenía fundamento la acusación. La respuesta fue ambigua:

— Al fin y al cabo, somos cazadores profesionales.

Entretanto, la camioneta corría a toda marcha, saltando sobre las piedras de una pista estrecha y tortuosa que atravesaba la selva. Corrieron así por un buen rato y después se abrió la selva de improviso y la pista empezó a descender hacia un río encajonado entre altas vertientes, de aguas profundas, inmóviles y vítreas como las de un canal. Un pequeño embarcadero se adentraba en el río; más allá de la corriente, en la otra orilla, se veía un embarcadero similar, al que estaba atracado el pontón del transbordo. El embarcadero parecía totalmente arruinado y como en

desuso desde hacía tiempo. En la otra orilla se podían ver los restos —parecía— de una empresa de construcción: vigas apiladas, sacos de cemento amontonados. Algunos sacos estaban despanzurrados, con el cemento esparcido alrededor. Un camión sin ruedas completaba ese panorama de abandono.

El viejo del sombrero enorme se apresuró a explicar que habían decidido construir una dependencia en la *lodge* y después había llegado la prohibición de la caza y se habían suspendido los trabajos. Pero no estaba dicha la última palabra. En Libreville había un movimiento a favor de la caza. Tal vez estuvieran por venir tiempos mejores.

Entretanto, dos sirvientes, salidos de no se sabía dónde, habían subido al pontón del transbordo y habían encendido el motor. En el aire tranquilo y sofocante resonó un largo aullido quejumbroso de sirena, que hizo huir de los árboles a un grupo insospechado de grandes aves negras. Y el pontón se movió y se puso a aspar a través de la corriente con una lentitud que parecía malévola.

Por último, el pontón topó con el embarcadero, hizo sonar otra vez el aullido de la sirena y de nuevo las aves negras, tal vez cuervos, abandonaron las ramas de los árboles, dieron una vuelta sobre el río y después regresaron a los árboles. La camioneta bajó la pendiente, entró tambaleándose en las tablas del embarcadero y después en las del pontón, que se puso en marcha al instante. Un nuevo aullido de la sirena y un nuevo vuelo de las aves acompañaron la separación de la orilla.

Ahora, mientras el pontón se movía a través de la corriente, estaban los cuatro de pie junto a las barandillas: Nora y Colli, por una parte, y Ada y Lorenzo, por la otra. De improviso Ada dijo en voz baja:

—Míralos, están cogidos de la mano.

Lorenzo miró: era verdad, de forma no casual la mano de Colli, al borde de la barandilla, cubría la de Nora. Lorenzo pensó que ese apretón de manos era por lo menos un mentís flagrante a la frase de la mañana: «Ya verás como de ahora en adelante todo cambiará».

Dijo bruscamente a Ada:

—Pues haz tú lo mismo: apriétame la mano a mí.

Creía que Ada se sentiría ofendida. En cambio, la vio mirar en derredor con expresión culpable y prudente y después superponer a la suya su cuadrada y

rechoncha mano de campesina. En ese preciso momento el pontón chocó contra el embarcadero y Ada retiró apresuradamente la mano. Volvieron a subir a la camioneta, el joven grueso encendió de nuevo el motor, el coche se puso en movimiento, bajó hacia la ribera, pasó por delante de las pilas de vigas y de sacos de cemento y empezó a trepar por una escarpada cuesta, hacia la selva.

Pero esa vez el trayecto duró poco. De repente tenían ya a la espalda la selva y volvieron a ver la laguna oscura y resplandeciente al sol. En la cima de un montecillo, entre unos pocos árboles, se podía ver una construcción de color carmelita, toda de madera, semejante a una gran choza alpina: la *lodge*.

La camioneta se internó por una avenida recta y en pendiente y fue a detenerse frente a un porche formado por dos troncos de árbol que hacían de pilastras y sostenían otro tronco transversal en forma de arquitrabe. Se apearon y entraron en la *lodge*. En el interior todo parecía construido con troncos y ramas de árboles o tablas obtenidas de árboles. El suelo era de tablas cepilladas y las tablas y troncos de las paredes y del techo conservaban la corteza. Los troncos más gruesos se encontraban detrás del escritorio, que de ese modo parecía situado en el corazón de un bosque. De entre los troncos asomaba una enorme cabeza de búfalo, de cuernos en forma de manubrio de bicicleta, y miraba a los clientes con sus salientes y oscuros ojos de vidrio. Había otras cabezas de animales colgadas, aquí y allá, de las paredes: antílopes, gacelas, grullas. El viejo se quitó el sombrero, se colocó detrás del escritorio y dijo, adoptando actitud oficial:

—Entonces, ¿quieren dos habitaciones de matrimonio?

Ada dijo con vehemencia:

—No, individuales. Con este calor —añadió, al tiempo que miraba a su marido—, es mejor dormir separados, ¿no te parece?

Colli pareció no notar el tono alusivo y dijo jovial:

—¿Cómo no? Así por lo menos existe la posibilidad de recibir visitas inesperadas.

Intervino Nora:

—También yo quisiera una habitación individual.

Lorenzo no pudo por menos de preguntar:

—Pero ¿por qué?

Ella respondió con ligereza:

—¿Has olvidado que roncas?

Era la primera vez que ella señalaba ese defecto suyo: tanto en Libreville como en Roma dormían juntos; Lorenzo no pudo por menos de preguntarse si no habría decidido anteriormente con Colli esa preferencia por la habitación individual. Pero no, había sido Ada y no Colli quien había preferido la habitación individual. Confuso e irritado, dijo:

—No tienes por qué justificarte; por lo demás, nunca me habías dicho que yo roncara. Pero no importa, tú prefieres dormir sola y se acabó.

Nora dijo alegre:

—Anda, no te lo tomes así. Iré a verte, ¿de acuerdo? —Tomó la llave, una gran llave de hierro rústica, y se dirigió hacia la escalera tras el viejo. Los otros la siguieron por la escalera que llevaba al piso superior.

Desembocaron en un pasillo estrecho y largo en el que todo aludía a la selva con troncos, ramas y tablas diversamente utilizados. Del techo colgaban lámparas de petróleo semejantes a las que iluminan las galerías de las minas. La primera en entrar en su habitación fue Nora. Después lo hicieron, por orden, Lorenzo, Colli y Ada.

Lorenzo entró en su habitación y fue derecho a asomarse a la puerta de la terraza. Había una sola terraza que daba a la laguna, dividida en compartimentos por barandillas bajas. Ya era el atardecer, largos reflejos rojos como de sangre persistían sobre las aguas oscuras y opacas; ahora la selva más allá de la laguna era una masa negra e indistinta bajo un cielo vespertino entre rojo y verde. Lorenzo miró por un momento ese paisaje inmóvil y silencioso que parecía esperar a la noche para revelar su misteriosa vitalidad, después entró en la habitación, tomó la bolsa, fue al baño y dispuso maquinalmente los objetos de aseo. Quería dejar pasar un poco de tiempo antes de ir a ver a Nora a su habitación y no sabía qué hacer. Después se dio cuenta de que, con su preocupación por la actitud de Nora, había olvidado completamente que por la mañana, en la *rest-house*, no se había hecho el aseo habitual. Tenía la barba larga y hacía casi dos días que no se lavaba, no se daba una ducha. «Buena idea», pensó, «me asearé larga y detenidamente».

Conque se desnudó, abrió la ducha y se colocó bajo el chorro de agua. Estaba casi tibia, no refrescaba nada, pero, según pensó, le quitaría de encima el polvo y el sudor de la jornada. Con esa idea se enjabonó cuidadosamente y varias veces. Después cerró la ducha, salió de ella y se secó con una tela esponjosa. Después vino el turno de la barba. Se enjabonó y se rasuró con cuidado. Después los dientes: cepillo y dentífrico. Por último, los cabellos: los peinó, les pasó el cepillo. Al final, miró el reloj: el aseo le había ocupado veinte minutos. Pensando que ya era hora de ir a reunirse con Nora, volvió a vestirse y salió de la habitación.

Se sentía en un estado de ánimo a un tiempo agresivo y confuso, el apropiado, reflexionó con lucidez, para decir o hacer tonterías. Encontró la puerta entornada y entró. Nora estaba tendida en la cama. La lámpara de petróleo, encerrada en una especie de jaula de ramas de árbol, proyectaba una luz desigual sobre su cuerpo desnudo. Estaba tendida boca arriba, con las piernas extendidas e inmóvil. Dijo al mirarlo:

— Ah, ¿eres tú? ¿Qué hora es?

— Las siete.

— Bien, ve ahí a esperarme. Ahora voy a ducharme y me prepararé para la cena.

La tensión de Lorenzo explotó de forma torpe e involuntaria:

— Habías dicho que en Mayumba todo cambiaría. En cambio, todo es como antes, peor que antes. ¿Por qué has querido dos habitaciones separadas?

La vio erguirse sobre los codos y dirigirle los ojos llenos de luz azul e irreal:

— Las he querido igual que las ha querido Ada. ¿Por qué ella sí y yo no?

— Has dicho que yo roncaba.

— ¿Qué querías que dijera? ¿Que Ada quiere una habitación individual para verse con mi marido? Algo debía decir.

Lorenzo mintió, sin por ello dejar de dar la impresión de que no mentía:

— Entre Ada y yo no hay absolutamente nada. En realidad, tú has querido tener una habitación individual para ver a Colli.

—¿Y aun cuando así fuera?

—Ah, ¿es así?

—Sí, es así, exactamente como Ada y tú.

—Pero ¡si te he dicho que entre Ada y yo no hay nada!

—No tendrás queja de mí. Siempre procuro dejarte solo con Ada.

Una tristeza repentina, mortal, hizo enmudecer a Lorenzo. Así —pensó—, que su relación había llegado ya a la fase que, en la jerga mundana, se llamaba de la «pareja abierta». Cada uno de los cónyuges tenía un amante y toleraba al del otro. Su tristeza era tanto más profunda cuanto que Nora hablaba con la ligereza infantil de una niña que recuerda a su compañero las reglas de un juego. Dijo con dolor:

—Pero, Nora, no puedes hablarme de este modo. Eres mi esposa y yo soy tu marido.

Esa vez ella no dijo nada. Lorenzo insistió:

—A ver, ¿por qué no hablas?

—No tengo nada que decir. Lo que sucede entre Colli y yo no te incumbe, como lo que sucede entre Ada y tú no me incumbe a mí.

—Ah, ¿es así? Pero ¿no te das cuenta de que nada de lo que sucede entre Colli y tú puede dejar de incumbirme? Tú no me amas y no quieres saber nada. Pero yo te amo y quiero saberlo todo, pero es que todo.

Ella lo miró como sorprendida y después dijo negligentemente, no sin infantil complacencia:

—Colli me ha pedido que me case con él.

A Lorenzo le dio un vuelco el corazón y sintió un gran frío por la espalda:

—Ah, ¿de eso es de lo que hablabais la otra noche bajo el porche de la *rest-house*?

—De eso, entre otras cosas.

A Lorenzo se le había nublado la vista, advirtió que estaba temblando y guardó silencio por un momento. Después dijo:

—Entonces, ¿es verdad?

—¿El qué?

—¿Que eres su amante?

—No tengo nada que decir.

—Y tú, ¿qué le respondiste?

—Son cosas que sólo incumben a él y a mí.

Lorenzo corrigió despacio y con fuerza:

—A ti, a él y a mí.

Ese tono tan serio pareció impresionar a Nora. Lorenzo quería saber la verdad y ella parecía decidida a decírsela:

—A ver si nos entendemos: me ha pedido que me case con él, pero yo no he decidido lo que se dice nada.

Lorenzo comprendió de improviso que había pensado en todo, salvo en la posibilidad de que Nora, del mismo modo que jugaba con él, estuviera jugando también con Colli, y, precisamente porque jugaba, no podía haber tomado en serio la propuesta de matrimonio: si no, ¿qué clase de juego habría sido? Pero ¿qué otra cosa era ese juego sino el ovillo con que el gato juega precisamente, al limitarse a empujarlo y correr tras él? No obstante, insistió, deseoso de oírsele repetir:

—¿Tú no has decidido aún nada?

Como si Lorenzo le hubiera recordado una regla conocida de ese juego de la «pareja abierta», ella confirmó:

—Estate tranquilo: si me decido, serás el primero en saberlo.

—Pero ¿qué dices?

—No lo sé.

Pero ahora no le bastaba con saber que Nora jugaba con Colli tanto como con él. Quería saber hasta dónde había llegado el juego. Ese deseo de saber más, de saberlo todo, resultaba agudizado de forma insoportable por la vista del cuerpo desnudo de Nora, que seguía tendida boca arriba, con las piernas abiertas y el penacho rubio del pubis bajo el que se abría la boquita vertical del sexo, de labios rojos y bien dibujados. Lorenzo habría deseado que esa boca hubiera tenido voz y le hubiese dicho tranquila y descarada: «Sí, he sido penetrada, ahora ya lo sabes: varias veces y con total satisfacción». Esa idea de la penetración tenía una autonomía simbólica propia, que convertía el sexo de Nora en un objeto de su exclusiva propiedad, más una parte de sí mismo que de Nora, en cuanto que constituía una extensión de su persona, exactamente como cualquier otra propiedad personal y hasta entonces inviolable. Nora era libre de hacer lo que quisiera por sí misma, pero no con esa parte de su cuerpo. En una palabra, era el sentimiento del propietario que ve un objeto de su propiedad utilizado por un extraño y debía de traslucirse en su forma de mirar a Nora, porque ella cerró las piernas y preguntó:

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

—Me pasa que quisiera saber una cosa más de ti.

—Pero ¿cuál?

—Si Colli y tú habéis hecho el amor.

—¿Qué te importa eso? ¿En qué cambiaría las cosas, si lo hubiéramos hecho? ¿Acaso no estoy siempre dispuesta a hacer el amor contigo todas las veces que lo desees?

—Yo quiero saber si Colli... ha entrado dentro de ti.

—¿Por qué? ¿Qué te importa? Las prostitutas, como tú dices, dejan entrar a muchos hombres dentro de sí. Pero tú siempre has dicho que ibas con prostitutas y no te parecía que tuviera nada de malo.

—Tú no eres una prostituta.

—No —dijo ella con un curioso sobresalto de dignidad—. No lo soy en absoluto. Soy tu esposa y sé que soy una buena esposa. Eso me basta y debe bastarte

a ti.

Lorenzo enmudeció. De modo que estaban en el punto de partida: él no debía saber si Colli y ella eran amantes, debía contentarse con que ella fuera una buena esposa, siempre dispuesta a entregarse a él. Nora pareció comprender el significado de su silencio, porque añadió:

—No estés tan enfadado. Ya sabes que te quiero sólo a ti.

Lorenzo respondió resignado:

Eso ya lo sabía.

—Pues entonces no intentes saber más. Entre otras cosas, porque no hay nada que saber.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir —dijo ella con la mayor ligereza, al tiempo que se levantaba de la cama—, que voy a arreglarme y después nos encontramos abajo en el comedor, dentro de media hora.

Cenaron con los propietarios: al viejo bajito y deportivo y al joven grueso con mono de marinero se sumaron una mujer baja y delgada, de rostro severo y con gafas, esposa del joven, y su hijo de siete años. El viejo les invitó a su mesa: siendo los únicos clientes, era mejor hacer como si fuesen una sola familia. Fue una cena alegre: el viejo y Colli rivalizaban en el tipo de conversación propio de la llegada a un lugar nuevo y desconocido, en la que el extranjero pregunta y el habitante responde y explica. Ada y Nora no hablaban, aunque por motivos opuestos —pensó Lorenzo—: la primera por ser víctima del habitual agobio de los celos, la segunda por su acostumbrada e inalterable insatisfacción. En cuanto a él, no podía por menos de pensar en la propuesta de matrimonio de Colli y sentía no tanto temor de que Nora lo aceptase cuanto la misma sensación de ofensa que le había inspirado el guiño del ojo de Colli a Nora en el restaurante de Roma. ¿Cómo se permitía Colli comportarse como si él no existiera? Pero al mismo tiempo estaba irritado consigo mismo por sentir esa ingenua sensación de ofensa. ¿O es que no sabía que los demás dejan de existir en el preciso momento en que se interponen entre nosotros y el objeto de nuestro deseo?

Apenas concluida la cena, se fueron los cuatro a dormir: la jornada había sido larga y fatigosa y todos parecían tener sueño. Lorenzo se durmió casi al instante y tuvo un sueño preciso y pavoroso. Se encontraba en la sala de estar de su casa de Roma y miraba aterrado algo asombroso: un árbol, uno de esos grandes árboles africanos que parecen constituidos de muchos troncos juntados, había crecido, a saber cómo, en un ángulo de la sala de estar hundiendo sus raíces, semejantes a garras, entre las tablillas levantadas del entarimado. Nora estaba a su lado y también ella miraba el árbol atónita. Al final él decía que había que derribar el árbol antes de que acabara de destruir la sala de estar; Nora, en cambio, se oponía, decía que le gustaba el árbol: mejor el árbol que un mueble cualquiera, era más original. ¿Quién tenía un árbol en casa? Pero Lorenzo no le hacía caso, salía del salón, se dirigía a la cocina, cogía una hachuela de las que suelen usarse para cortar los troncos destinados a la chimenea y entraba en el salón decidido a derribar el árbol. Pero ya no encontraba a Nora y entretanto el árbol parecía haberse vuelto más grande, una rama había llegado hasta el techo, lo había traspasado...

Lorenzo no se desalentaba, se acercaba al enorme tronco múltiple y se preparaba para lanzar el primer hachazo. Pero, mira por dónde, entre el follaje aparecía, de improviso, la cabeza redonda y feroz de un gran felino —una pantera, un leopardo— que lo miraba fijamente con ojos desorbitados y resplandecientes. Él, aterrado, arrojaba el hacha y se disponía a huir. Demasiado tarde. La fiera le saltaba encima, le clavaba las garras en la espalda... y él con un grito quejumbroso se despertaba.

Algo le había caído encima, efectivamente, y había provocado la sensación de las garras de la fiera. Se debatió convulso, buscó y encontró sobre la mesilla de noche la linterna, la encendió, dirigió la luz hacia abajo y entonces descubrió que había golpeado la pantalla de la lámpara de petróleo, especie de campana hecha de mimbres puntiagudos, y había confundido los mimbres con garras. Aliviado, paseó la luz de la linterna por la habitación.

Había una sombra densa, pero, dondequiera que se dirigía, el rayo revelaba paredes hechas de troncos juntos. Experimentó la misma sensación sofocante que provoca la selva. Sin pensar, saltó de la cama, fue hasta la puerta de la terraza, la abrió y salió.

Era una noche de plenilunio, de luna casi tan grande como el cielo, blanca, inmóvil y muda, suspendida sobre la masa negra y recortada de la selva. Entonces, sin demasiada sorpresa, como si se lo hubiera esperado, Lorenzo vio a Colli de pie junto a la barandilla, muy negro e inmerso en la fría luz lunar. Colli le hizo al instante un saludo con la mano:

—Hermosa noche, ¿verdad?

Lorenzo corroboró:

—Es luna llena.

Colli dijo:

—La habitación está llena de insectos que se mueven y vuelan: no podía dormir y he salido.

Colli prosiguió, después de un momento de silencio:

—En África duermo mal. En Europa me siento más protegido; aquí, no.

—¿Protegido cómo?

—Le parecerá extraño: protegido por la Historia.

—Por la Historia.

—Sí, por lo que nosotros llamamos historia de nuestro pasado. En Italia, antes de la república, había la monarquía, antes de la monarquía, yo qué sé, el resurgimiento y antes el Renacimiento, la Edad Media y así sucesivamente hasta los romanos, los griegos. En cambio, en África hay el vacío.

—También los africanos tienen su historia.

—Oral, historia oral, se la cuentan en los mercados, historia transmitida de memoria, no escrita.

—No comprendo en qué sentido le protege la Historia.

—Me impide precipitarme en el vacío. En África o vives en el presente, momento tras momento, o te precipitas hacia abajo vertiginosamente, hasta la prehistoria. Entre nosotros y el hombre de las cavernas no hay nada.

—No sabía que le interesara a usted la paleontología.

Colli se rió:

—La verdad es que no me había interesado hasta que vine por primera vez al Gabón, hace cuatro años. En Libreville hay un museo etnológico especializado en la prehistoria africana. Ahora bien, en una sala está expuesto un esqueleto completo del hombre de las cavernas, el llamado *homo habilis*. Debía de ser una especie de gran mono, al menos a juzgar por una estatua que lo reproduce, digámoslo así, en carne y hueso: bajo, con hombros enormes, brazos largos, piernas cortas, dos dedos de frente y mandíbula fuerte. Ahora bien, el esqueleto, aun estando completo, tiene una anomalía, por así decir, autobiográfica: tiene la espina dorsal y algunas costillas fracturadas. En otras palabras, los años, los siglos, los milenios, cayeron después sobre su cuerpo como una eterna nevada, lo ocultaron, hasta el día en que fueron a desenterrarlo y expusieron su esqueleto en el museo etnológico. —Colli guardó silencio de improviso, como vencido por su propia elocuencia.

Lorenzo preguntó:

—Entonces, ¿qué? ¿Qué significa para usted todo eso?

Colli reflexionó y después explicó:

—Significa en el fondo una desgracia, un accidente. Cuando menos te lo esperas, cuando todo te va bien, mira por dónde, la desgracia. Es extraño, me digo: si hubiera prestado mayor atención, el peñasco no lo habría aplastado. Tal vez, quién sabe, si hubiera prestado mayor atención, no habría muerto nunca.

—¿Cómo que no habría muerto nunca?

—¿No ha pensado alguna vez que, si prestáramos mayor atención, tal vez no llegásemos a morir?

—Así, que la muerte es una desgracia, para usted.

—En cierto sentido, sí.

—Entonces, ¿usted se cree inmortal?

—Digamos que no logro creerme mortal. Como todos, ¿no? ¿Piensa usted en la muerte?

—Usted en este momento está pensando en ella —dijo Lorenzo—. Piensa en ella al identificarse con el hombre de las cavernas.

Colli se echó a reír:

—El caso es que ese *homo habilis* me cae simpático. Lo tenía todo, era el más fuerte, el más potente y, sin embargo, una buena mañana de la prehistoria, ¡crac!, la desgracia. Es pero que muy cierto que el hombre, incluso el *homo habilis*, propone y Dios dispone. O, si prefiere, la muerte es tan cierta como la vida incierta.

Lorenzo experimentó de improviso una sensación de imposibilidad para continuar el diálogo con Colli, a un tiempo sentencioso y a su modo angustiado. Dijo bruscamente:

—Discúlpeme: he tenido una pesadilla y he salido a tomar una bocanada de aire. Ahora me vuelvo a la habitación a dormir otra vez. Buenas noches.

—Buenas noches, buenas noches.

Una gran ave negra de alas desplegadas e inmóviles, tal vez un buitre, se puso a hacer eses sobre ellos, en vuelos ora amplios ora más apretados, como buscando algo preciso, mientras la lancha corría veloz por la laguna surcando sin hacer ruido ni espuma las aguas oscuras y centelleantes. Lorenzo recordó que antes de la llegada había contemplado el mismo paisaje desde el avión y había tenido una impresión de melancolía y se preguntó absurdamente si también al ave le parecería tétrico el paisaje. Pero no —reflexionó—, el ave no podía advertirlo, por la sencilla razón de que formaba parte también de la tenebrosidad.

En cualquier caso —pensó también—, eso era Mayumba: una choza alpina en una cima cortada a pico sobre la laguna y después la laguna, ora estrecha ora amplia, con las riberas de ambos lados atestadas de follaje oscuro y encrespado y, por último, allí abajo, a lo lejos, más allá de la extensión de las oscuras aguas lacustres, como una promesa de libertad, movimiento y frescura, la vaga faja vaporosa del océano, cuyo azul se traslucía en el azul del cielo.

Se sorprendió repitiéndose para sus adentros el nombre del lago: «Mayumba». Con la líquida «i griega» antepuesta a la lúgubre sílaba: «umba», daba muy bien la sensación de lugar pantanoso e inerte, adormecido al sol ardiente, entre las riberas atestadas de selva. Miró la superficie de la laguna y vio muchos insectos filiformes que se desplazaban rápidos sobre la línea del agua casi sin tocarla. Aquí y allá flotaban plantas acuáticas de hojas verdes y flores azules. ¿Se moverían esas plantas? Probablemente sí, pero no se veía.

Lorenzo miraba irritado ese paisaje. Le parecía que estuviera animado de una voluntad hostil, como si fuese tan tétrico como deseaba ser. ¿Por qué no se oía ruido alguno aparte del taf taf machacón del motor de la lancha? ¿Por qué no había viento y estaba tan inmóvil el follaje de las riberas? ¿Por qué no había cabañas u otros alojamientos? En una palabra, ¿por qué, aun siendo un paisaje tropical lleno de tumultuosa vitalidad, parecía carente de vida?

Como para responder a esa pregunta, más allá de un promontorio apareció, mira por dónde, una ensenada al fondo de la cual surgía un edificio de dos plantas,

con la fachada de un color rosa ennegrecido por la humedad. Lorenzo se inclinó hacia el muchacho africano que, sentado a popa, regulaba la dirección del timón y le preguntó:

—¿Qué es ese edificio rosa?

El muchacho giró los ojos y miró el edificio como si lo viese por primera vez:

—Es la leprosería.

—¿Hay muchos leprosos? —preguntó Nora, con curiosidad.

El muchacho respondió con seguridad:

—Sí, muchos.

—¿Cuántos?

—Más de cien.

—¿Cien leprosos en un edificio tan pequeño?

—O diez.

Colli se irritó:

—O cien o diez, hay que elegir. ¿Ponemos unos veinte?

El muchacho aprobó con fervor:

—Sí, eso es: unos veinte.

—¿Y dónde están?

El muchacho miró la leprosería. Detrás del edificio se alzaba una colina de tierra roja toda adornada con filas ordenadas de arbustos verdes: una plantación. Entre una fila y otra, se veía a hombres y mujeres, todos con grandes sombreros de paja y pijamas claros. El muchacho dijo:

—Trabajan en la plantación de té, sobre la colina. —Guardó silencio un momento y después añadió—: Hay también enfermeros y un médico.

Lorenzo miró, a su vez, y después, impasiblemente, como hablándose a sí mismo, dijo:

—Quisiera saber por qué está allí esa leprosería.

Colli se rió:

—Hombre, pues, porque hay leprosos.

Lorenzo explicó:

—Digo esto porque todo es tan perfecto. Un paisaje tétrico y hostil y en el medio —ni que lo hubieran hecho a posta— una leprosería. Reconocerá que es como para preguntarse por qué.

Colli volvió a reírse:

—También en Italia, si hubiera un hospital, qué sé yo, en una localidad solitaria de la Maremma, diría usted: ¿por qué es todo tan perfecto?

Volvieron a guardar silencio. Entretanto, la lancha seguía avanzando y muy pronto desapareció la leprosería y, superado un promontorio, la selva comenzó a aclararse y las orillas a hacerse más bajas y más desnudas, con tupidos cañaverales que se adensaban en las ensenadas. Después, de improviso, fue como si hubiera habido una explosión de frescura y movimiento en el aire bochornoso e inmóvil. Al fondo de la laguna, apareció una naranja amarilla de arena, más allá de la cual el azul continuo del cielo dejaba adivinar el océano.

La lancha se dirigió derecha hacia lo que parecía ser un embarcadero y que de cerca resultó ser unas cuantas tablas desvencijadas y sostenidas por pilotes podridos y hundidos en el fango de la laguna. Colli quiso bajar el primero y se hundió en el agua hasta media pierna, al tiempo que gritaba alegre:

—No hay miedo: como no estamos en Brasil, no hay pirañas. —Después, alegre y chistoso, ayudó a los otros tres a saltar de la lancha al muelle sin mojarse los pies.

Pero la playa resultó estar más lejana de lo que habían imaginado. Entre la laguna y el océano había una amplia ribera pedregosa con matas bajas y desmedradas por ella dispersas. Después, aparecieron de improviso la arena amarilla y luminosa de la playa y olas enormes y sin espuma que se alzaban y caían

sobre la orilla. Lorenzo miró esas olas regulares y conscientes —parecía— de su monótono movimiento y no pudo por menos de experimentar la sensación de haber sorprendido, por así decir, el océano absorto en la incesante alternancia de flujo y reflujo, como se sorprende a un animal salvaje en lo más tupido de una selva, ensimismado, inocente, ignaro e indiferente a cualquier otra presencia. En ese momento le vino el recuerdo de la charla nocturna con Colli y las reflexiones de este último sobre el hombre de las cavernas víctima de una desgracia y se dijo que, a su modo, Colli había tenido una sensación exacta de la eternidad de la naturaleza indiferente y ensimismada. Esas olas que caían sobre la orilla eran las mismas aquel día prehistórico en que el hombre de las cavernas había muerto aplastado por un árbol. También entonces surgían, se alzaban e iban a caer sobre la orilla. Lorenzo se detuvo, dejó que los otros lo precedieran y volvió a mirar. Algunas aves marinas se cernían, semejantes a acentos circunflejos desesperados, sobre las poderosas grupas de las olas. Allá lejos, junto a la punta del promontorio, había un barco, fantasma gris y diáfano, suspendido entre el cielo y el océano. También Colli se había detenido con las dos mujeres un poco más allá:

—¡Qué maravilla! No hay lo que se dice nadie.

—Estamos nosotros —dijo Ada con tono despechado, como si dijera: «Sobramos».

Colli respondió al instante:

—Tanto mejor para nosotros, ¿no?

Se pusieron en movimiento, caminaron un breve trecho y llegaron hasta la línea del agua: las orlas negras y lustrosas de detritos marinos mezclados con algas verdes y blancos cangrejos muertos adornaban con arabescos la arena reverberante; las olas con su flujo y reflujo las desplazaban hacia delante y hacia atrás, pero no se las llevaban. Después encontraron unos restos que desmentían ese aspecto de virginidad prehistórica: un bidón de petróleo, abollado y herrumbroso, lleno hasta la mitad de agua vieja y aceitosa y hundido hasta la mitad en la arena. Decidieron detenerse junto al bidón, único punto de referencia posible en el desierto de la playa. Dejaron las bolsas junto al bidón y empezaron a desnudarse.

Entonces Nora declaró con naturalidad:

—Yo me desnudo del todo: total, no hay nadie. Hacedlo vosotros también.

La propuesta fue aprobada con chistoso ardor por Colli: «Pues claro, cómo no,

hagamos un poco de desnudismo», y silenciosamente por Ada y Lorenzo. Se desnudaron unos lejos de los otros y Nora fue la primera en salir desnuda de su mono celeste: dos estirones a la cremallera y se vio que no llevaba ni sostén ni bragas. En cambio, Ada se quitó la camiseta blanca por la cabeza, se bajó la falda negra hasta los pies, apareció toda engalanada con sostén y bragas y se los quitó violenta y casi avergonzada, como intentando ocultar su desnudez con los gestos. Lorenzo, ya desnudo, miró a Colli, también él desnudo. Colli, alto, flaco, desgalichado, con un pubis rubio, sorprendía por la semejanza de su miembro a su cuerpo: también él largo, oscilante, larguirucho, delgado. Lorenzo, al divisar aquel miembro, no pudo por menos de formular un pensamiento que parecía provocado por los celos, pero que en realidad era un intento de anularlos con una reflexión crítica y extravagante: «¿Y si ese miembro de aspecto tan poco viril hubiera penetrado el sexo de Nora?». Se esforzó por imaginar a Colli encima de Nora —él con ese miembro suyo, más grueso y rígido por la erección; ella boca arriba y con las piernas separadas—, pero no lo logró. Entonces dijo a Colli, al tiempo que se le acercaba:

—El desnudismo es exactamente lo que hace falta para no tener sino pensamientos castos. Una vez desnudos, la imaginación se apaga.

Colli dijo:

—No es eso. Es que somos más hermosos vestidos que desnudos. Con las debidas excepciones —añadió de forma impersonal—, como, por ejemplo, en el caso de Nora y Ada.

Ada dijo áspera:

—Di más bien Nora sólo. Yo no tengo nada que ver.

Nora gritó:

—Ahí viene la ola, yo me tiro —y de un gran salto con las manos juntas se lanzó de cabeza hacia una enorme ola que se estaba elevando cerca de la playa. La ola cayó sobre ella, la arrolló y por un momento Lorenzo vio el cuerpo blanco y la cabeza de oro debatirse en el agua verdeazulina con grandes anillos de espuma por ella dispersos. Después, se puso en pie y gritó embriagada—: Es hermosísimo. Venid también vosotros.

Los otros tres se movieron y entraron en el agua. Lorenzo fue a acercarse a Nora, pero ya Colli, más rápido que él, estaba junto a ella, con el cuerpo desnudo

que casi rozaba el cuerpo desnudo de ella, y entonces se alejó y fue a detenerse a cierta distancia. Ada, que se había quedado aislada entre Colli y Nora y él, fue a su encuentro diciendo:

—¿Crees que habrá tiburones?

Tenía una forma provocativa de entrar en el agua, con el negro pubis tendido hacia delante como una proa, que irritó a Lorenzo, quien dijo con sequedad:

—Claro que los hay.

Ada se acercó más:

—¿Y vienen hasta la orilla?

Lorenzo se burló:

—Pues claro que sí. Igual que existen el hombre búfalo y la mujer leopardo, también existirá el hombre tiburón.

De repente, como conclusión del diálogo con Colli, Nora gritó de lejos:

—Nosotros nos vamos a dar un paseo.

Los vio dirigirse sin decir más a la orilla y con un movimiento instintivo hizo ademán de seguirlos. Ada lo agarró del brazo:

—Quédate conmigo. ¿Qué te importa?

Lorenzo se detuvo y miró otra vez a Colli y Nora, que caminaban por el agua hacia la orilla. Ada añadió:

—Esta noche se han visto.

—¿Cómo lo sabes?

—He ido a llamar a la puerta de Flavio y no estaba.

Lorenzo dijo con hastío:

—Estaba conmigo en la terraza. Hemos estado hablando.

—¿Qué hora era?

Lorenzo se irritó:

—No lo sé ni me importa.

Ahora allá abajo, en la orilla, Colli y Nora habían salido del agua y se habían puesto a caminar a lo largo de la ensenada, que aparecía desierta hasta el horizonte. Ada dijo:

—No irán lejos.

—¿Por qué?

—Porque en seguida encontrarán un lugar apropiado para hacer el amor.

Lorenzo la miró. En su pálido y mustio rostro los ojos tenían una expresión extraviada e infeliz, desmentida, sin embargo, por su robusto y juvenil cuerpo, erguido y despatarrado en el agua. Una vez más le impresionó el contraste entre el rostro y el cuerpo, que con los vestidos apenas se adivinaba, pero con la desnudez se revelaba de forma turbadora. Preguntó con frialdad meticulosa:

—¿Por qué me dices eso?

—Porque es la verdad.

—¿O para incitarme a hacer lo mismo contigo?

—También.

—Pero ¿por qué habríamos de hacer una vez más algo por la exclusiva razón de que ellos lo hagan?

Ella se encogió de hombros y no dijo nada. Se levantó una ola y, después de que los dos esperaran a que hubiera pasado, Lorenzo prosiguió con obstinación didáctica, casi jocosa:

—¿No sabes que es importante entender por qué se hacen las cosas? Según tú, ¿por qué deberíamos ir ahora a la orilla y ahí, junto al bidón, lanzarnos uno en brazos del otro?

Ada captó el tono de juego y se esforzó, a su vez, por seguirlo:

—Porque es evidente que tú me gustas. —Guardó silencio un momento y después añadió, al tiempo que con torpe coquetería lanzaba una mirada al vientre de Lorenzo, donde resultaba visible una erección incipiente—: Y también porque, al parecer, yo te gusto a ti.

Era una forma patética de reducir su complicidad en los celos a un simple hecho natural. Pero Lorenzo, tal vez más irritado contra sí mismo por su turbación que contra ella, no lo aceptó:

—¿Se puede saber qué quieres de mí? No hacemos sino repetir lo que hacen ellos, pero no somos, no seremos nunca, amantes, porque tú amas a tu marido y yo amo a mi mujer. Estamos los dos celosos de ellos, ésa es la verdad, conque, ¿para qué hacer el amor?

—Anda —dijo ella con un último esfuerzo—, no te lo tomes así. Déjate y no te tortures.

En sus ojos persistía el extravío; no obstante, intentaba sonreír, pero no parecía lograrlo. Lorenzo reaccionó con violencia:

—Pero ¿qué clase de mujer eres? Otra en tu lugar ya me habría mandado al diablo.

Bruscamente, ella se echó hacia atrás y dijo con dignidad:

—Soy una mujer que no se merecía ni a ti ni a mi marido. Infinitamente mejor que esa puta de tu mujer. —Tras pronunciar esas palabras, le dio la espalda. Una ola la agredió y ella se lanzó hacia delante aprovechando el impulso; fue arrollada y se volvió a levantar a poca distancia de la orilla. Lorenzo la vio salir del agua, vacilar y después encaminarse en dirección opuesta a la seguida por Colli y Nora.

Lorenzo la contempló caminar sola por la playa desierta y después salió, a su vez, del agua y se quedó un instante inmóvil mirando a un lado y a otro. Ahora Colli y Nora habían desaparecido, la playa se curvaba, completamente desierta, hasta la punta del promontorio. En la dirección opuesta, se podía ver a Ada caminar sola en un desierto análogo. ¿Hacia dónde dirigirse? ¿Hacia Ada y sus celos? ¿O bien seguir la dirección opuesta y acaso tropezarse con Colli y Nora, apartados y felices? No se lo confesaba, pero se sentía atraído de forma obscura hacia estos últimos. Conque se encaminó a lo largo de la playa.

Ahora el sol caía a plomo y tan ardiente sobre la nuca y los hombros, que daba la impresión de arder sólo para él. Caminaba con la vista en el suelo, mirando la arena mojada sobre la que de vez en cuando una ola propagaba su velo líquido; si miraba al frente, el sol lo deslumbraba. En uno de esos momentos de deslumbramiento divisó de repente a Colli, que se dirigía solo hacia él. ¿De dónde había salido, puesto que un instante antes la playa estaba desierta? De repente se le hizo patente la inoportunidad de su desnudez y la de Colli. ¿Acaso no era la desenvuelta desnudez del nudismo algo que practicar en grupo, hombres y mujeres juntos? No obstante, antes incluso de que Colli estuviera cerca, le gritó:

—¿Y dónde está Nora?

Colli hizo un gesto vago en dirección a la playa:

—Allá abajo: me ha dicho que quería estar sola y meditar.

—¿Meditar sobre qué? —preguntó casi a su pesar Lorenzo, pensando en la propuesta de matrimonio que Colli había hecho a Nora.

—¿Acaso sabe usted sobre qué meditan las mujeres cuando dicen que quieren meditar? —dijo Colli con su habitual jovialidad.

Lorenzo se dijo de repente que debía de ser exactamente así: Nora le había pedido que la dejara sola para meditar aduciendo la única razón que podía convencer a Colli para que se fuera: la propuesta de matrimonio. Así se explicaba también el carácter forzado de la jovialidad de Colli: sabía sobre qué quería meditar Nora e intentaba ocultar su ansiedad con la alegría habitual. Pensó que debía ir a buscar a Nora lo antes posible y acaso, si aún era posible, intervenir, influir a su favor en la anunciada meditación. Pero no tuvo tiempo de hablar, porque Colli prosiguió al instante, con alegría más natural:

—A propósito, ¿sabe que paseando por este lugar maravilloso, de aspecto tan prehistórico, he vuelto a pensar en el hombre de las cavernas del que hablamos anoche? Pero desde otro punto de vista: ya no pensando en la desventura que truncó su vida, sino en una de sus jornadas felices.

—¿Felices?

—Pues claro que sí: felices. He imaginado que hace millones de años el *homo habilis* en una bella mañana de la prehistoria viene a pasearse por esta playa con su familia —él, su mujer y sus pequeños—, una familia respetable de paseo al sol un

domingo. Pero de repente, burla burlando, del bosque sale, mira por dónde, otra mujer que contoneándose con gracia se dirige hacia el mar tal vez para darse un baño matinal. Esa visión provoca en nuestro *homo habilis* un repentino furor erótico. Olvida a la familia y se dirige hacia la mujer desconocida. Usted sabe que el hombre de las cavernas probablemente no hubiera aprendido aún a abrazar a la hembra de frente: la penetraba por la espalda, como, por lo demás, todos los animales. Conque ahí se lanza nuestro *homo habilis* hacia la hembra solitaria, que, naturalmente, intenta huir. Él la alcanza, la agarra de los hombros, la dobla, la sujeta firmemente y la penetra por detrás. Ella reacciona, se debate, intenta morderlo, pero al final cede y goza, a su vez. Y, acabada la sesión, se suma también ella, sumisa, a la familia. Y prosigue el paseo dominical. —Colli rió y añadió—: Es increíble cómo influye el paisaje en la imaginación. En Italia, los mamuts circulaban, al parecer, por la playa del Circeo. Pero ¿a quién se le ocurriría pensar en eso? Aquí, en cambio, tal vez porque no hay alma viva en decenas de kilómetros, la visión de un dinosaurio de treinta metros de largo que saliera del bosque allá abajo ya no sorprendería tanto. Uno diría: Hombre, y éste, ¿qué anda haciendo ahí?

Lorenzo dijo de repente y con brusquedad:

—Colli, ¿continúa usted hacia allá?

—Sí, voy a vestirme. Ya es tarde.

—Y yo, en cambio, voy a avisar a Nora para que venga a vestirse también ella. Hasta luego, pues.

—Hasta luego.

Se alejaron uno del otro casi presurosos, como después de un encuentro mutuamente desagradable. Lorenzo no podía por menos de sentirse obscuramente ofendido por la evocación de los amores del hombre de las cavernas que había hecho Colli y no entendía por qué. Después, descubrió de improviso el motivo. Estaba claro: Colli se identificaba, como la noche pasada, con el *homo habilis* y Nora era la hembra que él penetraba por detrás. Pero tal vez —pensó de repente con rabiosa clarividencia— todo hubiera sucedido ya. Colli había forzado a Nora en algún lugar de la playa y después, al encontrarse con él, no había podido resistir la tentación de contárselo y jactarse de ello delante de él. Así, se explicaba perfectamente el deseo de Nora de quedarse sola a meditar. ¡Era lo menos que se podía exigir en circunstancias semejantes!

Lorenzo advertía con rabiosa lucidez el carácter cómico de esas suposiciones, pero al mismo tiempo no podía por menos de considerarlas desgraciadamente verosímiles y apropiadas para su situación conyugal. ¿Qué otra cosa se podía pensar, de hecho, tratándose de un hombre como Colli, de una mujer como Nora? Y, sobre todo, ¿de un celoso como él mismo? Todo casaba, aun cuando todo rayara ya en una atmósfera de comedia a un tiempo dolorosa y grotesca.

Caminaba con la cabeza baja y se dirigía casi por instinto hacia un bosque que a la mitad de la ensenada avanzaba por la playa. Tal vez, de haber habido de verdad violación, hubiese sucedido en la obscuridad de la selva tropical. Allí era donde Nora, afligida, turbada, ultrajada, pero ya sumisa, estaba reflexionando sobre la reparadora oferta de matrimonio. Pero, al alzar los ojos hacia el bosque, cuyas ramas más bajas formaban como una barrera impenetrable de follaje oscuro, encrespado e inmóvil, comprendió que Nora no podía estar allí, no se veía cómo habrían podido Colli y ella penetrar en él. Apartó la vista del bosque, la volvió hacia el océano y entonces vio a Nora. Estaba sumergida en el agua a mucha distancia de la orilla y lo miraba a él. Se alzó una ola aún baja, ella dio un saltito maquinal para superarla y después volvió a mirarlo, en silencio e inmóvil. Lorenzo gritó sorprendido:

—Pero ¿qué haces ahí?

Ella respondió sin moverse:

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé.

Lorenzo entró en el agua y se reunió rápidamente con ella. Ella le arrojó al instante los brazos al cuello:

—Algo ha salido de ese bosque. Entonces he sentido miedo y he corrido al agua y he avanzado y, cuando me he vuelto, ya no había nada.

—Pero ¿qué era?

—No lo sé.

—¿Cómo no vas a saberlo, si lo has visto!

—Lo he visto: eso, sí.

—Pues entonces, ¿qué era?

—No lo sé.

—Habrá sido algún animal.

—Sí, tal vez un animal.

—Algún mono. Los hay incluso grandes. Los monos cinocéfalos.

—Sí, habrá sido un mono. Pero no hablemos. Quedémonos así en el agua, sin decir nada. Es tan hermoso.

Ahora ya no parecía espantada. Hablaba en voz baja más por una necesidad de intimidad que por una precaución del miedo. Al mismo tiempo embestía con su vientre contra el de Lorenzo de forma franca y obstinada, como intentando aferrar con su sexo el de él. Lorenzo se echó un poco hacia atrás y miró hacia abajo: en la verdeazulina transparencia del agua se veía sobresalir el rubio vellón del vientre blanco y hundido. Nora preguntó:

—¿No quieres?

—¿Así, en el agua?

—En el agua, sí: es más hermoso. Anda, déjate.

Susurraba, apremiante, apretándose contra él; con la mano había empuñado el miembro en erección y ahora lo zarandeaba excitada y torpe. Lorenzo se preguntó de repente cuándo había oído esa frase «déjate» y recordó: un poco antes, Ada, de pie junto a él en el agua, le había dicho por los mismos motivos la frase análoga «déjate y no te tortures». Pensó que por una vez la relación especular entre Ada y él se invertía: ahora no era Ada la que imitaba a Nora, sino Nora la que imitaba a Ada, con el mismo gesto, las mismas palabras, el mismo deseo. Con ese pensamiento, la caricia de Nora le hizo efecto; sintió que eyaculaba con dulzura fácil y natural, como si hubiera hecho el amor no con Nora, sino con una criatura marina hecha de agua profunda e inmóvil. Después se separaron y Lorenzo miró hacia abajo: la culebrilla del esperma ondeaba bajo el agua alargándose y deshaciéndose. Nora dijo:

—Mira, eres tú —y sumergió la mano como para coger el diáfano filamento.

Lorenzo, aún turbado, dijo en voz baja:

—Sí, era yo.

Después salieron del agua cogidos de la mano y caminaron sin hablar por la parte mojada de la playa hasta el bidón, junto al cual encontraron a Colli y a Ada ya vestidos y dispuestos para la marcha. Colli los acogió con forzada jovialidad, dirigiéndose a Nora:

—Entonces, ¿has meditado? —Y después, sin esperar la respuesta—: Bueno, venga, vestíos. Mientras estábamos desnudos los cuatro, no hacíamos caso. Pero ahora estamos vestidos nosotros y se nota la diferencia.

—¿Qué diferencia?

—No se puede por menos de miraros y preguntarse: pero ¿es que no se dan cuenta esos dos de que están desnudos? ¿Dónde creen que están? —Nadie se rió. Lorenzo se preguntó una vez más sobre qué habría meditado Nora y cuál habría sido la conclusión de sus meditaciones.

Cuando ya estuvieron los cuatro vestidos, se dirigieron despacio y en diagonal a través de la playa y sobre la arena abrasadora y maleable con el sol que quemaba. Después pasaron con alivio de la zona ardiente a la hierba de la ribera y de ésta a la orilla de la laguna. La lancha estaba ahí, amarrada en el muelle de tablas desvencijadas, en el agua negra y emporcada, aquí y allá, con manchas de barro verde; el muchacho africano dormía acurrucado en el fondo. Despertaron al muchacho, que se puso en pie atónito, y subieron uno tras otro a la lancha. Esa vez ninguno habló, ni siquiera cuando Ada no acertó en el salto y se hundió en el agua hasta media pierna, al tiempo que exclamaba con intenso enojo:

—¡Maldita África! —El muchacho se sentó en la popa, tiró de la cuerda del fueraborda, se encendió el motor y la lancha se puso en marcha.

Ahora estaban sentados unos frente a otros en los bancos de la lancha, sin hablar y mirando a la laguna. El sol golpeaba con fuerza. Lorenzo no podía por menos de cerrar los ojos, deslumbrado, y entonces volvió a verse una y otra vez en el agua, primero con Ada y después con Nora, en situación idéntica y, sin embargo, con sentimientos tan diferentes. ¿Qué había sucedido para que hubiera rechazado la caricia de Ada y poco después hubiese aceptado la de Nora? ¿Qué había

sucedido en realidad? Él sabía perfectamente lo que había sucedido, pero igual se entretenía evocando de nuevo las dos escenas tan semejantes con una complacencia embotada, fascinada y oscura.

Se estremeció al oír la voz de Colli, que decía:

— Ahí está la leprosería.

Abrió los ojos y miró. El edificio, de un rosa ahumado, tenía el reloj, en el centro de la fachada, aún parado en la misma hora de cuando habían pasado por la mañana. En la colina, entre las hileras de las plantas de vid, ya no se veía a los leprosos con pijama de rayas y sombreros de paja. Lorenzo pensó que a esa hora los leprosos estarían comiendo e imaginó a la comunidad de los enfermos sentada a la mesa, en un refectorio desnudo. Después apartó la vista de la leprosería y la dirigió casualmente hacia el fondo de la lancha. Entonces vio algo insólito: el fondo estaba invadido por un palmo de agua que ondeaba con cada oscilación de la lancha. Después comprendió de repente: la lancha estaba rota en el fondo y hacía agua. Más atónito que alarmado, preguntó al muchacho:

— Pero ¿qué es esta agua?

El muchacho miró hacia sus pies y después respondió con indiferencia, como si se tratara de algo conocido:

— Hay un agujero.

Lorenzo dijo entonces más alarmado que atónito:

— Pero entra agua y mucha.

Casi en el mismo momento la lancha tuvo una oscilación más fuerte, el agua pasó de una parte a otra y casi rozó la borda. De repente Colli tuvo el agua hasta las rodillas, se despertó de su adormecimiento y exclamó con voz elevada por el miedo:

— Pero ¿qué es esta agua? —y se puso en pie.

Lorenzo ordenó al muchacho:

— Rápido, vamos a la orilla.

Pero era demasiado tarde y todo sucedió en pocos instantes. Mientras la

lancha dirigía la proa hacia la orilla, el agua entró en abundancia, pero sólo por un lado. Colli gritó otra vez.

—Pero ¡nos estamos hundiendo! —y en el mismo momento intentó pasar a la parte opuesta. Pero no lo logró, porque Ada, que también se había puesto en pie, se arrojó hacia él y lo agarró frenética. Lorenzo vio a Colli agitar los brazos, como quien pierde el equilibrio, y después desplomarse en el agua junto con su mujer. Pero la lancha no se hundió y el muchacho, que había permanecido al timón, la dirigió hasta hacer chocar la proa, casi sumergida, contra los palos del embarcadero de la leprosería. Lorenzo, Nora y el muchacho saltaron al agua y treparon al embarcadero. Hasta después de que Ada lograra reunirse con ellos no advirtieron que Colli no estaba ni cerca del embarcadero, donde la lancha flotaba aún llena de agua hasta los bordes, ni lejos, en punto alguno de la laguna, que se había vuelto inmóvil y espejeante bajo el sol.

Por la noche, se suspendió la búsqueda del cuerpo de Colli hasta el día siguiente. Nora, después de haber permanecido largo rato con Ada, volvió a reunirse con Lorenzo, que la esperaba tendido en la cama. Al tiempo que se sentaba junto a él, dijo:

—No deja de llorar. Él no sabía nadar. Está convencida de que se ha ahogado por culpa suya, porque se agarró a él y le hizo caer al agua.

Lorenzo se levantó hasta sentarse y dijo con voz áspera:

—Sí, es así. Tal vez fuera culpa suya. ¿Y qué?

El tono estaba cargado de oscuro resentimiento. Nora se asombró:

—Pero ¿qué te pasa?

Lorenzo dijo con rabia repentina:

—No me pasa nada. Ha sido la muerte que merecía ese hombre tan seguro de sí mismo y de su necio sentido común: morir por los celos de la muy necia de su mujer.

Nora lo miró o, mejor dicho, dirigió hacia él sus ojos resplandecientes y carentes de mirada y dijo despacio, en tono dulce:

—Lorenzo, no se puede hablar así de un muerto. Y, además, no era un necio.

Yo he hablado con él muchas veces durante el viaje.

—Ya lo sé.

—Era muy inteligente y se atormentaba mucho por gran cantidad de cuestiones, de problemas. No hablaba como un necio, en absoluto.

—No puedo creerlo. Era un necio y hablaría como un necio.

—No era nada feliz —dijo ella, tras un breve silencio, como recordando algo concreto.

—A ver, ¿por qué no era feliz, según tú?

—No lo era y se acabó.

Lorenzo se enfureció:

—¿Por qué no era feliz? Habla, animal, ¿por qué no era feliz?

Pero, aun diciendo «animal», se dio cuenta de que no quería insultarla, sino sólo aludir a su carácter de felino enigmático e impenetrable. Nora tal vez sintiese que el insulto no era tal, porque respondió con firmeza:

—No te lo diré nunca. Era algo que no te incumbe, que nos incumbía sólo a él y a mí.

Epílogo

En los dos últimos años de su vida, Alberto Moravia trabajó en una novela a la que dio por título *La mujer leopardo*. De ese título había ya hablado con sus amigos a los pocos meses de empezar a trabajar en ella, como había hecho en ocasiones semejantes. Sin embargo, no hablaba del contenido ni del tema de la novela y también eso era algo habitual en él. Le interesaba mucho mantener el secreto de su taller: como buen artesano, pensaba en el resultado final. No consideraba que fuera de interés objetivo procedimiento alguno para llegar a dicho resultado: le incumbía sólo a él, a su tenacidad y esfuerzo de escritor.

Moravia trabajaba mediante aproximaciones sucesivas, como confesó en diversas ocasiones: avanzaba mediante diferentes redacciones que perfeccionaba con atención meticulosa. Al concluir una redacción, volvía a empezar, se desentendía de lo que había escrito hasta ese momento y lo olvidaba voluntariamente.

Se trataba de llegar a un punto de equilibrio y transparencia. Alcanzado ese punto, la redacción en curso resultaba ser la única que debía salvarse y destruía las anteriores.

La mañana en que murió, tenía sobre su escritorio la última redacción de *La mujer leopardo*, conservada con esmero en una carpeta de cartón azul. Hacía algunos días que había escrito en ella la palabra «fin». Había fijado una cita para el día siguiente con la mecanógrafa. La dictaría, como solía hacer, y acaso corregiría, aquí y allá, algún detalle formal. En ese momento la novela pasaría de la versión manuscrita a la mecanografiada.

En los últimos años, Moravia había ido adquiriendo la costumbre de escribir con pluma, con bolígrafo, en folios blancos muy gruesos, de 29,5 por 21, o en los folios milimetrados del semanario *L'Espresso* (a veces en cuadernos grandes, de formato de contabilidad), tanto sus textos narrativos como sus colaboraciones periodísticas. Acusaba molestias articulatorias en los dedos que lo mantuvieron cada vez más alejado de la antigua costumbre de escribir a máquina.

Unos días antes, había anunciado alegre a algunos amigos y al editor que

había concluido *La mujer leopardo* y que la entrega de la novela sería inminente.

El manuscrito de esta redacción consta de 203 folios, numerados por el propio autor, quien no tuvo tiempo de destruir, como acostumbraba, las redacciones anteriores. Así, tenemos otras tres versiones de la misma novela, una de 303 folios, una segunda de 187, una tercera, que considero incompleta y de la que hasta ahora no se han encontrado los folios que faltan, de 180. Pero en todos los casos se trata de versiones no alternativas, sino dispuestas conforme a un esmerado avance de expoliación temática, de reducción a lo esencial de la maraña novelesca, y de cuya lectura se deduce que el método de trabajo de Moravia consistía en la búsqueda de una nitidez y una delicadeza de engranaje exclusivas para garantizar la fuerza dramática y narrativa.

Son pocas las tachaduras, pocos los arrepentimientos —y no sólo en la redacción definitiva— y muy escasa la puntuación. En las diversas pruebas el comienzo es idéntico y también la conclusión. Parece como si el organismo narrativo estuviera claro en la mente del novelista sin incertidumbres generales, claro en su arco, en su dinámica. La transcripción del manuscrito no planteó dificultades particulares: una grafía límpida y bien marcada, aunque nerviosa, llena los folios de margen a margen, en dirección por lo general rectilínea, inclinada, si acaso, de izquierda a derecha.

La mujer leopardo pertenece a lo que Cechi llamaba «el Moravia mejor», el de las novelas de aliento breve, como *Agostino*, *La desobediencia*, *El amor conyugal*. Más aún: podría parecer una nueva versión y una abreviación de esta última, en la que el eje se hubiera desplazado hacia una esfera de mayor misterio, desasosegado y lírico.

La conclusión —y resulta extraño en un escritor como Moravia, que siempre procuró que sus novelas tuvieran un *explicit* muy luminoso, es decir, con una luz que aclarara en todos los detalles las sombras y dudas que podía haber acumulado el relato— de *La mujer leopardo* radica en una muerte que sella toda la construcción narrativa en su misterio de inspiración.

¿Es o no *La mujer leopardo* una historia de celos y de traición amorosa, de sufrimiento de *voyeur* y de dolorosa imposibilidad de comprender? Bien: es todo eso, pero sin ese desenlace deseado. La interrogación y la necesidad de una respuesta, sea la que fuere, que despuntan y arrecian continuamente en la mente de Lorenzo, el protagonista masculino, no encuentran solución. En esta novela Moravia parece arribado a un punto extremo de su meditación existencial: la vida

no se conoce y nosotros no la conocemos.

En este caso, la vida está representada metafóricamente en una imagen de mujer cuyos rasgos sobresalientes son la felinidad y la impenetrabilidad, completadas en la proyección de un paisaje tanto más fascinante cuanto que es impenetrable: el África negra.

África, de belleza seductora, no hostil, sino misteriosa, adquiere, en la representación de Moravia, el significado extremo del libro, que constituye una réplica —no casual, creo— del misterio de *El corazón de las tinieblas* de Conrad, novela que Moravia citaba con frecuencia en los últimos tiempos de su vida y de la que apreciaba más la suma expresiva que los detalles.

En este caso Moravia ve en el capricho femenino, en el capricho de la naturaleza, un aviso metafísico y la luz que difunden estas páginas tuyas es la misma, firme y alarmante, pero bienaventurada y dulce en su fijeza, que colorea ciertos cuadros de Max Ernst, del decenio de 1950: el del *Paysage extraordinaire*, de *Le Chant tordu de la terre* o de *La Colline inspirée*.

No surrealidad, sino metafísica precisamente, es lo que circula en la inspiración dramática y visual de este Moravia: páginas que constituyen la mejor despedida que podía dar a la vida física.

Enzo Siciliano